



Alf Manz



PASION INMORTAL



OBRAS DE
ALF MANZ
PUBLICADAS POR
EDITORIAL ROLLAN

— : —
Colección F. B. I.

- Núm. 1.—¡Culpable! (7.^a edición.)
» 2.—La hora gris. (4.^a edición.)
» 4.—El Cobarde. (4.^a edición.)
» 6.—Contra Scotland Yard. (3.^a edición.)
» 11.—Shanghai. (3.^a edición.)
» 16.—Tánger. (3.^a edición.)
» 20.—Terror en la Academia de Quantico.
(2.^a edición.)
» 23.—Destinos cruzados.
» 28.—Doctor X. (Agotado.)
» 33.—Entre rejas. (Agotado.)
» 43.—Tinieblas. (Agotado.)
» 49.—La Maffia. (Agotado.)
» 65.—¡Odio! (Agotado.)
» 77.—El vengador negro. (Agotado.)
» 85.—Jack, el invencible. (Agotado.)
» 91.—Crimen y Justicia.
» 97.—Hampa de Frac.
» 100.—Yo, Director del F. B. I. (2.^a edición.)
» 118.—Hombres y bestias.

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

- Núm. 1.—Tiger, el Solitario. (Agotado.)
» 2.—El Espia Fantasma. (Agotado.)
» 3.—Corazón de Puma. (Agotado.)
» 26.—Eran dos amigos. (Agotado.)
» 28.—El Tahir. (Agotado.)
» 30.—Yo fui esclavo. (Agotado.)

Selecciones NEVADA

- Núm. 18.—Black, el Fugitivo.
» 21.—Caravana maldita.

Selecciones L O T O

- Núm. 5.—Tristeza de amor.
» 7.—Amor en Hollywood.
» 10.—Lucha en el alma.

EXTRA. NUMERO 1 de
AVENTURAS DEL F. B. I.
Sendas de Perdición (cuento).



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (8.ª ed.) (1).
2. La hora gris. (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobardo. (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra. (2.ª edición.) (3).
6. Contra Scotland Yard. (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón. (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura. (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva. (2.ª edición.) (4).
10. La redada. (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai. (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters. (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos. (2.ª edición.) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras. (2.ª edición.) (7).
16. Tánger. (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín. (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición. (2.ª edición.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico. (2.ª edición.) (1).
21. El Delator (8).
22. Armonías de muerte. (3).
23. Destinos cruzados. (1).
24. Persecución. (6).
25. Una ciudad abierta. (4).
26. Horas trágicas. (7).
27. La muerte alada. (8).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro (6).
30. Trampas mortales. (6).
31. Contrabando funesto. (5).
32. Nueva York-San Francisco. (7).
33. Entre rejas. (1).
34. Muerte en el Caribe. (6).
35. Secuestro. (5).
36. El dueño del mundo. (4).
37. Hermano contra hermano. (7).
38. Filibusteros modernos. (2).
39. Palestina en llamas. (3).
40. La ley del terror. (8).
41. A la desesperada. (5).
42. La promoción de la muerte. (6).
43. Tinieblas. (1).
44. Espías en la noche. (3).
45. Fidelidad. (6).
46. Sin cuartel. (7).
47. Armour, expulsado. (5).
48. La huida de Varko. (3).
49. La Maffia. (1).
50. Alaska, final de ruta. (8).
51. Tras el telón de acero. (6).
52. Gangsters de guante blanco. (8).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena. (5).
55. El genio del mal. (6).
56. Hombres armados. (10).
57. Zavorosa elección. (5).

58. La bestia cacarlata (3)
 59. Huellas de ultratumba (11).
 60. S. O. S. (8).
 61. Billetes malditos (3).
 62. Camino de perdición (12).
 63. Camaradas enemigos (3).
 64. A la deriva (6).
 65. ¡Odio! (1).
 66. Cita de madrugada (3).
 67. «Killers» a sueldo (5).
 68. Muerte en el atardecer (4).
 69. Loup-Garou (3).
 70. Punto final (5).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).
 72. Entre esas brumas... (5).
 73. Tortura (13).
 74. El confidente (3).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rocco (5).
 77. El vengador negro (1).
 78. ¡Codicia! (8).
 79. Sentenciado (6).
 80. Secreto de Estado (4).
 81. Alias «Lugger» (5).
 82. Hora «D» (3).
 83. Carne de horca (4).
 84. Tráfico mortal (8).
 85. Jack el Invencible (1).
 86. Rastros perdidos (6).
 87. Contrato siniestro (3).
 88. Traición sangrienta (14).
 89. Al borde del abismo (5).
 90. Crimen y justicia (1).
 91. Hombres sin alma (3).
 92. ¡Sabotaje! (8).
 93. La marca trágica (5).
 94. Misión suicida (4).
 95. Lucha a muerte (5).
 96. Rebelión (3).
 97. Hampa de frac (7).
 98. Caza mayor (4).
 99. La muerte falsifica dólares (15).
 100. Yo, director del F. B. I. (1) (2ª edición).
 101. De Harward a Quantico (18).
 102. El asfalto rojo (5).
 103. Tragedia en Chinatown (14).
 104. Soborno (3).
 105. Vida en deuda (17).
 106. Aguas turbulentas (4).
 107. La araña verde (8).
 108. Contraespías (18).
 109. Noches de Nueva York (5).
 110. ¡Aniquilados! (19).
 111. La risa sardónica (3).
 112. Chantaje (4).
 113. Canon de protección (20).
 114. El misterio de los locos del aire (21).
 115. El hombre de Whitechapel (5).
 116. Al llegar la noche (8).
 117. Ciudad vertical (22).
 118. Hombres y bestias (1).
 119. La máscara (3).
 120. Destino manda (23).
 121. Sin esperanza (4).
 122. La tela de araña (24).
 123. Una sombra... (5).
 124. Sin nada que perder (4).
 125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
 126. La ciudad prohibida (2).
 127. Fatalidad (5).
 128. Escalera de color (16).
 129. La muerte blanca (15).
 130. Ojo siniestro (3).
 131. El espectro del pasado (25).
 132. Club nocturno (8).
 133. Persiguiendo cadáveres (26).
 134. Prisión de oro (4).

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Mann. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settee. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Graw. | (22) Dana Yonell. |
| (6) Alar B. net. | (15) Robert Deaf. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc. | (17) Aliv Cortroa. | (25) Joseph Tell. |
| (9) J. L. Martin. | | (26) Med Ryman. |

I

HUYE EL NOVIO



ON un frenazo chirriante, se detuvo el «taxi» junto al bordillo de la acera. Desde el interior del vehículo, una mano abrió bruscamente la portezuela. Saltó a tierra un joven, de traje gris. Sus largas piernas se movieron ágiles al subir los escalones de piedra que conducían al atrio del monumental templo. A cada escalón, un mechón de pelo lacio y negro le golpeaba la espaciosa frente.

Un segundo individuo se apeó del mismo «taxi», y fue en pos del otro hombre. Lo corto de sus piernas y lo macizo de su tronco le impedían ascender con celeridad. Aumentaba por el esfuerzo físico la fealdad de su cara de sabueso. Al pisar el atrio, respiraba fatigoso. El del traje gris acababa de pasar a la iglesia, y él lo siguió.

Las notas solemnes de un órgano, la luz parpadeante de las velas y el resplandor de las bombillas ahusadas, el olor a incienso

quemado, los recios fustes de las columnas, las inmensas bóvedas y, sobre todo, la majestad que aureolaba las sagradas imágenes colocadas en hornacinas y altares, lo sobrecogieron. Pisaba un lugar santo.

Se quitó el sombrero y anduvo de puntillas por la nave mayor. Al llegar al crucero descubrió, a mitad del brazo derecho de la nave transversal, al del traje gris. Éste se aproximaba presuroso a un nutrido grupo de personas que permanecían en pie ante el altar del fondo, iluminado y florecido esplendorosamente. Emocionaba la voz del sacerdote leyendo la Epístola de San Pablo.

El hombre de cuerpo macizo logró dar alcance al otro. Sujetándolo por la chaqueta, le susurró:

—¿Qué vas a hacer, loco? Cometerías un sacrilegio sí...

—Todavía no están casados, ¡ni lo estarán! ¡Déjame! —repuso el del traje gris, con acento ronco.

Y de un tirón se zafó de la mano que lo inmovilizaba. Valiéndose de codos y rodillas, se introdujo, a modo de cuña, entre la gente. Su violento avance, en dirección al altar, despertó siseos y miradas iracundas. El intruso continuó abriendo brecha en el compacto grupo. En su faz de rasgos angulosos, se retrataba el afán de situarse en primera fila. Gracias a su elevada estatura, veía a los novios de espaldas, y al sacerdote, de frente.

Uno de los invitados a la ceremonia quiso obstaculizar su paso. El joven se limitó a apartarlo, de un codazo, y acalló con un gesto amenazador la incipiente protesta.

Atrás quedaba el otro individuo, empinándose para curiosear por encima del bosque de cabezas. Retorcía el ala del sombrero y se mordía el labio superior. Su gesto era de honda preocupación.

El del traje gris consiguió situarse, por fin, a la misma altura del sacerdote, a un lado y de espaldas al altar.

Intensamente pálido, paralelas la línea de su cuadrado mentón y la de sus labios apretados, erguido y desafiador, clavó la mirada en los novios. Éstos, a indicación del sacerdote, acababan de unir sus manos.

La novia, de facciones de *madonna*, parecía abstraída. Dirigía la vista al frente, a un punto indeterminado. Brillaban sus grandes ojos negros como si estuviesen cuajados de lágrimas. Más que novia, semejava una reina en el patíbulo. El níveo traje de satén y tul de

ilusión, pese a lo elegante de su factura, más parecía mortaja que gala de enamorada en el umbral de la felicidad. Daba la impresión de que su esbelto cuello cedía bajo el peso de los ramitos de azahar que le sujetaban el velo al peinado, como si llevase una corona de hierro.

Por el contrario, el novio no disimulaba su júbilo. De mediana estatura, poco más alto que la novia, se estiraba cuánto podía dentro del *chaquet*. De rasgos correctos, pero poco varoniles, casi afeminados, su rostro tenía un algo que lo hacía antipático; tal vez, la causa fuese la misma armonía de sus facciones, porque hasta el bigote era recortado y proporcionado en demasía.

Fue la madrina quien primero se percató de la presencia del intruso. Lo reveló su expresión de sorpresa, inmediatamente reemplazada por un rictus de ira. Mujer de unos cincuenta años de edad, conservaba restos de la belleza que, sin duda, había tenido en su juventud. Para disimular las canas, se había teñido el cabello de color de caoba. No se necesitaba ser muy observador para deducir, a la primera ojeada, que era la madre de la novia. Agarró instintivamente el antebrazo izquierdo de su hija, en ademán de protección.

La joven pareció salir de su ensimismamiento. Su mirada se cruzó con la del individuo del traje gris, y quedaron prendidas, una de otra. Empalideció aún más la piel marfileña de la novia. Sus pestañas aletearon como mariposas moribundas. Un ligero temblor agitó sus labios. En sus negras pupilas apareció, primero, una luz de alegría; después, un velo de tristeza absoluta, de pena infinita.

El novio se dio cuenta de la emoción que embargaba a su futura esposa. Siguiendo su mirada, tropezó con la del individuo trajeado de gris. Un relámpago de estupor en los ojos del novio y, luego, sus facciones se crisparon como si le hubiesen descargado un latigazo. Su expresión era de odio y rabia, que mantuvo hasta oír la pregunta del sacerdote:

—Tú, Michael: ¿quieres por esposa a Patricia?

—Sí; quiero —repuso en tono triunfal el novio, retando con la vista al intruso.

Este último se llevó la mano derecha al bolsillo trasero del pantalón y sacó unas esposas de acero. Tintineó el metal. Las vieron el novio, la novia, la madrina y los invitados en primera fila, a

excepción del sacerdote, que preguntaba, según el ritual:

—Tú, Patricia; ¿quieres por esposo a Michael?

El intruso dio un paso adelante. La novia, terriblemente lívida, vaciló sobre sus piernas y, antes de que nadie pudiera evitarlo, se desplomó, desmayada, sobre los escalones de mármol. El novio, que observaba fascinado el par de argollas cada vez más cercanas, logró vencer el terror que le clavaba los pies al suelo, y retrocedió, buscando su salvación en la huida por entre el alborotado público. La madrina, con los puños cerrados, se enfrentó al del traje gris. Y éste la apartó de un empujón, decidido a perseguir al fugitivo. La visión de la novia postrada en tierra y un hilo rojo corriendo sobre la albura del mármol, lo detuvieron.

Se arrodilló, para levantar la cabeza de la joven. Amoroso, le apartó los cabellos mojados en sangre, dejando al descubierto una pequeña herida en la sien derecha.

—¡Patricia! ¡Patricia! ¡Vuelve en ti! ¡Abre los ojos, Patricia! —exclamaba, emocionado, desaparecida por completo la anterior dureza de su expresión.

Y con el pañuelo restañaba la sangre de la desvanecida joven. El sacerdote, repuesto de su sorpresa, tuvo el acierto de pedir agua a uno de los monaguillos.

Se disponía el intruso a refrescar la frente de la joven, cuando una mano femenina, excesivamente alhajada, le arrebató el pañuelo, y una voz airada le increpó:

—¡Deja a mi hija, policía asqueroso!... ¡Déjala, o te arrancaré los ojos! —Y como el del traje gris permaneciese sin hacer caso, le dio un empujón en un hombro y le hizo perder el equilibrio, a la vez que le insultaba—: ¿Cómo te atreves siquiera a tocarla, piojoso mendigo?... ¡Vete de aquí, ahora mismo!... ¡Que no te vea yo más!... ¡Maldito!... ¡Hasta envenenas el aire que respiras!... ¡Toda tu vida está maldita!... ¡Vete de aquí!...

La madrina estaba hecha una furia. Despreocupándose de su hija y sin doblegarse a las advertencias del sacerdote, amenazaba, con sus pintadas y largas uñas, al joven. Éste, sentado en el suelo, miró con odio a muerte el rostro maquillado de la mujer; un odio que tenía que datar de antiguo, a juzgar por su ferocidad.

Dos invitados se lanzaron a sujetarlo por los brazos, al ver que el del traje gris se incorporaba en actitud de ataque. El sacerdote

impuso, enérgico, su autoridad, amonestando a la furiosa madrina, que no cesaba de ofender con lengua viperina:

—¡Sí! ¡Maldito mil veces!... ¡Trajiste la desgracia a mi casa, y sigues trayéndonosla!... ¡Asesinaste a mi hijo, destruiste mi hogar y ahora intentas destrozar la felicidad de mi hija!... ¡Toda tu vida está maldita!... ¡Eres tan maldito como tu padre...!

Las últimas frases conmovieron al intruso, como si le hubiesen descargado un mazazo en el cráneo. De su faz desapareció la expresión de odio y de amenaza. Hubo una crispación nerviosa en su faz: quedó como alelado.

Igual que un niño se dejó llevar por el sacerdote, que le invitaba a salir del templo. Con un movimiento instintivo, se desembarazó de las manos que lo sujetaban y, solo, comenzó a atravesar el grupo de invitados. Éstos se replegaron a ambos lados.

Por aquella especie de desfiladero en la masa humana, el joven del traje gris caminó con pasos de beodo. A su espalda seguía vertiendo veneno la boca de la arpía.

El continuaba andando en dirección a la salida, como un muñeco autómatas, inconsciente de cuánto le rodeaba. Surcada por profundas arrugas la piel de la frente, desvaída la mirada y colgante la mandíbula inferior, era un pobre hombre, aplastado por la adversidad.

En la puerta de salida se tropezó con el individuo de cara de sabueso.

—Se me ha escapado, Walter. Le escoltaban varios tipos. Los perseguí por entre los coches, pero consiguió tomar un «taxi» en marcha. ¡Mala suerte la mía!... ¡Que se nos haya escapado de las manos tan tontamente!... Oye, Walter, ¿qué te pasa? —terminó por preguntar el macizo individuo al del traje gris. Al no recibir contestación, insistió—: ¿Qué te sucede? ¿Qué ha pasado ahí?

Sin responder a su compañero, el llamado Walter salió del templo y bajó la escalera con la rigidez de un somnámbulo.

—¡Hemos de notificar a la Central la huida de Michael Tolbert! ¡Tengo en la cabeza el número del «taxi» que cogió! ¡Hay que dar por teléfono la alarma general!

Walter, el del traje gris, caminaba con paso cansino, y mirando siempre al frente. Su aspecto era de abatimiento absoluto. Asemajábase al obseso por una idea pertinaz, al ser cuyo cerebro es

roído sin cesar por una honda preocupación.

—¿Vas a reaccionar o no, Walter? —le preguntó el otro, colocándose delante y apoyándole las manos en el pecho—. ¡Vamos, hombre, cuéntame qué te pasa! ¿Por qué estás así? ¡Habla, Walter!

Pronunciando lentamente, con un dejo de profundo desaliento, el aludido repuso, al fin:

—¡Déjame solo, Frank!

—¡Qué, diablos voy a dejarte solo ahora, con esa cara de muerto que llevas! ¡Vamos juntos a avisar por teléfono y luego nos iremos a casa!

—¡Déjame! ¡Quiero estar solo! —Manifestó, secamente, Walter, reanudando la marcha.

El denominado Frank, el de tipo macizo, siguió a prudente distancia al otro; no quería abandonar a su compañero. Le sabía muy afligido y temía que cometiese cualquier locura. Entró, detrás de él, en un bar, concurrido por empleados de comercio y algún que otro hampón.

Walter había tomado asiento en el rincón más apartado del local. El camarero acababa de poner una botella de *whisky* y un vaso sobre su mesa.

Frank aprovechó la oportunidad para introducirse en la cabina telefónica. Al salir, comprobó que su compañero seguía en el mismo sitio, con los codos apoyados en el tablero y con el rostro escondido entre las manos. Durante un momento pensó sentarse a su lado, pero prefirió vigilarlo de lejos, por no irritarlo más. Creía saber la causa de tanto pesar, aunque no acertaba totalmente, porque le era imposible leer las frases que atormentaban la memoria del anonadado Walter:

«¡Asesinaste a mi hijo!... ¡Toda tu vida está maldita!... ¡Eres tan maldito como tu padre!...».

¡ ATENCION!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F. B. L.

II

LA TRAGEDIA DE UNA VIDA



L niño permanecía en pie, encogido bajo el dintel, como abrumado por el lujo de la sala. Copos de nieve a medio derretir manchaban su raído y pardusco abrigo. Sostenía con la mano izquierda una maleta de cartón rozado y reblandecido. De sus botas desportilladas se escapaban unos hilos de agua ondulantes sobre el encerado piso. Había tristeza, curiosidad y temor en los grandes ojos del chiquillo al mirar a las cuatro personas que lo observaban.

Robert Nelson se levantó del sillón más próximo a la chimenea. Las llamas pusieron reflejos rojizos en la encanecida cabellera. Su expresión era de bondad y su ademán fue protector.

—¡Hola, Walter! ¿Cómo estás, muchacho? ¡Anda, ven! —Y como el niño permanecía inmóvil, Nelson le preguntó, cariñoso—: ¿No te acuerdas de tu tío Robert? Ya eras mayorcito cuando estuve, una vez en tu casa. ¿Cuántos años tienes?

—Nueve —repuso la criatura, con voz tan débil que apenas fue audible.

Nelson se aproximó y apoyó la mano, paternalmente, en el lacio y negro pelo del chiquillo.

—Escucha, Walter; he sentido mucho que tu madre se haya marchado al Cielo para siempre. Era mi hermana, y la quería mucho, aunque nos viésemos de tarde en tarde. Todos lo hemos lamentado de veras, pero hay que ser fuertes. Tú eres ya un hombre y has de portarte como un valiente, ¿verdad? —El niño asintió con un movimiento de cabeza, más se le vio contener un sollozo—. Así me gustan los hombres. ¡Hay que ser valientes! En adelante, vivirás con nosotros y no te faltará de nada.

Nelson calló. No encontraba más palabras de consuelo. Señaló con el índice a una mujer que continuaba sentada junto al fuego. Era una mujer de gran belleza. Su edad oscilaría alrededor de los treinta años; muchos menos de los que tenía Nelson. Envolvía su bien modelado cuerpo en una elegante bata de casa. No se había movido del butacón, pero con ojos fríos examinaba de arriba abajo al desnutrido y larguirucho niño. Se dibujaba un rictus de desprecio en sus rojos labios.

—Es tu tía Bárbara. Ella cuidará de ti —especificó Nelson.

Éste indicó a continuación a una chiquilla que se hallaba, en pie, en el centro de la magnífica estancia. Avanzó unos pasos la niña. Las largas trenzas le rozaron las nacaradas mejillas. Sonriendo amistosamente al recién llegado, le dijo, con voz de timbre agradabilísimo:

—¡Hola, Walter! Yo me llamo Patricia.

—Y ahí tienes a tu primo Bob —siguió presentando Nelson y señaló a un chiquillo de unos seis años, arrodillado en la alfombra ante un tren eléctrico.

El llamado Bob miró con indiferencia al recién llegado, luego a su madre, y por último, tornó a sus juegos.

Transcurrieron unos segundos de silencio embarazoso, turbado sólo por el crepitar de la aromática leña en el hogar. Era evidente

que Nelson se encontraba en apurada situación; daba la sensación de hallarse muy nervioso, vacilante, como cohibido. Por fin, manifestó, en tono poco seguro, que pretendía ser desenvuelto.

—Bueno, Walter: ya nos conoces a todos. Arriba te prepararán una habitación y...

No pudo terminar la frase porque su mujer le interrumpió bruscamente:

—¡Eres más terco que una mula, Robert! ¿Sigues todavía con esa idea estúpida metida en la cabeza? ¡Nunca me haces caso! Te he razonado hasta la saciedad que ibas a cometer una tontería. El niño estará mejor en un colegio para huérfanos. Págaselo, ya que te empeñas, pero no lo metas en esta casa. Tengo bastante con mis dos hijos.

—No quiero que vaya a un colegio así. Walter necesita cariño. La pobre criatura solo ha sufrido calamidades en su casa. Es hijo de mi hermana, y ahora no tiene a nadie más que a mí.

—Su madre era tu hermana, pero ¿quién fue su padre? Un tahúr que murió en la silla eléctrica por asesino. No consentiré que mis hijos convivan con el hijo de un asesino. Eso se hereda, se lleva en la sangre. James no se habría atrevido a proponérmelo siquiera.

Nelson se irguió, trémulo de indignación.

—Te advertí, en cierta ocasión, que nunca nombrases para nada a tu primer marido, Bárbara. Si él te consentía todo, yo no. Conocí a James y supe que lo manejabas a tu capricho. Fue un pelele en tus manos, Bárbara, pero yo no lo seré.

Se incorporó la mujer. Sus bellos rasgos se habían deformado por la ira que agitaba su espíritu. Con los dedos entrelazados se hincaba las uñas en el dorso de las manos. Sus ojos parecían despedir llamas, y su voz rayó los límites del histerismo.

—Sólo te falta por decir que maté a James a fuerza de disgustos.

—Ni lo pienso ni lo digo, Bárbara. Sin embargo, sé positivamente que tu primer marido no fue feliz, porque tú, con tu carácter, no lo hiciste feliz. Creo que él se refugiaba en Patricia, en vuestra hija, como único consuelo a su decepción.

—Entonces, si sabías todo eso, ¿por qué te casaste conmigo cuando me quedé viuda? —preguntó Bárbara, con ironía mordiente.

—Porque te quería y te quiero pese a tu mal carácter. Tengo la esperanza de que cambiarás con los años. Hasta ahora sólo te

preocupan el lujo, las fiestas, las amistades, el «qué dirán» y...

—¡Y el nombre! —le interrumpió ella, furiosa—. El nombre de mi hija y el de nuestro hijo. Es posible que Patricia no te interese mucho por ser hija de mi primer matrimonio, pero, al menos, procura que no se manche el nombre de Bob. ¿Qué dirán nuestras amistades cuando sepan que hemos recogido a un pobretón, a uno que lleva la sangre de un asesino?

—Walter no es responsable de lo que fuese su padre.

—Lo llevará en la sangre; eso se hereda.

—También lleva la sangre de mi hermana, de una mártir que sólo cometió una equivocación: enamorarse de un hombre que no era digno de ella. Mi hermana supo sufrir dignamente. No me enteré por ella de que estaba haciendo los trabajos más serviles con tal de sacar a su hijo adelante; tuvieron que decírmelo otros. La dignidad le impedía confesar su dolor, sus privaciones y su fracaso. Cuando fui a verla, a socorrerla, no quiso tomar nada, al contrario, me mintió: me aseguró que era feliz, que, aunque vivía modestamente, no carecía de nada. La pobre ha muerto de cansancio, de hambre y de pena. ¡Y Walter era su hijo! ¡Y Walter tendrá pan y un porvenir, ya que le falta el cariño de su madre! ¡Lo quieras o no, Walter vivirá con nosotros!

Callaron marido y mujer. Él, enérgico y disgustado, a la vez. Ella, convulsa por la rabia, tascando el freno de su impotencia, lamentando mentalmente que Nelson no fuese como su primer marido.

Se oyeron unos sollozos. El niño recién llegado, el pobre intruso, lloraba desconsolado. En su misma presencia acababa de relatarse, en síntesis, la tragedia de sus padres, el horrible drama que él, hasta entonces, no había conocido por completo. Cuando él se quejaba a su madre de que los chicos de la vecindad le llamasen «hijo de criminal», ella lo desmentía con dulces palabras y lo atribuía a envidia, y él quedaba convencido de que su padre había muerto en un accidente de automóvil.

El desgraciado Walter, desde la reciente muerte de su madre, se encontraba solo en el mundo. Lloraba de soledad. Por todas partes, caras extrañas. Al acostarse ya no sentiría nunca más en la frente los suaves labios de su madre. ¿Por qué Dios, tan bueno, se la había llevado tan pronto al cielo? Y el pobre niño lloraba y asía

fuertemente el asa de hojalata de la maleta, como si temiese que le robasen lo único que le quedaba de su madre.

Retrocedió instintivamente, al oír que su tío comenzaba de nuevo la discusión con su esposa. Walter quería huir de allí, irse muy lejos. Su instinto le decía que aquella mujer no sería buena con él.

Se disponía a volverles la espalda y a echar a correr hacia la puerta de la calle, sin importarle la nieve ni el frío, cuando sintió que una mano, muy pequeña y muy cálida, le cogía la suya.

—Ven conmigo, Walter. Arriba hay muchas habitaciones. Elegiremos la que más te guste.

A través del cristal turbio de las lágrimas, el niño vio a Patricia, que le sonreía cariñosamente.

—No llores más, Walter, Papá dice a Bob que los hombres no lloran. ¡Anda, ven conmigo!

El intruso experimentó un gran consuelo al sentir que alguien, aun siendo una niña más pequeña que él, le hablase con tanta dulzura. Se fijó en las largas trenzas, en los ojos, cariñosos y compasivos, y en su gesto de simpatía y amistad.

A partir de aquel instante, Walter Lehman adoraría a la niña que fue tan buena para él.

Cogidos de la mano, comenzaron a subir al piso superior. Nelson y Bárbara no notaron siquiera su salida de la sala; marido y mujer estaban enzarzados en una de las muchas discusiones agrias que habían resquebrajado su matrimonio desde el mismo día de la boda.

Pasó el tiempo.

El criterio de Nelson prevalecía y Walter estudiaba en compañía de Patricia y de Bob. Uno de los mejores profesores de Boston acudía diariamente a la suntuosa mansión de los Nelson. Walter, por su edad, ya había cumplido once años, llevaba ventaja en los estudios a los otros dos niños. Además, era muy distinto del perezoso Bob, mimado hasta la exageración por su madre, que afirmaba muy seriamente que a un niño de ocho años no se le debía atiborrar la cabeza de «cosas». Patricia descollaba en dibujo y música; Walter era quien le solucionaba los problemas aritméticos. Ambos permanecían juntos durante todas las horas del día. Él era reflexivo, prudente y serio; ella, de carácter dulce y amante de cuanto fuese fantasía, color o música.

Por el contrario, Bob, el hermanastro de Patricia y primo de Walter, parecía tener pólvora en la sangre. No podía estarse quieto un momento, rompía cristales, martirizaba a los perros, insultaba a los sirvientes, se rebelaba contra las amonestaciones del profesor y no dejaba de recordar a Walter, con perversa maldad infantil, que vivía de limosna. Había heredado el egoísmo y la vanidad de la madre. Con ocho años de edad solamente, alardeaba del mucho dinero que poseía su padre, y hablaba de que, cuando fuese mayor, haría todo lo que se le antojase.

Sucedió un día que Walter, deseoso siempre de agradar a Patricia, trepó a lo alto de un árbol del jardín, en busca de un nido que había descubierto. Conquistar el regalo le costó arañarse piernas y brazos y hacerse algún que otro desgarrón en la ropa. Muy ufano, ofreció el nido, con tres pequeños y pintados huevos, a la niña.

—¡Oh, Walter; son preciosos! Pero ¿por qué te has expuesto a caerte?

—Tú te mereces todo, Patricia.

La niña se lo agradeció con una sonrisa, a la vez que decía:

—Es un regalo muy bonito, pero me da pena: sufrirán mucho los pájaros cuando vean que ya no tienen casa. ¿Te atreverías a ponerlo de nuevo en su sitio, sin romper los huevecitos?

—¡Claro que sí, Patricia! Si es tu gusto, lo haré.

—¡No! —exclamó Bob, impulsivo—. Yo los quiero para mí, para jugar con ellos.

—Los romperías —le indicó su hermanastra, tratando de disuadirlo de su antojo.

—¡Yo los quiero! —insistió Bob—. Dámelos, Walter. Son míos, estaba en mi jardín, y son míos. ¡Qué más da si se rompen! ¡Mejor! Veremos lo que tienen dentro.

Walter adivinaba, y temía, la inminente tempestad temperamental de Bob. Trató de engañarlo.

—Te cogeré otros, azules, mucho más bonitos, que hay en un pino. Éstos los volveremos a su sitio, tal como quiere Patricia.

—¡No! ¡Yo quiero éstos! —vociferó Bob, pataleando el suelo y forcejeando con Walter. Como no pudiera hacerse con ellos, por inferioridad de fuerzas físicas, se dejó arrastrar por la soberbia y dio un manotazo al nido, a la vez que aseguraba, con perversa alegría

—: Si no son para mí, no serán para nadie.

Saltaron los huevecillos al aire y se estrellaron contra el suelo. Pasado el momento de estupor, Patricia reaccionó, dando una bofetada a su hermanastro. No le hizo gran daño el golpe, sin embargo, el niño lanzó tales alaridos que alborotó a todos los moradores de la casa. Apenas hubo conseguido su propósito, que su madre se enterase de lo sucedido, dejó de lloriquear.

La esposa de Nelson hizo culpable a Walter, por haber subido a coger el nido, y no perdió la ocasión de repetirle que allí estaba por caridad.

—Como a ti no te cuesta nada, te importa bien poco romperte la ropa. No te compraré otra hasta que ésta se te caiga a pedazos.

Por fortuna para Walter, la llegada de Nelson impidió el castigo. Su tío reconoció que el niño no era responsable de las consecuencias. Entonces, irritada sobre manera porque se la desautorizaba, Bárbara descargó su enfado sobre su propia hija. Patricia fue condenada a acostarse sin cenar. Cuando Nelson quiso dejar sin efecto el castigo, su mujer se opuso.

—Es mi hija, y con mi hija hago lo que quiero, ¿lo sabes? Tú no tienes nada que ver en ella. Le ha pegado injustamente a Bob y tiene que pagarlo.

Aquella misma noche, después de cenar, en cuanto la casa quedó en silencio, una sombra se deslizó por el corredor y penetró en el dormitorio donde la niña continuaba sollozando.

—¡Patricia! ¡Patricia! ¡Soy Walter! ¿Me oyes? Te traigo una pastilla de chocolate y mi postre. ¡Cómetelos!

La niña tomó aquella noche los alimentos que Walter había guardado de su cena. Sus almas infantiles se hermanaban, tanto en la alegría como en el dolor.

Transcurrieron dos años más.

Walter se hizo un chico de cuerpo espigado. Patricia tenía ya once años. Había cambiado las coletas por una melena corta que agraciaba su rostro de facciones bellas, heredadas de su madre; era una deliciosa promesa de mujer. Bob había crecido mucho, transformándose en un rapaz fuerte, de la misma constitución fornida que su padre. Lo que no se transformaba era su carácter: violento, orgulloso y déspota.

El matrimonio Nelson seguía resquebrajado. Bárbara empleaba

todos los ardides, desde la amenaza al desmayo oportuno, para conseguir cuánto quería de su marido. Éste, ocupado en la dirección de su fábrica de herramientas, cedía a los caprichos de la esposa, con tal de no hacer de su hogar un infierno.

Aquel verano lo pasaban en su finca de Trees Hill, un bello y selvático paraje, situado a un centenar de millas de Boston. Bárbara hubiese preferido lucir su espléndida figura en las playas de Miami, pero Nelson gustaba de la soledad de la campiña para descansar por completo de los meses de trabajo.

Los tres chiquillos disfrutaban extraordinariamente durante aquellas semanas. Subían a las cimas, nadaban en un río próximo, montaban a caballo y corrían por todas partes. Formaban un bullicioso trío, siendo Bob el único que, a veces, daba la nota discordante. Sus travesuras, en las que siempre existía una pincelada de mala intención o de crueldad, disgustaban profundamente a su hermanastra. El chiquillo tenía, además, la mala cualidad de enfadarse cuando le gastaban los otros una broma; le gustaba hacerlas, pero no tolerarlas.

Sucedió que, estando tendidos boca abajo en la hierba, después de una larga caminata, Patricia sintió que algo, muy vivo y muy menudo, le corría por la espalda. Aquel cosquilleo la escalofrió, pues sólo podía ser de algún bicho que se le había metido por el escote. La niña dio un grito de espanto al mismo tiempo que se ponía en pie.

—¡Algo me corre por la espalda! —exclamó, con acento de terror.

Walter, tendido a su lado, se incorporó veloz e introdujo una mano por entre la blusa y la piel de Patricia. Bob, sentado sobre la hierba, reía a mandíbula batiente.

Lo que Walter logró atrapar era una lagartija pequeñita, que aplastó rabioso con la suela de su bota. La niña estaba pálida, a punto de desmayarse; sentía horror, como todas las mujeres, hacia los bichos, aun sabiéndolos inofensivos. Las burlas de Bob les demostraron que él había sido el culpable de tan pesada broma; aprovechando la postura de su hermanastra, le había introducido la lagartija por el cuello.

—¡Estúpido, más que estúpido! —Le insultó Patricia.

No existía peor ofensa para Bob. Tan vacío de buenas cualidades

como su madre, le irritaba profundamente que se aludiese a su evidente incapacidad intelectual. Cogió un guijarro y levantó el brazo, dispuesto a descalabrar a su hermanastra.

La indignación que experimentaba Walter le impulsó a servir de escudero a Patricia. Saltó y forcejeó con Bob, luchando ambos por la posesión de la piedra. Era mucho más fuerte Walter, pero el hijo de los Nelson se resistía y apelaba a mordiscos y a puntapiés en las espinillas. Logró, por fin, Walter arrebatarse el guijarro, más con tan mala suerte que hirió en la frente a su primo. Las energías de Bob se desmoronaron; comenzó a llorar estrepitosamente. Sentía más la derrota que el dolor.

El regreso a la casa fue turbulento. Bárbara sólo escuchó a su hijo e hizo caer sobre Walter las peores invectivas. Nelson, asustado por la sangre que fluía de la frente de Bob, reprendió duramente a su protegido. Nunca le había regañado con tanta severidad. Su última frase parecía pronunciada por los labios de su mujer:

—¿Es así como pagas los favores que te he hecho? ¡Bonita manera de expresar tu gratitud a cuánto estoy haciendo por ti!

—¡No fue aposta! —Manifestó Walter, queriendo contar lo sucedido—. Fue, que...

Intervino Bárbara, acallando la defensa del niño y de Patricia. Un torrente de palabras emponzoñadas, resumiendo lo que ella consideraba ingratitud por parte de Walter, desde que había sido acogido por la familia, enardeció aún más a su marido.

—Una víbora mordió a un labriego que le prestaba calor en su pecho —recordó Nelson.

—¡No es cierto, tío! —negó el niño, realmente dolido—. No quieres escuchar la verdad. Es natural que le des toda la razón a Bob. Yo... yo estorbo aquí. Me iré para siempre.

—¿Qué estás diciendo? ¿Marcharte, tú, sin mi permiso? ¿Adónde? ¿Tan orgulloso eres que ni siquiera se te puede regañar? Has obrado mal y tendrás tu castigo. Permanecerás sin salir de tu habitación durante una semana entera. Y si se te ocurriese la locura de huir, te haría buscar por la Policía y te encerraría en un correccional. ¡Recuérdalo bien! ¡Lárgate a tu habitación!

—¡Eres injusto con Walter! —se atrevió a argüir Patricia—. Lo que pasó fue que...

—¡Tú te callas, niña! —le atajó su madre, a la vez que le cerraba

la boca de una bofetada.

Walter se dirigió a su habitación. En su mente germinaba la idea de huir, con todas sus consecuencias. Le daba un poco de miedo el misterio del mundo desconocido, pero su concepto de la dignidad le impedía continuar en un sitio donde se le odiaba. Hasta entonces había aguantado la perfidia de Bárbara, porque su tío solía hacer justicia, pero ahora...

No comió de los platos que una sirvienta subió a su alcoba. En la maleta escondió el pan, la carne y la fruta. Hizo igual con los alimentos sólidos que componía la cena. Su decisión estaba tomada. Huiría por la ventana, en cuanto anocheciese.

Acodado en el alfeizar, aguardaba la hora oportuna. Las negruras de la noche comenzaron a cubrir la campiña. Había salido la luna. Se hicieron de plata las hojas de los árboles del jardín. Parpadeaban en el firmamento las estrellas, como si hiciesen guiños amistosos al huérfano para darle ánimos en su arriesgada empresa. Walter esperaba a que el silencio se adueñase de la casa.

Oyó, por fin, los pasos de sus parientes entrando en las alcobas. Poco a poco los criados se retiraban a sus respectivas habitaciones, en el piso bajo. Fueron apagándose las luces.

Llegó la hora de la huida. Walter tenía preparada la maleta, la suya, la de cartón rozado y despintado. Aparte de una fotografía de su madre, sólo llevaba dentro el alimento escondido; no quería nada más de los Nelson.

Tenía preparadas ya las sábanas, a modo de cuerda. Se descolgó por la ventana, sin miedo, con una serenidad que decía mucho en su favor. Pisó la tierra del jardín y, agarrando con fuerza el asa de la maleta, se dispuso a marchar a la ventura.

Un siseo y una voz femenina de tono quedo lo inmovilizaron. Alzó la cabeza. Bañada por el resplandor lunar, Patricia, en pijama, le estaba observando.

—¡Walter! ¡Walter! ¿Dónde vas? ¡Espérame!

—¡Adiós, Patricia! —susurró él.

—¡No! ¡Espérame! ¡Bajo ahora mismo! ¡No haré ruido!

Se encontraron bajo un álamo del jardín. En el silencio nocturno se oía el precipitado galopar de los corazones infantiles. Ambos niños estaban emocionados. Patricia sentíase muy triste.

—¡Oh, Walter!... ¿Eres capaz de marcharte?... ¿Tan poco te

importamos?

—Sí que me importáis, tío Robert y tú; sobre todo, tú, Patricia. Pero... no debo continuar más aquí. Ya lo estás viendo...

—¿No te da miedo ir solo por ahí?... Te perseguirá la Policía, y Dios sabe lo que te sucederá.

—No tengo miedo a nadie, Patricia; no he cometido nada malo. Intentaré hacerme un hombre de verdad; estoy seguro de triunfar.

—Voy a creer que lleva razón mi madre, Walter: no te importa que los demás quedemos preocupados.

—¿Es que signífico algo para ellos?

—Sí; y para mí, mucho más —aseguró la niña, con vehemencia—. Yo te quiero mucho, Walter. ¡Me quedaría tan triste sin ti...!

El niño apretó cariñosamente una mano de Patricia; estaba conmovido.

—Yo también te quiero, Patricia. ¡Has sido tan buena conmigo, desde el primer momento que te conocí!... No olvidaré nunca aquel día, cuando entré en tu casa... ¡Qué buena eres!

—Si te vas, ya no volveremos a jugar ni a estudiar juntos. Bob aprovechará tu ausencia para molestarme más. Tendré que encerrarme en mi habitación y estaré muy triste, pensando lo que haya sido de ti.

—Sufrirías mucho, ¿verdad, Patricia? Yo también me acordaré mucho de ti.

—Tú también sufrirás, ¿verdad, Walter? Entonces, ¿por qué te marchas? ¿Qué trabajo te cuesta someterte? ¿Por qué no esperas a hacerte mayor?

Patricia era mujer, e, instintivamente, acorralaba con sus razonamientos a Walter, conduciéndolo al camino por ella trazado; lo amaba con el cariño santo de los chiquillos, pero era exigente como todos los enamorados. Acostumbrada a sentirse respaldada por la firmeza y la inteligencia serena de Walter, sin él notaría un vacío en derredor suyo.

—¡Quédate, Walter! —rogó ella.

—¿Me lo pides de corazón?

—Sí —exclamó Patricia, vehemente.

Aunque Walter ya no era un niño, sino un adolescente, pesaba sobre él la lectura de leyendas, cuentos e historias en las que el hombre se sacrificaba en defensa de la mujer amada. Él no podía

ser menos que aquellos guerreros y príncipes; y se quedó.

Cogidos de la mano, caminando de puntillas, regresaron, por la puerta principal de la casa, a sus correspondientes dormitorios. Nadie se enteraría de la evasión frustrada.

Quizá la vida de los Nelson se hubiera desarrollado con plena normalidad si un día, de los últimos de vacaciones, no hubiese ocurrido un accidente fatal.

Habían ido los tres niños a bañarse al cercano río. Walter, en bañador, se encontraba sentado en la orilla, tostándose la piel al sol. Patricia y Bob se hallaban en el agua, jugando y salpicándose mutuamente. A Patricia, a igual de muchas personas, le atemorizaba meter la cabeza dentro del agua. Procuraba nadar en los sitios donde pudiera hacer pie en caso de cansancio, y no se aproximaba a un recodo del río, donde la profundidad era, relativamente, mucha.

Conocía Bob este temor de su hermanastra y tuvo la maldita idea de burlarse de ella. En una ocasión se echó sobre su espalda y, agarrándola por el cuello, consiguió sumergirla. Cuando la niña pudo volver a respirar, el enfado matizaba sus palabras de protesta. Valiéndose de su superioridad física, Bob repitió la maniobra. Al sacar la cabeza, Patricia tosía, escupía agua a chorros y malgastaba en gritos la oportunidad de respirar.

—¡Déjala tranquila, Bob! —advirtió Walter, desde la orilla, sin conceder mucha importancia al juego.

Pero al hijo de los Nelson le satisfacían los apuros de su hermanastra y, entre carcajadas, continuó dándole las zambullidas. Como viese que Walter se ponía en pie, quiso alejarse y, nadando con las piernas, tiró de Patricia hacia la orilla opuesta, donde el río formaba un recodo.

—¡No te acerques allá! —le gritó Walter.

Bob se rió y apretó con la palma de su mano la nuca de Patricia. Movía brazos y piernas la niña, forcejeando por librarse de Bob, más sus movimientos resultaban desordenados, tal era su apuro. No tenía aire en los pulmones, no veía, y el pánico se había apoderado de ella.

—¡El recodo, Bob! ¡No te acerques al recodo! ¡El remolino!

Y comprobando que su advertencia no era atendida, Walter se tiró de cabeza al río, para salvar a los otros dos del peligro a que estaban expuestos.

Terco e insensato hasta lo increíble, Bob prosiguió el avance, arrastrando tras sí a su despavorida hermanastra. En vez de reconocer la inminencia del peligro, sólo pensaba en retardar lo más posible la proximidad de Walter. Y cuando quiso evitarlo ya no pudo. Todo sucedió en un instante.

En aquel recodo las aguas habían socavado la orilla, formándose un remolino apenas aparente. Fue como si a Patricia y a Bob los agarrase un gigante y tirase de ellos hacia las profundidades. Fueron inútiles sus esfuerzos contra la succión del vórtice.

Walter, que nadaba a «*sprint*», los vio luchar y desaparecer bajo las aguas.

—¡Patricia!

A sabiendas de que retaba a la muerte, Walter buceó en dirección al remolino, con los ojos abiertos, buscando a sus camaradas. No ignoraba que su única arma era dejarse arrebatar, sin oponer resistencia, para ahorrar fuerzas. El abrazo líquido lo envolvió también. Su cuerpo giraba a derechas y a izquierdas, tan pronto ascendía como una fuerza misteriosa lo atraía al fondo, era zarandeado y golpeado contra la orilla brutalmente, en los oídos le hervía el cantar ronco de la vorágine.

Distinguió un cuerpo fugaz y alargó la mano. Había logrado coger a alguien. Lo atrajo hacia sí, con el fin de formar un solo cuerpo, y descubrió que se trataba de Patricia, pues entre sus dedos notaba las faldas del bañador.

Haciendo uso de todas sus facultades de buen nadador, y cediendo a los caprichos del remolino en vez de resistírsele, consiguió salir a flote. ¡Sí; llevaba a Patricia! La niña estaba desvanecida, a un paso de la muerte.

La segunda lucha que hubo de efectuar Walter fue contra su propia angustia. Tuvo que vencer la preocupación por el estado de Patricia para nadar con serenidad, sin perder una brazada. ¡Con qué ansia se agarró a unas raíces que brotaban en la orilla! Practicó en Patricia los cuidados elementales en casos de ahogado.

Cuando devolvió el agua, y bajo los efectos bienhechores de la respiración artificial, la niña comenzó a volver en sí. Entreabriendo los párpados, musitó una palabra ininteligible.

—¡Patricia! ¿Me oyes? ¡Ya estás a salvo! —Le notificó, tembloroso, él.

La chiquilla debió comprenderle, porque sonrió débilmente, como expresándole su gratitud.

Convencido Walter de que Patricia estaba fuera de peligro, se preocupó por la suerte de su primo Bob. Volvió a echarse al agua y de nuevo se entregó al poder de la vorágine. Por segunda vez pasó el difícil trance, más el remolino lo escupió a la orilla sin haber descubierto a Bob. El pensamiento de que su primo había muerto se infiltró en su mente. Del anonadamiento pasó a la desesperación.

A lo largo de la orilla fue examinando el curso del río durante un largo trecho. No vio flotar el cuerpo de Bob.

Tardó una hora en regresar al punto de partida, al recodo. Por tercera vez se sumergió en el remolino y buceó en la especie de gruta formada por la fuerza de las aguas. Solamente palparon tierra y piedra sus dedos.

Al salir, se dio cuenta, entonces, de que Patricia no estaba allí. Supuso que, atemorizada, habría regresado a la casa, en busca de auxilio. Él continuó la búsqueda; estaba decidido a no cejar en su empeño de descubrir a Bob hasta que cerrase la noche. En verdad, le aterrorizaba el pensamiento de tener que notificar la fatal consecuencia del accidente.

En efecto, al rato se presentaron Nelson, su mujer y varios criados, acompañados por Patricia. El estado nervioso de Bárbara amenazaba con el paroxismo. Nelson procuraba conservar la calma, aunque se le notaba intensamente preocupado, y daba órdenes a sus servidores. Con palos, pértigas y ganchos se pusieron a rastrear el lecho del río.

Y una vez más, desorientado, tratando de justificar su inculpabilidad, Walter se echó al agua y tornó a jugarse la vida con la indiferencia del que todo lo tiene perdido.

El rastreo resultaba infructuoso. El cuerpo de Bob no aparecía por ninguna parte.

Se hizo de noche. Unos agricultores de la vecindad habían llevado una vieja barca y bogaban arriba y abajo del recodo, alumbrándose con faroles. Avisado el *sheriff* de la comarca, se personó en el lugar del accidente y dio comienzo a las diligencias judiciales.

Exasperaba su cachaza al interrogar a Walter y a Patricia. Contaron los hechos tal como habían sucedido, pero Bárbara, que

estaba ronca de llamar a gritos a su desaparecido hijo, vertió toda su inquina contra el protegido. De nada valía el testimonio de la niña, declarando que la culpa había sido enteramente de Bob. Bárbara vociferaba, gesticulaba y lloraba, histérica y vengativa.

Nelson, aunque muy abatido, tuvo que reconocer la inculpabilidad de Walter, y rogó al *sheriff* que no hiciese caso de las acusaciones de su esposa. Ésta llegó, en el cénit de su desequilibrio nervioso, a afirmar que Walter había asesinado a su hijo, en revancha de lo sucedido unos días antes. Sacó a relucir toda la historia del protegido y no se olvidó de relatar que el padre había sido condenado a la silla eléctrica por asesino. Empleaba un amplio vocabulario de ofensas e insultos que rayaba en lo soez. Bárbara, apenas perdía el «barniz», dejaba al descubierto sus modales de la juventud, los tiempos en que trabajaba de corista en un teatro de variedades.

Walter escuchaba, aturdido y confuso, aquella retahíla de acusaciones y ultrajes. No era todavía lo suficientemente hombre para defender su inocencia. Empezaba a odiar a Bárbara. Sabía que era mala. Y lloró porque no tenía otro recurso.

Al amanecer del día siguiente encontraron el cadáver de Bob, enredado en unas matas de la orilla izquierda, a bastantes millas del remolino. La tristeza de Nelson, la ira avasalladora de Bárbara, la melancolía de Patricia y la pesadumbre de Walter crearon un ambiente denso, irrespirable.

Regresaron a Boston. La mujer de Nelson tuvo un ataque de nervios al entrar en la alcoba de su difunto hijo y, a continuación, volvió a agraviar al protegido. La lujosa mansión se convirtió en un infierno.

Por fin, un día, Nelson llamó a su sobrino al despacho. Con manifiesto pesar, le dijo:

—Sé que no fuiste culpable de lo del pobre Bob, pero las circunstancias me obligan a no cumplir la palabra que te di cuando entraste por vez primera en esta casa —hizo una pausa. Evidentemente, le costaba trabajo tomar la determinación siguiente—: He decidido internarte en un colegio. Es un colegio bueno, te enseñarán bien y no te faltará de nada. Yo costearé los gastos. Tengo todo dispuesto y mañana mismo saldrás de aquí.

Hubo un largo silencio en la estancia. De pie ante su tío, Walter

recibió la noticia como una ducha de agua helada. Más que nunca necesitaba un poco de cariño, el dulce consuelo de las palabras de Patricia, repitiéndole que él no había tenido la culpa del accidente. Walter, a fuerza de oír a la mujer de su tío que él era el culpable, sentíase doblegado bajo el peso de un complejo espiritual que ya nunca lo abandonaría. En su fuero interno pensaba que, de morir alguno de los otros dos niños, prefería que hubiese sido Bob.

—¿Lo sabe Patricia? —preguntó, tímidamente.

—No. ¿Qué piensas, Walter? ¡Habla!

—Que está bien, tío Robert. Sé que no puedes hacer más.

Se conmovió Nelson por la reacción serena de su sobrino, y lo atrajo hacia sí, junto al brazo de su sillón.

—Cuando seas mayor, Walter, comprenderás muchas cosas que ahora te parecen inexplicables, entre otras, el corazón de una mujer. Cada mujer es un misterio. Dios quiera que te corresponda una mujer buena que te haga feliz.

Y al día siguiente, Walter preparaba su equipaje. Dentro de una gran maleta de piel de cerdo metió la suya. Nelson deseaba que la ropa de su sobrino no desmereciese de la de sus futuros condiscípulos.

Echaba la llave a las dos pequeñas cerraduras, cuando Patricia penetró en el dormitorio. La niña parecía muy afligida. Pálida como una azucena, reflejaba en su lindo rostro la tristeza que sentía.

—Ya te vas. Walter. ¿Cuándo volveremos a vernos?

Mirándola fijamente, con el alma desbordada, él aseguró:

—Volveré a verte, Patricia. Aquella fotografía tuya, que me regalaste, me hará compañía en el colegio. Tú eres lo que más quiero en este mundo.

Ella sonrió entre lágrimas de dicha y pena. Su corazón de niña no estaba maduro para amar, pero Patricia sentía necesidad de tener siempre a su lado a Walter. Al convencerse de que también él experimentaba la misma necesidad, era feliz.

—¿De verdad te acordarás de mí? ¿De verdad vendrás a verme? ¿Me escribirás?

—Todos mis ratos libres los ocuparé en escribirte. ¿Querrá tu madre?...

—Creo que sí. ¿Te has despedido de ella?

—No sé sí...

—Sí; debes hacerlo, a pesar de todo. Te acompañaré hasta la puerta de su habitación; todavía no ha salido.

Juntos fueron, contemplándose mutuamente. Walter obedecía a Patricia, a costa de un gran esfuerzo. Le daba miedo enfrentarse a la mujer que tan mal le había tratado, a la causante de su internamiento en el colegio.

Al recibir contestación a su llamada con los nudillos, abrió la puerta.

Bárbara estaba sentada ante el tocador, envuelto su esbelto cuerpo en un salto de cama de tejido vaporoso. Su doncella le cepillaba la cabellera con un cepillo de púas metálicas. Walter quedó inmóvil en el umbral, vencido por su propia timidez.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, ásperamente, la mujer de Nelson, al verle por reflexión en el espejo.

—Yo... yo... venía a despedirme de usted...

Exponiéndose a dejar una mata de pelo entre los dedos de la doncella, giró rápida sobre el asiento del silloncito circular. Con timbre desgarrado, le gritó:

—Vienes a despedirte de mí, ¿eh?... Vete de aquí ahora mismo. ¡Vete enhoramala, maldito!... ¡Asesino de mi hijo...!

Cuando ella, enfurecida, se volvía hacia el tocador en busca de algún objeto para arrojársele, Walter retrocedió, en una fuga que no tenía nada de vergonzosa.

Robert Nelson despidió a su sobrino en la puerta de la casa. No exteriorizaba sus verdaderos sentimientos, más le temblaba la voz al decirle «adiós».

Patricia lo acompañó hasta el coche que le conduciría al internado. De pie junto a la portezuela, los dos niños se contemplaron por última vez. Las lágrimas se deslizaban por las nacaradas mejillas de Patricia. Los labios de Walter parecían faltos de riego sanguíneo y formaban una línea fina, de apretadas que tenía las mandíbulas. Ambos sospechaban que Bárbara estaba observándoles desde el balcón de su dormitorio. Reprimieron su deseo de cogerse las manos.

—¿Cuándo volveremos a vernos, Walter? —preguntó Patricia, por segunda vez en el día.

—¡Yo volveré!

Y Walter Lehman subió al coche, con una firme determinación

en sus pupilas.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

III

CAMINO DEL MAL



L internado adonde fue llevado Walter era uno de los mejores colegios de Boston. Los internos tenían que someterse a la dura disciplina del reglamento, pero no se les hacía pesada porque, además de la rigidez, existía comprensión por parte del profesorado.

Pronto destacó Walter entre sus condiscípulos, tanto en los estudios como en los deportes. Allí hizo sus primeras armas en el boxeo y en la lucha libre americana. Sus largos pero enjutos miembros comenzaron a cubrirse de músculos.

En las horas de descanso escribía a Patricia. Le contaba los acontecimientos del colegio, su impresión de los profesores y otros

detalles de poca monta, que para él resultaban de vital importancia. No le escribía de amor, porque aún ignoraba las manifestaciones de este sentimiento. Él solo sabía que lo más agradable era recordar su vida en compañía de Patricia.

Únicamente recibió tres cartas de ella. En una decía que su madre la vigilaba y la había regañado en varias ocasiones por escribir a escondidas. Las misivas de Patricia eran también de una inocencia absoluta, toda pureza. Walter guardó las tres cartas junto a la fotografía de su madre; jamás se separaría de ellas. El huérfano seguía hambriento de cariño.

Walter empezó a cursar estudios superiores. Algún día alcanzaría la meta, tendría una profesión digna y remuneradora y, entonces, sería ocasión de presentarse ante Patricia. No había vuelto a verla; tenía prohibidas las vacaciones, por decisión de su tío Nelson. Era un recluso en una confortable prisión.

Sus sueños se derrumbaron a los tres años de permanecer en el colegio. Una tarde fue llamado al despacho del director del establecimiento docente. Walter había escrito a Nelson, días antes, solicitándole que le concediera un permiso para ir a visitarlo, y se alegró de la llamada.

—Señor Lehman: lamento comunicarle que su tío, el señor Robert Nelson, ha fallecido a últimos de la semana pasada. La señora Nelson me notifica que, a partir del presente mes, dejará de abonar la mensualidad que venía pagando su tío. La he llamado por teléfono con objeto de tomar una determinación, y ha dicho que enviemos a usted a algún asilo de los que mantiene el Estado para huérfanos. Usted es todavía menor de edad, y no me queda otro recurso que hacerlo. Comprendo que le resultará muy doloroso, pero... este colegio es un negocio como otro cualquiera. En cuanto arregle su documentación, lo conduciremos a...

—Déjeme en libertad, señor —solicitó Walter, que había recibido la fatal noticia con aparente serenidad.

—¿Tiene usted otros parientes dispuestos a protegerlo? —preguntó el director.

—No; estoy solo.

—Entonces, lo siento. Sería muy grave mi responsabilidad si lo dejase marchar a su antojo. La Ley es la Ley.

—¡Gracias!

Y Walter Lehman salió del despacho, con la cabeza alta, el paso firme y sin el menor gesto de contrariedad.

Fue estando a solas, en su dormitorio, sentado al borde de la cama, cuando su aparente fortaleza se derrumbó. No lloró, como había hecho en otros trances graves de su infancia; ya sabía que el llanto no conduce a nada. Le dolía, primeramente, la noticia de la muerte de su tío. Lo quería porque había sido su protector. Y, en segundo lugar, le dolía renunciar a la carrera, al brillante porvenir que el Destino parecía haberle trazado con rasgos imprecisos. Por el contrario, no sentía rencor contra Bárbara Nelson; ¿qué otro comportamiento podía haber esperado de ella?

Walter tenía ya cumplidos los dieciséis años. De carácter reflexivo, parecía mayor. Fríamente tomó la determinación de rebelarse contra el Destino: no iría al asilo para huérfanos. Si había de enfrentarse al mundo, con todas sus crueldades, cuanto antes, mejor. Se encontraba lo bastante fuerte, suficientemente capacitado para abrirse paso en el bosque humano. Más que luchar por un pedazo de pan y un techo, le amedrentaba su falsa creencia de que en el asilo lo tratarían a puntapiés.

Ultimó los planes de su evasión, y al día siguiente logró enterarse, por un oficinista amigo, que el director del colegio había recibido ya toda su documentación.

Por la noche, cuando sus compañeros dormían, salió del dormitorio. Recorrió sigiloso los largos pasillos hasta llegar a la puerta de las oficinas de la Dirección. Sabía dónde los empleados acostumbraban a esconder la llave y también conocía el sitio en que estaba su expediente. Le fue fácil entrar y apoderarse de sus papeles.

La última etapa de la fuga era burlar al portero de noche, situado en el vestíbulo, junto a la puerta de salida. Lo vio dormitando, de bruces sobre el pequeño mostrador.

Le sería difícil engañarlo. El reglamento decía que ningún alumno podría salir sin un permiso escrito del mismo director. Y no había otra salida: todas las ventanas estaban enrejadas y las llaves de las puertas de servicios las guardaba el portero. No podría huir furtivamente.

Tal como había planeado, se escondió tras una gran maceta colocada al final del pasillo que conducía al vestíbulo. Dejó en el

suelo su maleta de cartón y encima puso la chaqueta.

Corriendo penetró en el vestíbulo. Su expresión era de intensa inquietud.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¡Despierte! ¡Algo muy grave le ocurre al interno de la habitación sesenta y cuatro! ¡Está pataleando, echando espuma por la boca y retorciéndose como un condenado! ¡Creo que será uno de esos ataques de epilepsia! ¡Venga a ayudarme a sujetarlo!

Medio dormido, el portero se apresuró a correr hacia la habitación indicada. No podía sospechar el verdadero propósito de aquel interno que, en mangas de camisa y con la cara descompuesta por el susto, le pedía ayuda para un compañero suyo.

En vez de seguir al portero, Walter se apoderó de la llave de la puerta principal, que colgaba de un tablero clavado a la pared. Regresó rápido por la chaqueta y la maleta, y salió a la calle.

Aunque ningunas voces acusaron su fuga, él anduvo a buen paso por la acera, al mismo tiempo que terminaba de vestirse, con objeto de no llamar la atención de las personas que transitaban por las calles.

Tenía algún dinero ahorrado, de la menguada cantidad que el director le entregaba cada mes para sus gastos particulares, en nombre de Nelson, y pensaba tomar el primer tren que saliera de Boston. Pero, antes, deseaba ver a Patricia. A aquellas horas estarían terminando de cenar, si se encontraban en su casa.

No era para él un problema el obstáculo que suponía la alta verja del jardín. Más de una vez, cuando vivía allí, había salido y entrado por un lugar donde faltaban varias de las puntas de hierro.

Cuando llegó frente a la mansión de los Nelson, su ansia de efectuar enseguida el escaló se vio retrasada por el paso de algunos transeúntes y del policía de ronda. Sentado en un banco de piedra de la avenida, aguardó impaciente la ocasión propicia. El follaje de los árboles amortiguaba el resplandor del farol más cercano.

En aquellos minutos de espera decidió dejar escondida su pequeña maleta bajo el banco; sería un impedimento.

Por fin llegó la oportunidad deseada: nadie a la vista por la acera. Con la agilidad propia de la edad, trepó por los barrotes, coronó la verja y saltó al otro lado.

Avanzó por el jardín sumido en tinieblas. En las ventanas de la

fachada principal de la casa se distinguían algunas luces. Se aproximó cauteloso a las correspondientes al comedor.

Bárbara Nelson y Patricia estaban a los postres. Dos doncellas servían. Madre e hija comían en silencio. La primera parecía más joven y hermosa que nunca. Patricia, desde la última vez que la vio Walter, se había transformado en una linda jovencita, de semblante pálido y de gesto melancólico.

Walter sintió que se apresuraban los latidos de su corazón. La realidad era aún más hermosa que sus sueños en el internado. La mujer ideal que todo adolescente forma en su imaginación, dentro de las líneas del más puro romanticismo, estaba allí plasmada. Supo, entonces, que siempre estuvo enamorado de Patricia. Aguardaría a que se retirasen a sus habitaciones, para darse a ver a ella. Le contaría su fuga y sus propósitos, y le pediría que esperase hasta que él fuese un hombre con el porvenir conquistado.

Aguardaba nervioso el momento feliz del encuentro, cuando escuchó el sonido del timbre de la puerta de la verja. Alguien deseaba entrar. Como era costumbre, uno de los criados saldría a abrir, después de dar las luces del jardín.

Prudente, se retiró a esconderse entre unos arbustos.

Se encendieron las bombillas situadas a lo largo del paseo central y un criado apareció, dirigiéndose calmoso hacia la verja. Bárbara Nelson se asomó a curiosear a través de los cristales, tal vez extrañada por la visita.

Desde su escondite, Walter oyó hablar a un hombre con el sirviente, y las pisadas de varias personas. Los que entraban querían hablar con el dueño de la casa. El criado explicó que la dueña era la viuda de Nelson.

Pasaron a corta distancia de Walter tres individuos desconocidos para él. Luego los vio, por la ventana del recibimiento, conversando con Bárbara. Uno de ellos se llevó la mano a un bolsillo y enseñó algo que no sobresalía de la palma de su mano. Sin duda alguna, eran policías. ¡Estaban buscándole! ¡El portero del internado había notificado su fuga al director y éste a la Policía! ¡Si se dejaba atrapar, lo llevarían al asilo!

Sólo el afán de entrevistarse con Patricia le retuvo allí, pues sentía un desmesurado temor a la Policía, a la que, por ignorancia, suponía sin compasión.

Los tres individuos tardaron un rato en abandonar la casa. Bárbara Nelson salió hasta la puerta a despedirlos.

—Átenlo corto en cuanto lo cojan; es un muchacho de mala ralea —advirtió la mujer, cuyo odio hacia Walter se incrementaba al saberle rebelde contra su decisión.

—Así lo haremos, señora —repuso uno de los detectives—. Por lo que usted nos ha contado, suponemos que no dejará de venir por aquí. Un chico de esas condiciones buscará, naturalmente, refugio entre sus únicos conocidos. Por si acierto, me permitirá usted que esconda en este jardín a dos de mis hombres. Tal vez lo agarremos por sorpresa.

El miedo a ser descubierto impulsó a Walter a huir. Volvió sobre sus pasos. Al salvar la verja y saltar a la acera, un hombre, situado junto a un automóvil parado, debió de descubrirle, porque gritó:

—¡Alto!

Echó a correr el fugitivo como alma en pena que lleva el diablo. Otro, con menos serenidad que él, habría huido sin dirección determinada. Walter, a sabiendas de que perdía unos instantes preciosos, quiso recuperar su maleta porque dentro estaban las fotografías y las cartas de Patricia, su único tesoro.

La maleta se hallaba donde la había dejado, debajo del banco. Cuando se agachaba a recogerla, oyó la voz del individuo, avisando a gritos a sus compañeros que alguien había saltado la verja.

Walter, con la maleta en la mano, no vaciló sobre el camino a tomar. La visión de un «taxi» libre, circulando a poca velocidad por el centro de la avenida, le facilitó la huida. Lo tomó en marcha y, al mismo tiempo que se desplomaba en el asiento, ordenó:

—¡A South Station! ¡Aprisa, o perderé el tren! ¡Habrà una buena propina!

El conductor, animado por la perspectiva de la recompensa, pisó a fondo el acelerador y no se percató de la realidad.

No cometió Walter el error de dejar tras de sí una pista tan clara. Una vez llegado a la estación pagó el importe del recorrido y añadió la propina prometida. Penetró en el amplio vestíbulo del edificio, donde estaban las taquillas, y se colocó en una de las «colas».

En cuanto hubo comprobado que no le seguía nadie, salió de la estación y a pie se dirigió a una de las salidas por carretera de la

población.

Sentado en una esquina de la maleta, aguardó. Varios coches pasaron a gran velocidad, sin hacer caso de sus señales, hasta que se detuvo un viejo camión, cargado de cajas de madera.

—¿Adónde vas, muchacho? —le preguntó el conductor, un individuo de edad madura, calvo y de expresión bonachona.

—A buscar trabajo.

—¡Hombre! ¡Eso es mucho pedir! ¡Anda, sube, y ya hablaremos!

El encuentro con Joe, así se llamaba el conductor, fue decisivo para Walter. El viejo Joe era buena persona. Enterado de la situación del huérfano, lo tomó bajo su tutela y le invitó a vivir con él y con su hermana, una vieja solterona nacida para madre, en su casa de Nueva Orleans.

Joe se ganaba la vida transportando fruta a los mercados del Norte. Él y el camión necesitaban una reparación, pero ninguno de los dos se paraba. Otros conductores, más jóvenes y con vehículos más nuevos y veloces, le sacaban siempre ventaja. Al viejo Joe no le importaba; por el contrario, se reía de ellos. Él, veterano en tales negocios, conocía la oportunidad de cada mercado. A él nunca se le echaba a perder la mercancía en el camión por falta de comprador.

Walter Lehman se hizo su ayudante. Aprendió a conducir, a reparar las averías y a tratar con toda clase de gente. El huérfano fue haciéndose hombre. Las frecuentes discusiones y peleas que se desarrollaban entre otros conductores le enseñaron que la fuerza bruta era imprescindible para triunfar sobre algunas personas. Se endureció física y espiritualmente. A él le salvaban del encanallamiento o de la entrega a la brutalidad los sanos consejos de Joe y el recuerdo sagrado de Patricia.

No había querido escribir a Patricia por temor a que su madre se apoderase de la carta y diese parte a la Policía. Sabía, por haberlo leído en las notas de sociedad de una revista, que la viuda de Nelson y su hija habían dado una recepción a sus amistades, en Boston.

Gustaba el viejo Joe de chancearse de los compañeros de profesión si éstos llevaban a desgraciado término sus operaciones comerciales. Ninguno solía tomárselo en serio porque, en realidad, las bromas eran bien ingenuas. Pero hubo un conductor nuevo, un tipo fornido y de carácter fanfarrón, que se ofendió. Había hecho un

mal negocio con su último cargamento y quiso desquitarse con Joe. Valiéndose de su superioridad física, lo cogió por las solapas de la chaqueta y le hizo retroceder hasta arrinconarlo contra la caja de uno de los camiones estacionados en la calle.

—¡Voy a arrancarte la lengua, viejo cascarrabias! Yo no te consiento ese guaseo a mi costa porque tengo muy malas pulgas.

—¡Déjame en paz o echaré mano a la manivela...!

El conductor golpeó bestialmente la boca de Joe.

—¡Aprende a cerrar el pico, coyote, o te lo coseré a bofetadas!

Contemplaban la escena, divertidos y en actitud pasiva, los otros conductores, para quienes aquella reyerta constituía un espectáculo interesante.

Walter se hallaba tendido en el suelo, debajo de su camión, engrasándole algunas piezas. Al oír las risotadas generales, asomó curioso la cabeza por entre las ruedas traseras del vehículo. Nada más percatarse de la situación tan apurada y humillante en que se encontraba su protector, se arrastró y se puso en pie. Sin pensar en las posibles consecuencias, se lanzó veloz sobre la espalda de fornido conductor, al que agarró por el cuello con todas sus fuerzas. Los tres hombres perdieron el equilibrio y cayeron al suelo, entre la rechifla de los espectadores.

El viejo Joe quedó medio sentado en el piso, en postura ridícula, pero los otros dos se incorporaron rápidos. Enfrentados, se hacía más patente la diferencia física. Los brazos, arremangados, del conductor semejaban ramas de encina. Los de Joe, aunque formados, no alcanzaban tan desmesurado desarrollo muscular.

—¿Por qué te metes tú en esto, crío indecente?

—Quién se mete con Joe, se mete conmigo —fue la enérgica respuesta del joven, que tenía los puños cerrados y las piernas abiertas.

—¡Ah! Eres un muchacho bravo, ¿verdad, monada? —comentó, burlón, el otro, a la vez que daba un paso adelante, sin ponerse en guardia siquiera, despreciando a su endeble contrincante.

Joe, que continuaba tirado en el suelo, restañándose con el pañuelo la sangre que le fluía de la boca, rogó a su protegido:

—¡No seas loco, Walter! ¡Déjalo estar!

—¡Calla, viejo buitres! —le increpó el robusto conductor, arrancando carcajadas de sus compañeros al decir—: No me quites

el gusto de comerme crudo a este pajarito.

No había terminado de hablar, cuando, aprovechando su descuido, Walter le descargó un directo a la cara que le hizo tambalearse y escupir un par de dientes.

—¡Maldito perro sarnoso! ¡Voy a dejarte desdentado para toda tu vida! —bramó de asombro y rabia el conductor.

Éste se lanzó en tromba sobre el joven, con el propósito de estrecharlo entre sus brazos de oso. Esquivó Walter la acometida, dando un salto de costado y, al pasar el otro por su lado izquierdo, le puso la zancadilla. El conductor trastabilló y fue a estrellarse de cabeza contra una de las aletas del camión.

Los vítores de los espectadores, que comenzaban a saborear el cruel placer de la desigual lucha, no tenían otra finalidad que enardecer al joven. Daban por hecho que perdería, pero trataban de prolongar el inesperado y gratuito combate.

Al erguirse el conductor, mostraba una gran herida horizontal en el seno frontal derecho. Mascullando maldiciones y rugiendo realmente, el hombretón fue hacia su rival con los brazos casi extendidos en cruz. Su ansia era llegar a abrazarlo, para sentir el goce bestial de hacerle crujir los huesos. En sus ojos sanguinolentos se leía el deseo de matar. Aquella derrota inicial le dolía, más que por la herida, por la humillación sufrida ante los compañeros.

La pelea recrudeció. Walter, con agilidad de ardilla, se desplazaba veloz a un lado y a otro, evitando el choque del cuerpo a cuerpo. La mayor parte de las veces sus puños no llegaban a la faz maciza del conductor, pero conseguía ganar tiempo para burlarlo. Era la lucha del tigre contra el elefante, del torero contra el toro, la agilidad y la destreza contra la fuerza bruta.

El conductor, que sólo sabía mover sus brazos como aspas de molino y descargar puntapiés al aire, alcanzó con uno de sus enormes puños el hombro izquierdo de Walter, derribando al joven a tierra. Con un grito de alegría, el hombretón se aproximó al caído, para machacarle el cuerpo a pisotones. Joe lanzó una exclamación de susto. Los espectadores dieron por finalizada la pelea.

Walter, aunque dolorido y medio conmocionado, no perdió su característica serenidad y, rodando sobre el pavimento, eludió la bota que le amenazaba. Y antes de que el otro volviera a acercársele, se puso en pie y lo retó en arrogante postura. Había

apoyado la espalda en la caja del camión; tenía cortada la retirada. Parecía querer aguantar en firme el ataque de su contrincante.

Avanzó el coloso, relamiéndose por anticipado de los efectos de su puñetazo. Y lo dio, pero la mano se le deshizo contra la madera, al no encontrar en la trayectoria la cabeza de Walter. Éste la había movido rápidamente.

Lanzó una blasfemia el conductor, a causa del dolor que le dormía la mano. Malgastó unos instantes en lamentarse y en intentar comprender lo ocurrido.

Como un meteoro se le echó encima el joven y los puños de éste golpearon sin piedad, en una serie ininterrumpida, el rostro del hombretón. De las cejas empezó a brotarle la sangre, echando una cortina roja sobre sus ojos. Cegado, girando a un lado y a otro, bramando de rabia, palpando el aire en busca de la presa, el conductor parecía Sansón en el templo de los filisteos.

Al verle en tan lastimoso estado, se dispó el enfado de Walter. Necesitó pocas palabras el viejo Joe para convencerle de que tuviera compasión. Hizo caso de sus advertencias y se retiró de la lid.

Felicitaron al joven todos los circunstantes, y uno de ellos, un tipo bizco y de boca torcida por el costurón de una cicatriz, le dijo, alentadoramente:

—¡Eres un boxeador de primera en potencia, muchacho! A ti te hacía falta un maestro del *ring*. Ganarías el dinero a montones. Yo sé algo de eso, y tienes buena madera.

—Deja de ilusionar al chico con tonterías, «Bizco»; tiene el porvenir asegurado con el transporte. Mi camión será suyo, en cuanto yo me retire —intervino el bueno de Joe, que aún seguía emocionado por la victoria de su protegido.

Obedeció, prudente, «el Bizco», pero sus palabras permanecieron en la memoria de Walter. Él necesitaba ganar dinero, mucho dinero, y pronto. Sin dinero le sería difícil pretender a Patricia mientras su madre viviese. No era amante de la violencia, y más le hubiese agradado la perspectiva de hacerse rico empleando el cerebro que usando los músculos.

Al tratar de esta cuestión con Joe y su hermana, ambos se apresuraron a disuadirlo de tal propósito. Alegaba el viejo que el boxeo obliga a relacionarse con gente de menguada honradez, y

contaba que muchos de los más famosos hampones americanos habían surgido en los gimnasios y de los *rings*. Le prometió, por último, regalarle el camión en cuanto él se encontrase incapacitado para guiarlo.

Los sueños del bonachón conductor no pudieron realizarse. Al poco tiempo, un domingo, Joe y su hermana salieron de *camping* en el camión. Walter no les acompañó; prefería quedarse en casa repasando unos libros. El joven no perdía la esperanza de coronar sus estudios universitarios alguna vez.

Anocheía, cuando llamaron a la puerta del piso. Era un policía. La fatal noticia le fue dada con laconismo castrense. El camión había volcado, incendiándose, en la carretera. Joe y su hermana yacían carbonizados en el depósito de cadáveres.

Encajó Walter malamente aquella desgracia. Quería mucho a sus dos protectores, que habían sido padre y madre para él. Volvía a quedarse sin hogar, en la justa edad en que las tentaciones del mundo son más fascinadoras.

Durante algunos días permaneció encerrado en la casa, hasta que la falta de dinero le obligó a salir en busca de trabajo. El camión había quedado totalmente inservible; ni como chatarra lo hubieran comprado. No le quedaba otro recurso que pedir trabajo, en plan de asalariado, a cual quiera de los empresarios de transportes que lo conocían.

Tenía fama de trabajador y de honrado, y pronto tuvo colocación con un antiguo amigo de Joe. El sueldo le bastaba para vivir; pero no era suficiente para ahorrar. La realidad de sus sueños de amor se hacía más inasequible.

Cumplió la mayoría de edad. Se hizo hombre, un hombre de rasgos enjutos, de cuerpo flexible, pero recio, de expresión siempre triste.

Pasó un par de meses transportando fruta desde Nueva Orleans a otras ciudades del Este y del Norte. En las noches interminables de viaje, mientras el motor del camión zumbaba potente y los conos luminosos de los faros oscilaban en las tinieblas, Walter, amodorrado sobre el volante, soñaba con la amada imagen de Patricia. Ella era la única mujer en su vida. No se acostumbraba a considerar a las mujeres de una manera tan materialista como sus compañeros de trabajo.

Soñaba con llegar algún día a Boston. Intentaría ver a Patricia, solamente verla, para recibir una inyección de energías. Y lo creyó posible, pues Boston fue la meta de uno de sus viajes.

Apenas el consignatario se hizo cargo de la mercancía, él se apresuró a ir a una pensión. Había portado consigo su mejor traje; lo llevaría en la visita. Ya no le daba temor que supieran que se hallaba en Boston, la capital que, al cabo de tantos años de ausencia, le parecía una nueva ciudad. Era mayor de edad y no tenía por qué meterse con él la Policía, lo denunciase o no Bárbara Nelson. Tampoco le atemorizaba la madre de Patricia, como cuando era niño. Él sabría responder adecuadamente, aunque prefería que la visita se deslizase con normalidad, por lo menos.

Nervioso, alborozado el corazón, pulsó el timbre de la puerta de la verja de hierro, ahora más despintada que antaño. Salió a abrirle un hombre desconocido.

—¿Qué desea?

—¿Está en casa la señora Nelson? Soy un sobrino suyo; acabo de llegar a Boston y deseo saludarla.

El hombre repuso, amablemente:

—La señora Nelson ya no vive aquí. Vendió la casa a mis señores.

—¿Dónde está?

—No lo sé; me parece haber oído que se marchó a Nueva York.

Walter Lehman tuvo la impresión de recibir un golpe en el cráneo. Todo lo esperaba menos aquello. Solicitó, tartamudeando:

—¿Sería usted tan amable que preguntase a sus señores la dirección de la señora Nelson? ¿Puedo pasar a preguntárselo yo mismo?

—Lo siento; pero los señores están ausentes. Salieron de viaje a Nueva Jersey hace unos días; no volverán hasta dentro de una semana. Además, no le garantizo que ellos lo sepan. Según tengo entendido, los señores compraron la casa por medio de un corredor de fincas. Lo de que la señora Nelson está en Nueva York lo sé por algunos comentarios de la vecindad.

Al cerrarse la puerta, Walter tuvo la sensación de que ante él se levantaba, más infranqueable que nunca, el muro que había obstaculizado su vida desde la niñez. Echó a andar, ensimismado, errabundo por las calles de la ciudad.

A su regreso a Nueva Orleans, buscó al «Bizco». Ya no tenía Walter el freno de los consejos de Joe. Un imán irresistible tiraba de él hacia el camino más fácil para conseguir dinero. Su entrevista con «el Bizco» lo llevó al borde del precipicio de la inmoralidad.

—Claro que te dije en serio lo del boxeo. Tú vales y ganarías «pasta» —le confirmó el conductor—. Pero todavía conozco otra forma de hacer un buen «calcetín», más cómoda y más rápida, si se tienen agallas suficientes.

—¿Qué es? —interrogó el joven, mareado por el *whisky* y el ambiente mefítico de la taberna donde se hallaban, un tugurio que cobijaba a la gente de más baja estofa.

«El Bizco», tras convencerse de que nadie les escuchaba, le dijo al oído:

—Conozco a una persona que tiene un negocio muy productivo, aunque un poco sucio. Si me juras por tu madre que cerrarás la boca, aceptes o no, te revelaré de lo que se trata.

—¡Habla!

—Tú sabes que hay mucho conductor tonto andando por esas carreteras. Los listos nos encargamos de despabilarlos, quitándoles la mercancía. No hay exposición ninguna, en ningún sentido. Luego, el jefe nos paga y él se encarga de venderla por ahí, lejos. No hay muertes, ni siquiera salen a relucir las armas. Si el conductor y su ayudante se dan cuenta, por casualidad, ¿qué van a hacer ellos dos solos contra cuatro o cinco tíos bien bragados?

—¡Eso es *hijacking*! —exclamó Walter, despreciativo.

—Llámallo como quieras, Lehman; pero proporciona mucha «pasta».

—No cuentes conmigo. Prefiero que me machaquen las narices en un *ring* a obrar contra mi conciencia.

Y allí terminó la conversación, cortada en seco por Walter, a quién repugnaba en todos sentidos la idea de ganar dinero a costa de robar.

Continuó trabajando honradamente en el transporte. Su patrón le felicitaba a menudo por su rapidez en los viajes, realizados sin el más pequeño accidente. Sin embargo, Walter Lehman no era el muchacho de tiempos anteriores. La tristeza, la certidumbre de que nunca llegaría a triunfar en la vida, le llevaron, por desgracia como a tantos otros, al abuso del alcohol. En los días de descanso, se

pasaba horas y horas sentado a la barra de cualquier taberna. A su paladar, el *whisky* le parecía agua, pero su cerebro se oscurecía y la red de su moral, hasta entonces impenetrable a fuer de tupida, empezaba a agujerarse. Ya no catalogaba de tan inmorales ciertos actos de sus compañeros de profesión: hurto de esencia y aceite; venta de información, a patronos rivales, sobre la oportunidad de ciertos mercados; fingimiento de asaltos en la carretera para vender la mercancía a bajo precio y por su cuenta, y otros delitos semejantes.

Y hubo una noche en la que Walter estaba medio embriagado, recorriendo tabernas y bares. Se tropezó con «el Bizco», quien demostró satisfacción al verlo.

—¡Hola, Lehman! ¿Qué tal esa vida de perro?

—Pues sí que la tuya es de aristócrata... —le replicó Walter, malhumorado.

«El Bizco» le mostró un fajo de billetes de cien dólares, a la vez que le decía:

—Ya lo ves. ¿Qué te parece? Claro que éstos no son todos míos. Algunos los he de repartir entre los que quieran acompañarme esta misma noche a ultimar una operación. Imagínate lo que te gustaría tener dos así en tu bolsillo, ¿eh? Y total, por nada.

Walter miraba como hipnotizado el fajo de billetes. «El Bizco» tenía una verdadera fortuna en su poder. El joven vacilaba. En su semiinconsciencia aún había restos de honradez que no se dejaban vencer por la avaricia.

—¡Bah! ¡Guárdatelos! Ya me figuro lo que pides a cambio. Cómo te respondí otra vez, te respondo ahora. ¡Guárdatelos! Conmigo has dado en piedra —afirmaba el joven, con machaconería de beodo.

—¡Bueno! Tú eres tonto, que te lo pierdes —declaró «el Bizco», pero sin guardarse los billetes—. En realidad, bien poco trabajo te costaría ganarlos. Como todavía eres un imberbe, el jefe tendría consideración contigo. Es posible que sólo te encargase de conducir. Yo, como buen amigo tuyo, le hablaría sobre el particular. Justamente necesitamos un chófer experto. Quedarías al margen del asunto. En una palabra, serías inocente de lo que sucediese, si es que sucedía algo, que no lo creo.

Walter cedió a la tentación.

—Necesito la garantía de que no se me obligará a cometer

ningún delito.

—La tendrás.

—Necesito el dinero por delante.

—Ahí tienes: dos «grandes». ¡Ahora, sígueme a distancia! No conviene que nos vean juntos por la calle.

Salió Walter del bar, en pos del «Bizco». Por el camino iba palpando los billetes dentro del bolsillo del pantalón. ¡Doscientos dólares ganados en un momento! Si la Fortuna le daba la cara, no tardaría en hacerse rico, sin compromiso alguno. Eso sí: no intervendría en ningún acto delictivo, no se enteraría de nada a excepción de conducir bien el vehículo que pusieran a su cargo.

El clima maravilloso de Nueva Orleans hermoseaba la noche. Los coches pasaban raudos, ocupados por hombres y mujeres vestidos de etiqueta, seguramente en dirección a algún *cabaret*. La vibrante vida nocturna de la capital incitaba aún más al joven. ¿Por qué no iba a tener él derecho a disfrutar de la vida? ¿Qué eran los otros más que él?

Siguió con paso vacilante al «Bizco» por una calle empinada. Los raíles del tranvía le guiaban, podía decirse que lo sostenían ópticamente, porque el cerebro le daba vueltas dentro de la cabeza. «El Bizco» miraba hacia atrás, de cuando en cuando.

Por fin, Walter vio que el otro penetraba en el portal de una casa de mal aspecto, al principio de una calleja retorcida y de escaso alumbrado. Dudó un instante en pasar. «El Bizco» le llamó desde el interior. El joven transpuso el umbral y, apoyándose en una pared, anduvo por un pasillo, hasta tropezar con una puerta entreabierta. Sintió que una mano lo agarraba del brazo y tiraba de él rudamente.

—¡Eh! ¿Qué maneras son esas? —Gruñó, con acento de idiota.

—¡Pasa de una vez, condenado! Me has hecho venir a paso de tortuga. A otra ocasión, beberás menos. Procura estar sereno delante del jefe; no le gustan los borrachos.

—¡Yo no estoy borracho! Un poquitín bebido, nada más — declaró Walter, con voz estropajosa.

De repente, un haz de luz eléctrica lo deslumbró. Alguien había abierto la puerta de una habitación intensamente iluminada. Cuando abrió los ojos, se encontró frente a tres hombres que lo examinaban de arriba abajo.

—¿Es éste el nuevo «pájaro» que me traes? —preguntó al «Bizco» uno de los tres, un individuo de estatura mediana, de facciones regulares en exceso, con un recortado bigotillo sombreándole el labio superior.

—Ha bebido unas copas, poca cosa. Se le pasará enseguida. Es el muchacho de quien le hablé el otro día, jefe. Tiene puños, maneja bien el volante y quiere ganar dinero. Está verde, no hay duda. Ha venido con la condición de que no intervendrá en el golpe. Ya irá entrando poco a poco por el aro; el caso es empezar. ¿He hecho bien, jefe?

—No está mal del todo. Más adelante veremos si es cierto lo que aseguras.

—Pues no será a mí al que lleve —comentó uno de los otros—. Está más borracho que una botella de ginebra.

—Metedle la cabeza en un cubo de agua fría. Se le pasará enseguida —ordenó el jefe—. Mientras se le pasa, vendrán los demás.

Condujeron a Walter a una habitación contigua y le obligaron a inclinarse encima de un lavabo. El agua en la nuca y en las sienes le conmovió el sistema nervioso. Sintió como una garra estrujándole los sesos.

Se dejó caer en una silla. De la otra habitación llegaron a sus oídos las palabras del que tenía la categoría de *boss*. La voz untuosa la pronunciación perfecta hasta la exageración concordaban con su tipo. Daba instrucciones a los otros, haciendo hincapié en que eludiesen toda clase de violencia. Repetía incesante la palabra «astucia»; éste parecía ser su lema.

Habían transcurrido unos diez minutos, cuando «el Bizco» se asomó a la habitación donde se hallaba Walter reponiéndose.

—¿Cómo va eso, muchacho?

—Bien del todo.

—¿Podrás conducir sin estrellarnos?

El joven asintió con un movimiento de cabeza. Ahora sentía como si le hubiesen pasado una toalla húmeda por la mente. Empezaba a recobrarse. Y al hacerse la lucidez en su raciocinio, se percataba del difícil atolladero en que estaba metido por culpa propia y del alcohol.

—Oye —dijo al «Bizco»—: yo quisiera... quisiera marcharme.

Busca a otro. Ésta es una clase de negocios que nunca me ha agradado. Te devolveré el dinero, y en paz.

—¿Qué estás diciendo, Lehman? Vas a buscarte la ruina, muchacho. Tú no sabes con quién estás tratando: el jefe es capaz de «liquidarte» si se entera de tu decisión, después de haberlo conocido —le susurró «el Bizco», realmente asustado.

—¿Qué me importa a mí el jefe ni nadie? —preguntó, irritado, el joven, alzando, despreciativo, la voz—. Yo no me he comprometido a nada. Os devuelvo el dinero, buscáis a otro para conducir, y aquí se acabó la historia. He dicho que no me meto en líos, y nada más.

—¿Qué, diablos pasa ahí? ¿Qué está graznando ése? —se oyó preguntar al *boss* desde la otra habitación.

—¡Nada, jefe, nada! Es que...

Pero Walter le cortó el pretexto, poniéndose en pie y vociferando:

—Que me voy de aquí. ¡Eso es todo! Aquí está el dinero.

El joven y el *boss* se encontraron frente a frente bajo el dintel de la puerta que ponía en comunicación las dos habitaciones. El *boss* tenía la mano derecha metida en el bolsillo de la americana. Su cara reflejaba incredulidad y despotismo, a la vez. Detrás de él, cuatro individuos contemplaban también a Walter.

Este último tendió al aire los dos billetes. El *boss* los hizo volar de un manotazo. En tono demasiado obsequioso, advirtió:

—Escucha, jovencito; a Michael Tolbert no hay quien se le ría en sus narices. Viniste aquí por tu voluntad. Cobraste a cambio de una cantidad estipulada de común acuerdo. Nadie te trajo a la fuerza. Estoy acostumbrado a tratar con hombres que mantienen su palabra aunque les cueste la vida, y si alguien que no sea hombre se atreve a rebelarse, lo quitó de en medio sin más explicaciones. Apréndete esta lección: el que empieza con Michael Tolbert ha de seguir hasta que lo «baleen» o se muera de viejo. Y recuerda que a los traidores les doy su premio en plomo. Una palabra tuya respecto a mí, a mis hombres o a mis negocios, y no dejo de ti ni el rabo. Y ahora, andando. Todo está listo y tú llevarás el coche. No querías hacerlo ni con dinero, pues lo harás gratis.

A Walter no se le atemorizaba tan fácilmente, con amenazas solo, y fue a abalanzarse sobre el denominado Michael Tolbert. Su incipiente movimiento lo cortaron en seco dos armas de fuego:

Tolbert le apuntaba al vientre con una automática, «el Bizco» le había apoyado un objeto duro en la columna vertebral.

—¿Qué? ¿Se te apaga la fogosidad? —le preguntó el *boss*, con sorna.

—No seas tonto, Lehman —le advirtió «el Bizco», por detrás. Recoge los «papiros» y hazte a la idea que ya no te queda otro camino. No te irá mal.

Si no quería morir allí mismo, de manera ignominiosa, Walter tenía que ceder; esperaría a tomarse la revancha en ocasión más propicia. No recogió el dinero. Sumiso en apariencia, siguió la indicación de Tolbert. Los siete salieron a un corredor en tinieblas que daba a otra calleja; la guarida tenía dos salidas.

Había un automóvil y una furgoneta grande, junto al bordillo de la acera.

—Toma el volante del coche, Lehman —le ordenó Tolbert—. «El Bizco» te irá dando instrucciones.

Subió el *boss* en la furgoneta, con sus cuatro secuaces.

Obedeciendo las instrucciones del «Bizco», Walter conducía a velocidad moderada. Salieron de la ciudad y enfilaron la carretera Noventa, en dirección a Mobile. El fresco de la noche fue serenando por completo la mente del joven. Guiaba en silencio, ratificándose en su decisión de que jamás cometería ningún delito, por mucha falta que le hiciese el dinero. Se acordaba de su madre, de sus constantes consejos sobre la imperiosidad de observar los preceptos religiosos y morales, y recordaba a Patricia; cometer una mala obra lo convertiría en un ser indigno de ella.

«El Bizco» pareció leerle el pensamiento.

—No le des más vueltas a la cabeza. Lehman. ¿Cuántas veces he de repetirte que los asuntos de Tolbert serán sucios, pero no sangrientos? ¿Me crees tan tonto como para meterme en líos gordos? Además, ya lo comprobarás más adelante; el jefe sabe lo que se hace: él nada y guarda la ropa. Lo conozco bien y hasta creo que tu postura de hombre honrado le agradó. El tiempo tiene la palabra.

No le respondió Walter. Fingía estar muy atento a los cambios de luces al cruzarse con otros vehículos, muchos de ellos camiones con lonas cubriendo las mercancías. Por el espejo retrovisor, el joven distinguía los dos puntos luminosos de los faros de la

furgoneta.

—Para ahí, en ese parador de la derecha —le indicó «el Bizco». Pasaremos a tomar unas copas. Tú no hagas más que callar y asentir a lo que yo diga.

El coche abandonó la carretera y rodó lento por el paseo enarenado, que se abría en explanada frente a un edificio de una sola planta. En la explanada había estacionados varios camiones y automóviles.

Se apearon y penetraron en el parador. Era un local amplio, discretamente iluminado, con un mostrador a lo largo de una de las paredes. Varias parejas de enamorados ocupaban las mesitas, colocadas en los rincones; otros clientes se sentaban en los altos taburetes, situados ante la barra. Olía intensamente a carne asada. El ruido de los platos y los vasos, al chocar entre sí, se unía al barullo de las conversaciones y de las carcajadas. Había animación entre la clientela. Los del mostrador no daban abasto a servir bebidas y alimentos.

«El Bizco» se detuvo unos instantes para ojear a los concurrentes. Luego comunicó, en tono bajo, a Walter:

—Creo que vamos a tener suerte. Ahí veo a un conocido. Es conductor y le gusta el alcohol más que a un niño el biberón. ¡Sígueme y no se te ocurra meter la pata!

Se aproximó «el Bizco» a un individuo que charlaba con uno de los mozos del mostrador, y le golpeó amistosamente la espalda, al mismo tiempo que extremaba sus pruebas de júbilo por el encuentro. Presentó a Lehman como amigo suyo y justificó su presencia diciendo que habían salido en coche a buscar aventuras amorosas.

Se pidió *whisky*. Una ronda y otras rondas se sucedieron a velocidad de vértigo. «El Bizco» vertía con disimulo el líquido en el suelo. Walter lo imitaba. El otro trasegaba sin cesar del vaso a su garganta. Contó que transportaban a Richmond un lote de pieles de caimán curtidas; estaba esperando a su ayudante, que se encontraba en los lavabos.

«El Bizco» pisó significativamente a Walter y, a los pocos momentos, los abandonó, pretextando que había olvidado cerrar con llave las puertas del coche. Quedaron en la barra el conductor y Walter.

Enseguida regresó «el Bizco», y al rato se les unió el citado ayudante, un joven fornido y de cara de cretino. Continuaron bebiendo, encargándose «el Bizco» de bromear y de entretener a los otros con chistes de tono muy subido.

A la media hora aproximadamente, cuando los efectos del alcohol se hacían sentir, el conductor y su ayudante decidieron reanudar el viaje y se despidieron, con grandes abrazos y calurosa exaltación de su amistad.

Walter y «el Bizco» permanecieron apoyados en la barra unos cuantos minutos, y luego salieron del local.

—Al coche, y tras ellos —indicó «el Bizco», en la explanada—. Ya avisé a Tolbert de la ruta que llevarían y de qué se trataba. Esas pieles se cotizan mucho.

—¿Cómo sabe Tolbert qué camión es?...

—En cuanto regresé de avisarles, uno de ellos estuvo mirándonos por la ventana. ¡Vayamos hacia Mobile!

Enfiló de nuevo el coche la carretera, pisado el acelerador casi a fondo. No tardaron en iluminar con sus faros la parte trasera de la furgoneta. Delante, a unas yardas avistaron el camión. Los lebreles perseguían la pieza.

Walter observó que la furgoneta adelantaba al camión.

—Tolbert ya actúa —comentó «el Bizco»—. Quiere aprovechar el cruce próximo.

Iniciaron una subida. Dejaron de ver a los dos vehículos precedentes. Al coronar la cuesta divisaron la furgoneta atravesada en la carretera y el camión detenido.

—¡Ya está el lío! —exclamó «el Bizco»—. Acércate un poco más, para, y vamos abajo; nos arrimaremos, por si hubiese que echar una mano. Métete más a la cuneta y apaga los faros; a estas horas no es probable que pase la pareja de policías motorizados.

Echaron pie a tierra, abandonaron el macadam y anduvieron por junto a la línea de los árboles, como fantasmas en la oscuridad de la noche. Walter sentíase nervioso. Le excitaba aquella situación, mas, a la vez, experimentaba desprecio a sí mismo y rabia contra los demás; mentalmente se tachaba de cobarde.

Llegaron a las cercanías del lugar donde se hallaban parados los dos vehículos; a su alrededor se movían unas siluetas humanas. Oyeron voces. Se aproximaron más.

—Tápate la cara con el pañuelo, Lehman —le aconsejó «el Bizco».

Se escuchó la voz de Tolbert:

—No sean estúpidos y entréguese; no les ocurrirá nada. Lo que nos interesa es la mercancía, nada más. ¿Son tan idiotas como para jugarse la vida por una cosa que no es suya, que es de su patrón? Ustedes digan luego que los asaltaron, y se acabó.

El conductor debía ser valiente, o el alcohol ingerido en el parador lo había hecho valiente, porque replicó, desafiador:

—¡Ésas no son cuentas para mí! Mi obligación es llevar la mercancía al destinatario y lo haré. Porque están armados, si no, de hombre a hombre...

Pasó un automóvil a gran velocidad, casi rozando el parabarro delantero de la atravesada furgoneta; sus ocupantes, con el egoísmo de los humanos, se desentendieron de lo que podía ser un accidente o un atraco. La voz de Tolbert vibró airada, al decir:

—¡Basta ya de pamplinas y entregaos, si no queréis pasarlo mal! —Y a continuación, dirigiéndose, sin duda, a uno de sus compinches—: Ve y quita la furgoneta de ahí; ponla bien —y seguidamente dio un silbido.

Walter sintió que «el Bizco» le empujaba por la espalda.

—Hay que acercarse, Lehman.

Obedeció el joven. Atravesaron la cuneta y se aproximaron al grupo de hombres situado junto al camión. Los *hijackers* llevaban un pañuelo ocultándoles la parte baja del rostro, y empuñaban sendas pistolas. Tolbert se hallaba frente al conductor, que, con los brazos en alto, cubría con su cuerpo el estribo de la cabina. A su lado estaba el ayudante de cara de cretino, temblando de miedo.

Se distrajo Tolbert al oír el motor de la furgoneta. Aprovechó su descuido el conductor, que dio un salto adelante y cayó sobre el *boss*, pretendiendo desarmarlo y escudarse en él. Cogido por sorpresa, y por un hombre más fuerte, Tolbert forcejeó, en apurada situación, para conservar el arma.

Walter contemplaba la escena, y deseaba que venciese el conductor. «El Bizco» y sus compinches vacilaban en actuar por temor a herir a su jefe. Uno de éstos, más insensato, alargó la mano armada, buscando la espalda del conductor, que sabía cubrirse con

Tolbert, y resguardarse en el vehículo mientras luchaban.

Vio claramente Walter que iba a cometerse un asesinato, al que seguiría el del ayudante, con tal de acallar para siempre a un peligroso testigo. Quiso salvar al conductor de lo peor, de lo irremediable: de la muerte. Dio dos zancadas el joven y su puño derecho golpeó duramente la mandíbula del *hijacker* dispuesto a disparar, y le derribó a tierra, sin sentido.

Las pistolas de los otros, hasta la del «Bizzo», lo encañonaron, considerándolo enemigo. Walter estaba perdido irremisiblemente si intentaba oponérseles.

Fue como un relámpago la idea que iluminó su mente: jugaría con doble baraja, mientras las circunstancias se lo aconsejasen. Sin meditarlo más, se arrojó sobre los contendientes, bravo hasta la temeridad, pues se exponía a encajar un proyectil de la pistola objeto del forcejeo. Agarró por el cuello al conductor y le sacudió un *uppercut* demoledor. El golpeado se tambaleó, y un segundo puñetazo, aún más contundente que el primero, lo sumió en las sombras de la inconsciencia. El cuerpo del conductor se desplomó, desmadejado, entre los brazos de Tolbert. Éste, que acababa de pasar por un mal trance, se irguió, respirando hondo. Había gratitud en su tono, al decir:

—¡Gracias, muchacho! Ése tenía razón: tú vales.

Walter permaneció callado. Uno de los forajidos comunicó al boss:

—Sí valdrá, pero mire cómo ha dejado a éste.

Miró Tolbert a su compinche, yacente en tierra.

—¿Qué pasó? No me di cuenta.

Entonces, antes de que el forajido respondiera, Walter declaró:

—El muy bestia iba a disparar, sin preocuparse de que podía herirle a usted. No tuve otro remedio que sacudirle, para luego actuar yo, como lo he hecho.

Reconoció Tolbert el servicio que le había prestado el joven, y su admiración por él se acrecentó. Walter se valió de su triunfo para imponerse cuando uno de los forajidos propuso matar al conductor y a su ayudante, con el fin de castigarlos por su rebeldía.

—Aquí no se matará a nadie —dijo el joven, con firmeza—. Ellos cumplían con su obligación, defendían lo que debían defender. A hombres así hay que respetarlos. Es más, propongo que no se les

robe nada.

Michael Tolbert escrutó detenidamente el rostro del joven, al que apenas divisaba en la penumbra que había junto a los faros. Pareció sorprendido por la sentencia del joven, porque la repitió lentamente, monologando:

—Cumplían con su obligación... —Y cambiando de tono, comunicó a Walter—. Ahora me convenzo de que tú no has nacido para esto, muchacho. ¡Bien; ya hablaré contigo en otra ocasión, más despacio! En efecto, a hombres así hay que respetarlos; además, derramar sangre es peligroso. Sin embargo, sería demasiado no sacar producto al «golpe». ¡Vamos, muchachos; manos a la obra!

La operación de maniatar con cuerdas y amordazar con tiras de esparadrapo al conductor y a su ayudante la realizaron prontamente. Luego los transportaron al otro lado de la cuneta y los ataron a un árbol distinto a cada uno. El ayudante gemía de terror.

Tolbert ordenó:

—Tú, «Bizco»: guía el camión por ese camino de la derecha hasta que me veas detenerme. Y tú, Lehman: síguenos con el coche; dos de éstos te acompañarán.

Era evidente que el *boss* desconfiaba del joven, pese a lo sucedido. En realidad, de momento, Walter sentíase satisfecho de su conducta: había salvado la vida del conductor y la del otro.

Marcharon en caravana por una carretera de segundo orden, y al llegar a un lugar donde se levantaba una arboleda, junto a un riachuelo, hicieron rodar a los vehículos por el césped. Walter se negó a ayudar en la descarga de los fardos de pieles y, con sorpresa por su parte, Tolbert no le obligó a hacerlo.

Entre los cuatro forajidos trasladaron fardos del camión a la furgoneta, hasta que este vehículo estuvo atestado, y otros pasaron al interior y al portaequipajes del automóvil. El camión quedó abandonado, con el resto de la mercancía.

A toda marcha regresaron hacia Nueva Orleans. Esta vez, Tolbert se sentaba junto a Walter, en el coche. Detrás, en el asiento posterior y entre los fardos, iba uno de los forajidos.

No fueron al mismo refugio del barrio viejo, sino que se dirigieron a un garaje situado en las proximidades del canal. Nada más entrar, a Walter le extrañó que no hubiese allí mecánicos ni vehículos. Sólo había un individuo de mala catadura, que se

encargó de cerrar las grandes puertas metálicas en cuanto penetraron la furgoneta y el automóvil.

—Llévalo a aquel rincón, echa el freno y espera —indicó Tolbert al joven, mientras encendía un cigarrillo.

Obedeció Walter. Acababa de echar el freno de mano, cuando el coche comenzó a descender como tragado por la tierra. Dedujo que se trataba de una plataforma movida eléctricamente. Habrían descendido unas tres yardas, en plena oscuridad, y entonces, se inmovilizó la plataforma. Encendiéronse unas luces. Se hallaban en un sótano de muros de cemento. Se apilaban varios cajones en un rincón.

—Da marcha atrás, Lehman —ordenó el *boss*.

Lo hizo el joven, y luego se apearon los tres. Descargada la plataforma del peso del automóvil, volvió a, subir, muy lenta, sobre una recia columna de acero que brotaba del suelo suavemente. Taponó el hueco del techo y, a los pocos momentos, volvía a descender, llevando esta vez la furgoneta.

—Aquí tienes uno de mis reductos, Lehman. ¿Qué te parece? —preguntó, burlón, Tolbert, al quedar aislados por completo del exterior—. ¿Quién puede sospechar que aquí existe un sótano de estas dimensiones?

—Muy ingenioso —admitió el joven—, pero no me seduce. Con todo el secreto que se le quiere echar, la Policía terminará descubriéndolo, sin duda alguna.

—Eso es mucho decir. Por cierto, que ahora tenemos ocasión de charlar mientras éstos descargan los fardos.

Sentados en los cajones del rincón, Michael Tolbert y Walter Lehman se miraron frente a frente, escudriñándose mutuamente, como si cada uno pretendiese leer el pensamiento del otro. Habló primero el *boss*:

—Me precio de conocer a las personas, con un vistazo nada más, y me juego la cabeza a que tú no tienes madera de... de «negociante», digámoslo así. ¿Qué opinas de la actual sociedad, de la Ley y de la Justicia, Lehman?

—¿Va a examinarme ahora de Sociología, Tolbert? —preguntó, irónico, el joven.

—Contesta, si quieres. Si yo pregunto una cosa, es por algo.

—Bueno; pues... le diré que pienso que la sociedad actual no es

muy perfecta, pero también pienso que no puede encontrarse otra mejor, por culpa de las personas, y lo mismo sucede a la Ley y a la Justicia. Opino que se debe respetar al prójimo, que no debe uno aprovecharse del débil, que hay que ser bondadosos y no crueles; en una palabra, hay que seguir los Mandamientos de Dios.

Esperaba Walter que Tolbert se mofase de sus afirmaciones, dichas exaltadamente, con entusiasmo, pero no lo hizo. El *boss* permaneció serio, entornando los ojos, a la vez que se llevaba el cigarrillo a los labios.

—Si crees todo eso, Lehman, ¿por qué te has prestado a esto? Si lo sientes de corazón, ¿por qué no has intentado ya estrangularme o, por lo menos, huir, para denunciarme a la Policía?

—Me amenazaron con las pistolas; ahora mismo no sé si saldré vivo de aquí. Aunque pudiera estrangularlo, Tolbert, no lo haría; no me gustaría tener una muerte a cargo de mi conciencia. El Bien está muy por encima del Mal.

—¿Es que nunca has pecado? —interrogó, sarcástico, el *boss*.

—No soy un santo; lo reconozco. Sí he pecado, y muchas veces. Pecado es mi desmesurada ambición por llegar a ser algo en la vida.

Centellearon las pupilas de Tolbert; un rictus sardónico frunció su boca.

—Te gusta el dinero, ¿eh? Las comodidades, el lujo...

—No es eso justamente. Quiero a una mujer que está demasiado en alto para mí —manifestó el joven, con acento solemne.

Tuvo Tolbert una sonrisa de conmiseración. Encendió un nuevo cigarrillo y ofreció otro a su interlocutor.

—Si está tan en alto, es que posee mucho dinero, y si es rica, haces mal en no quedarte con ella y con su dinero, sin que hayas de esforzarte por ponerte a su altura. Casándote con ella, lo tendrás todo. ¿Es guapa? ¿Está bien?

—¡Cállese o lo estrangularé, de verdad! —exclamó el joven, poniéndose en pie, con los puños preparados para actuar—. No le consiento que la mencione siquiera, Tolbert, aunque me matasen después. Ella está muy por encima de usted, de mí y de todas nuestras miserias. Usted es incapaz de sentir nada noble, y le compadezco, créalo. Se pasa usted de listo, y emplea la inteligencia en cultivar la maldad. Juega usted con las pasiones y los vicios de los demás. Aunque le parezca divertido ahora, tenga cuidado,

porque, a la postre, le resultará fatal. Domina usted a éstos, se vale de sus defectos, los encandila con billetes y les amenaza con el castigo; son sus esclavos, esclavos mil veces por debajo de los antiguos negros de las plantaciones, porque éstos lo son voluntariamente, esclavos de sus propios defectos. Pero algún día, en alguno de ellos, fermentará la levadura del remordimiento, habrá un chispazo de dignidad y explotará, arrasándolo a usted. ¡Cuidado, Tolbert! ¡Jugar con las pasiones es jugar con fuego!

Hubo unos segundos de silencio, mientras el joven se reponía de su excitación. El *boss*, sentado indolente en uno de los cajones, balanceaba la pierna izquierda. Observaba a Walter atentamente. En su rostro, de facciones demasiado proporcionadas, no se descubría ningún indicio de enfado ni de burla; parecía impresionado. Por fin, preguntó, con voz ronca:

—Tú crees que sólo los buenos escapan sin castigo.

—Creo que ningún malo escapa del castigo merecido —afirmó, rotundo, Walter—. ¡Quien a hierro mata, a hierro muere!

—La Justicia se equivoca muy a menudo.

—La Justicia Divina jamás se equivoca, Tolbert. Aun cuando lograses engañar a los hombres, en el Más Allá te espera inexorable un Juez.

—Nunca he matado a nadie, Lehman —aseguró el *boss*, dando pruebas de inquietud—. Mis pecados son de poca monta. ¡Bueno! ¡Dejemos estas cuestiones! ¡Vamos al grano! ¿Te interesa ganar dinero, mucho dinero?

—Sí; pero condicionado a la forma de ganarlo.

—Necesito que una persona decente, capacitada y con valor se encargue de administrar un restaurante de mi propiedad. Pagaría un buen sueldo y, además, una comisión sobre beneficios.

—No me interesa, Tolbert, porque todo lo suyo es ilegal.

El *boss* se irritó esta vez.

—¡No te pases de la raya, Lehman! Ese restaurante es uno de mis negocios decentes; no es ése solo. Yo sé nadar y guardar la ropa. El día que me convenga, dejaré los negocios turbios y viviré exclusivamente de los otros; en cuanto considere llegada la ocasión oportuna. Cuando yo tenía tu edad, me pasaba lo mismo que a ti: quería ser poderoso, disfrutar de la vida, y por eso me metí en todo esto. En ese restaurante hace falta una persona que sepa lo que se

hace, tenga arrestos para implantar la disciplina en el personal y en la clientela, y, sobre todo, que no me engañe. Desde aquí, no puedo vigilar bien un negocio en Nueva York.

Al oír el nombre de la capital, el interés de Walter se avivó. En Nueva York vivía Patricia. ¡Nueva York! ¡Un buen cargo, un buen sueldo y...!

—Si aceptase, yo no me prestaría a nada turbio, Tolbert.

—Ni yo te lo exigiría, bestia —manifestó el otro, enfadado—. Para jugar sucio me vale más cualquiera de éstos; ya te dije antes que no tienes «madera» de... ¡Bueno! ¿Aceptas o no? Son doscientos dólares a la semana y el diez por ciento sobre beneficios. ¿De acuerdo?

—Aceptado.

—Bien, Lehman; aprovecha la oportunidad. Sin embargo, te recuerdo dos cosas muy importantes: no me robes ni un centavo y no se te ocurra denunciarme por lo que has visto esta noche. Si me robases, te mataría; si me denunciases y me detuvieran, te denunciaría como cómplice, y éstos servirían de testigos.

IV

EL ENCUENTRO



los pocos días de aquel acuerdo, Walter Lehman se dirigió a Nueva York a hacerse cargo del restaurante perteneciente a Michael Tolbert. Habíase despedido el joven de su patrón y de sus compañeros de profesión. A nadie había dicho lo sucedido en la carretera Noventa, y nadie sospechaba de él. Los atracados, descubiertos a la mañana siguiente por un par de policías motorizados, presentaron la denuncia, pero no pudieron aportar ningún dato respecto a la identidad de los forajidos. Tolbert, «el Bizco» y los otros seguían en la impunidad. Lehman se limitó a decir, en su despedida, que había encontrado un empleo mejor en Nueva York, sin especificar más.

Con la fe propia de los enamorados, creía que el azar le depararía la ocasión de localizar a Patricia: olvidaba que en la inmensa urbe es muy difícil encontrarse con determinada persona por casualidad. Pronto descubrió, contrariado, que en la guía telefónica no aparecía el nombre de la Bárbara Nelson conocida por él.

El restaurante de Tolbert se titulaba Plaisir y se hallaba en la avenida Topping, próxima al parque Claremont. Era un establecimiento de instalación lujosa, con una pequeña pista en el centro del comedor y un entarimado al fondo, donde se situaba la orquesta. Había muchos empleados y el *chef* de cocina era un artista; a él se debía, mayormente, la afluencia de público. Frecuentaban el local personas adineradas y poco formales; se les consentía cierta libertad, con tal de que luego no protestasen al presentárseles la cuenta.

Y en aquel restaurante, Walter Lehman conoció por vez primera a Betsy. Betsy Linn era una mujer de unos treinta años, de belleza de *vamp* y de cuerpo flexible. Tenía la costumbre de mover la cabeza hacia atrás de cuando en cuando, sacudiendo su larga cabellera de reflejos dorados. Al hablar impresionaba con su voz pastosa, grave, acariciadora. Entre las pestañas, cargadas de *rímel*, asomaban unos ojos grandes, rasgados, de un azul que tomaba distintas tonalidades, según el ánimo de su dueña.

Walter tuvo que tratar con Betsy Linn, porque ella ocupaba el puesto más alto en el restaurante Plaisir; ella era amiga de Tolbert; se conocían desde hacía mucho tiempo, aunque no se demostraban mucho afecto, al menos, en apariencia. Ella trataba al *boss* con evidente desprecio. Se adivinaba que algo grave había ocurrido entre ellos; también podía ser fingimiento ante los demás.

La primera entrevista con ella se realizó en el despacho del establecimiento. Tolbert presentó a Walter, al que había acompañado en el avión, desde Nueva Orleans.

—Betsy: este muchacho se llama Walter Lehman. Vale bastante y he decidido ponerlo al frente de este negocio. Tú seguirás en tu puesto de directora artística. Confío en que colaboréis los dos y seáis buenos amigos —y a continuación, dirigiéndose a Walter—: Betsy tiene un gusto exquisito. Ella está encargada de contratar las orquestas y de seleccionar las piezas y los *shows*. También suele dar

un vistazo a la cocina y al personal. Cuando hay bronca, ella sabe apaciguar los ánimos. Ahora, estando tú, ella será el segundo de a bordo, ¿entendido?

Walter estrechó cordialmente la mano de Betsy y, sonriendo, le dijo:

—No dudo que nos entenderemos a las mil maravillas. Estoy seguro de que, sin ella, yo no podría abarcarlo todo.

—Lehman me salvó la vida no hace mucho, Betsy —comentó el *boss*—. Sabe pegar, y pega duro; además, es un sentimental. Con lo que te gusta discursar, os veo va hablando sobre Platón y sus derivados.

La burla de Tolbert arrancó una mueca despreciativa de Betsy y una sonrisa de Walter.

Fueron presentados a Lehman el contable, el cajero, el chef de cocina y el *mâitre*. De la conversación que celebraron, a solas, con el contable, Walter dedujo que los libros se llevaban en regla y de acuerdo con la ley. Tolbert aseguraba que no pretendía eludir el pago de los impuestos que le correspondieran. No había mentido: aquello era un negocio limpio. Walter ratificó su aceptación y se dispuso a trabajar de firme para aumentar en poco tiempo las ganancias.

Empezó una nueva vida, muy distinta a la de un conductor de camión. Se acostaba de madrugada y se levantaba muy mediada la mañana. El resto del día lo pasaba en el restaurante, generalmente acompañado de Betsy, quien, por el momento, se limitaba a hablar lo preciso y a mirarle con exceso.

—¿Tengo monos en la cara? —le preguntó una vez Walter, molesto por la insistente observación de ella.

—No. No creas tampoco que estoy fascinada por tu hermosura. Intento descubrir por qué te ha dado Michael este puesto. Eres excesivamente joven y no te veo muy enterado de estos asuntos.

—¿Por qué no se lo preguntas a Tolbert?

—Ya lo hice. Me contestó que eras valiente; nada más.

—¿No es suficiente? —interrogó Walter, irónico.

—No. Conozco a Michael desde hace años y no creo que la valentía le produzca mucha admiración, aunque a él no le sobre. Hay algo más, y eso es lo que trato de averiguar.

—En tantos años como llevas con Tolbert, ¿aún no lo conoces a

fondo?

—A Michael es difícil comprenderlo, por una razón muy simple: porque ni él se conoce a sí mismo. A veces pienso si estará loco.

—¿Una mujer como tú no se asusta de la amistad de un loco?

—También los locos temen a alguien: a los loqueros.

—Ahora me explico por qué, al verte por vez primera, te comparé con una domadora de leones —manifestó, sarcástico, Walter.

—De zorros, tal vez.

La llegada de Tolbert, que aún no había regresado a Nueva Orleans, cortó la conversación. El *boss* debía tener otros asuntos pendientes en Nueva York, pues la mayor parte del tiempo se la pasaba fuera del restaurante.

Una noche, a horas avanzadas, ocurrió un desagradable incidente en la sala. Se hallaba Walter en su despacho, repasando las facturas pagadas en el día. Entró uno de los camareros, notificando que un cliente se negaba a dejar en paz a la muchacha encargada de ofrecer tabaco, chocolatinas y flores.

—Diga al *maître* que ordene a los porteros que lo expulsen —mandó el joven, sin levantar la vista de los papeles.

—El *maître* no se atreve a ordenarlo, señor Lehman, y tampoco la señorita Linn, que también está discutiendo con él. Parece ser que se trata de un jefazo de la Policía del distrito, aunque va vestido de paisano. Aquí siempre se ha seguido la política de estar a bien con esa gente. Y el caso es que el tío está armando un alboroto de mil diablos. La señorita Linn quiere que salga usted.

Le disgustaba a Walter tener el más leve roce con la Policía. Desde su infancia, desde que lo persiguieron por las calles de Boston, habíase creado en él un complejo de temor hacia los agentes de la autoridad. Pero su obligación era mantener el orden en el establecimiento, en defensa de los intereses de Tolbert, y, además, Linn lo había llamado. Muy contra su voluntad se puso en pie y salió del despacho.

Tal como había anunciado el camarero, en la sala había un alboroto de mil diablos; en una de las mesas situadas al borde de la pista de baile, estaba formado un grupo de personas que discutían a voces, en tanto que el resto de la concurrencia mostraba su inquietud, y hasta algunos se disponían abandonar el local, por

temor a que se desencadenasen complicaciones graves.

Al irse aproximando al grupo, se deshizo éste, saliendo despedidas varias personas al impulso de un hombre, que más parecía una bestia enfurecida. Walter vio a Linn enfrentada al individuo, hablándole excitadamente.

—¿Qué sucede, Betsy? —preguntó Walter, con tono muy natural.

—Este caballero...

Le cortó la frase el aludido, sorprendido de aquella intrusión tan pacífica, donde todos vociferaban y gesticulaban como endemoniados, e interrogó, al mismo tiempo que asía por el cuello una botella de *champagne* de la mesa:

—¿Quién es éste, que parece caído de la luna?

El alborotador estaba embriagado, en el punto justo de la borrachera en que a las personas mal educadas sólo les satisface escandalizar y provocar a los demás.

Walter no le contestó, sino que se le quedó observando fijamente, clavándose su peculiar mirada dura. Fue a contestar Betsy por él:

—Es el nuevo...

—¡Calla...! —Y el alborotador pronunció el insulto más infamante para una mujer—. Éste creo que tendrá su voz, ¿no? ¡Contesta!

Se disponía el joven a actuar a su modo, sin pensar en las consecuencias, cuando un hombre situado junto a Betsy, un joven bajo y de cuerpo macizo, dio un paso adelante, retando al ofensor:

—Es usted un cualquier cosa, Valley. Si no pide perdón ahora mismo a esta señorita, tendré que...

—¿Qué? ¿Qué me vas a hacer a mí, cara de orangután? ¿Te crees que mandas más que yo?...

Y el alborotador alzó de repente la botella, para asestar un golpe en el cráneo al que osaba oponérsele.

Actuó Walter, alargando rápidamente el brazo y deteniendo la mano armada en el aire, a unas pulgadas de su objetivo. Apretó Walter los dedos, arrancando un chillido al borracho. Continuó apretando Walter, y la botella cayó al suelo, donde se derramó su espumoso contenido.

—¡Perro! ¡Voy a destrozarte la cara!

Y el alborotador, en cuanto estuvo libre, se aprestó a abalanzarse sobre su contrincante.

Walter se agachó, con una flexión de piernas, dejando que el puño del otro le pasase por encima de la cabeza, y a continuación, sin incorporarse, se agarró a sus costados.

Fueron unos segundos. Los nudillos de las manos de Lehman blanquearon de la presión que estaban haciendo; semejaban garras de águila. Los circunstantes, todavía paralizados por la vertiginosidad de los acontecimientos, vieron que el denominado Valley abría la boca como si estuviera ahogándose, a la vez que se dibujaba un gesto de dolor insoportable en sus facciones de bruto. Luego, el hombre aquel se desplomó, con el conocimiento perdido, tras una sacudida brusca de su cuerpo. Sin soltarlo, Walter ordenó a dos camareros:

—¡Lléváoslo a mi despacho! ¡Qué continúe tocando la orquesta! ¡Tranquilizad a todos!

El joven había empleado una de las llaves más corrientes de la lucha libre, practicada por él en el internado.

—¡Gracias! ¡Me ha librado usted de un buen estacazo!

Walter volvió la cabeza, a mirar a quién le hablaba. Era el individuo bajo y macizo.

—No tiene importancia, señor. Yo le agradezco su defensa de la señorita Linn. Ha sido un incidente muy desagradable, que espero no vuelva a repetirse. Tenga la seguridad de que siempre se sentirá usted a gusto en ésta su casa; aquí estaremos para servirle, señor.

Intervino entonces Betsy, algo repuesta del susto pasado, manifestando:

—No confundas al señor Grooms con un cliente, Walter. El señor Grooms pertenece al

F. B. I.,

y viene de cuando en cuando a echar un vistazo a nuestra contabilidad y a husmearlo todo. Antes lo consideraba irritante, pero esta noche se me ha hecho simpático.

—Perdone, señor Grooms; ignoraba que usted fuese del F. B. I.;

no obstante, mantengo mi oferta. ¿Acepta una copa en nuestra compañía, para olvidar el mal rato pasado? Me llamo Walter Lehman, y represento al señor Tolbert. ¿Cómo está usted?

Los dos hombres se dieron la mano. Había algo atractivo en el rostro del apellidado Grooms. Su fealdad era simpática, y sus palabras, matizadas con una sonrisa, también lo fueron:

—Me llamo Frank Grooms. Le estoy muy agradecido y espero poder devolverle el favor. La señorita Linn nunca me ha tratado bien; suele burlarse de mí, muy respetuosamente, claro está, cuando vengo por aquí. Es muy arisca conmigo. Creo que tiene miedo de que descubra alguna irregularidad en los libros de Tolbert. Y yo pregunto; ¿por qué ha de relacionarse el deber con la amistad? Cumplo con mi obligación, pero eso no quita para que seamos amigos, y más, puesto que ella no cesa de repetirme que la contabilidad se lleva aquí a la perfección, sin engañar al Tío Sam.

—En efecto; así es, amigo mío —confirmó, sonriente, Walter—. ¿Quiere examinarla otra vez esta misma noche?

—No; esta noche podría ser peligroso para ustedes; tal vez se arrepintiese de no haber dejado que Valley me partiera la cabeza con la botella —bromeó el agente especial del

F. B. I.

Rieron los tres, como camaradas, y juntos se dirigieron hacia la barra. Linn, preciosa con su vestido de noche corto, era escoltada por los dos hombres. La normalidad había renacido en la sala. Los concurrentes volvían a divertirse, una vez pasada la tormenta.

Walter Lehman sabía bien poco del

F. B. I.

No ignoraba que estas siglas corresponden al nombre de la organización policíaca federal de los Estados Unidos, encargada de limpiar la nación de forajidos peligrosos y de espías. Conocía, por haberlo leído en los periódicos, algunos hechos sobresalientes de los agentes especiales del *Federal Bureau of Investigation*[1], pero nunca se había molestado en enterarse de su organización y sus métodos. El tal Frank Grooms parecía un hombre de tantos, ni más ni menos; más bien se le hubiese confundido con un deportista profesional.

Cuando saboreaban unas copas de licor, el del

F. B. I.,

preguntó a Walter:

—Mandó usted que llevasen a Valley a su despacho, ¿qué piensa usted hacer con él?

—Pues, no sé... ¿Qué voy a hacer? En cuanto se reanime, que se marche, y en paz. Usted lo conocía, ¿no?

—Sí. Es Peter Valley, sargento de la Policía Metropolitana, destacado en este distrito. Un fanfarrón, pendenciero y mala persona, que deshonra a la Metropolitana. En cierta ocasión, no hace mucho, tuve con él una disputa por la manera tan desconsiderada que trataba a un detenido. Ha intentado pasar al

F. B. I.,

y no ha podido; malos informes. Ándese con cuidado, señor Lehman, si desea evitarse disgustos innecesarios.

—No se atreverá a remover este asunto, por lo que pudiera acaecerle a él; sus jefes lo amonestarían severamente —comentó Betsy.

—No cabe duda que le buscarían las cosquillas, pero, mientras tanto, Valley podría tomarse la revancha —afirmó Grooms—. Lo comprende, ¿verdad, señor Lehman?

—Sí; comprendo lo que quiere dar a entender. No me parecería mal esa conducta si no sufriese la dignidad del Cuerpo. Es cierto que los trapos sucios se deben lavar entre la familia y dentro de casa; sin embargo, cuando los hechos adquieren amplitud de escándalo... ¿Ocurre igual en el

F. B. I.,

señor Grooms?

El aludido aseveró, orgulloso:

—Por suerte, no. El

F. B. I.,

es muy distinto a las restantes organizaciones policíacas. En la Academia[2] se forja a los aspirantes a agentes y, después, nuestro director nos trae de cabeza. Es otro espíritu el que nos anima. También es verdad que las Policías de los Estados dependen en mucho de los políticos; esta dependencia resta iniciativa. ¡Bien! ¿Vamos a echar un vistazo a Valley?

Valley, el sargento de la Metropolitana de Nueva York, se hallaba tendido en el diván del despacho, con el conocimiento recobrado, pero aún no repuesto del mareo. Dirigió una mirada de rencor a Walter y se incorporó, quedando sentado.

—¿Qué tal va eso, Valley? ¿Pasó la nube? —le preguntó, jovial, el del

F. B. I.

—La nube no pasará hasta que no descargue sobre éste —y encarándose con Lehman, le dijo—: No sabe usted lo que ha hecho. ¿No me conocía? ¿No sabía quién soy yo?

—No. Acabo de enterarme, y ahora haría lo mismo, si usted repitiera la faena.

—¿Se atreve usted a decírmelo en mi propia cara, a mí?

—A usted y al presidente de los Estados Unidos, si se comportase de manera tan deshonrosa para el cargo que ostenta. El señor Grooms me ha recomendado que fuese comedido con usted. Lo seré, pero me permito advertirle que no trate de aprovecharse de sus galones. Tengo testigos de sobra y sus superiores no tendrían otro remedio que cumplir con su obligación de destituirlo a usted. ¡Recuérdelo bien!

—Bueno; pero ¿quién es usted?

—Por si le interesa abrimme una ficha y hacer indagaciones, le diré que me llamo Walter Lehman, que nací en Boston, que he trabajado en Nueva Orleans y que, ahora, represento los intereses de Tolbert en este restaurante. Si quiere conocer algún detalle más, tendrá que detenerme y emplear conmigo el tercer grado en su cuartelillo.

Walter estaba realmente irritado. Él, que tenía un rígido concepto del deber, pese a sus flaquezas; él, que hubiese dado media vida por encontrar un puesto remunerado entre las personas de bien; él, que desde pequeño había oído de su madre que se debía respetar la Ley y la Justicia, él no podía perdonar que un agente de la autoridad se comportase como el más encenagado de los rufianes. No pensaba lo que decía, porque las palabras le fluían del corazón al soplo de sus creencias sobre la moralidad y el deber.

—El nuevo encargado de Tolbert, ¿eh? —Rumió Valley—. Muy bien, hombre. Te auguro que vas a durar muy poco aquí. Hablaré con Tolbert y ya veremos lo que pasa.

Walter hizo un gesto de sorpresa al escuchar las palabras del sargento; podían significar mucho y muy sucio. Los ojos de Grooms relampaguearon. Betsy puso un leve gesto de contrariedad.

—Es posible que ocurra lo que usted pronostica; pero, en tanto, no eche en saco roto mi advertencia.

Con unas maldiciones masculladas entre dientes, el sargento

Valley salió de la habitación.

Cuando se hubo cerrado la puerta, el agente especial del F. B. I., comentó, en tono preocupado:

—Ha hecho usted mal, Lehman. No hay enemigo chico, y, además, éste no es chino. Procure pisar siempre terreno firme; si resbalase, avíseme enseguida. Tengo presente el favor que me prestó. Para mí tampoco hubiera sido muy favorable que mis jefes se hubiesen enterado de que había recibido un botellazo en un lugar público.

—Si no vino usted a examinar nuestros libros de contabilidad, ¿qué hacía usted en la sala, señor Grooms? —preguntó Betsy, con una sonrisa maliciosa.

—Si quiere que le sea franco, vine por usted, señorita Linn. Y usted no lo ignora. Reconozco que mi fealdad es una barrera entre el amor y yo, pero, en fin, tengo alguna esperanza de que usted se digne hacerme caso un día.

Rieron los tres. El agente especial del F. B. I.,

era un hombre simpático, humano, en una palabra. Walter experimentó como una corriente de atracción hacia aquel individuo que, a pesar de la importancia de su autoridad, se comportaba tan jovial y afablemente. Y riendo los encontró Tolbert.

El *boss* permaneció unos instantes dubitativo al percatarse de la presencia de Grooms, en su despacho. El del F. B. I.,

también perdió un poco de su buen humor; se envaró su cuerpo. En la estancia nació como una tensión eléctrica.

—¡Buenas noches, señor Grooms! —saludó el jefe.

—¡Hola, señor Tolbert! Por Dios, no se asuste; no estoy aquí en plan oficial. Es, simplemente, un rato de visita amistosa. Y aprovecho la ocasión para felicitarle por su buena elección; el señor Lehman es una gran persona.

—El señor Lehman es una buena persona —recalcó el *boss*, con acento sombrío.

Y a continuación fue enterado de lo sucedido en la sala. Se le notó disgustado al saber que el sargento Valley había sido el causante del alboroto. Luego, simulando no darle importancia,

cambió de conversación, adoptando una expresión risueña.

—He sacado unas entradas para el Metropolitan Opera, para mañana; espero que me acompañéis vosotros dos —refiriéndose a Betsy y a Walter. Dirigiéndose al del

F. B. I.,

manifestó—: Disculpe si no me acordé de obtener una para usted; hubiese sido un verdadero placer.

—Aun cuando prefiero un buen match de boxeo, gracias de todas formas.

A los pocos momentos se despedía Grooms. Apenas fue cerrada la puerta, y cerciorado de que no había nadie a la escucha, Tolbert demostró mucho interés en averiguar el motivo real de la visita del agente especial. No daba crédito a las palabras de Betsy cuando dijo que, efectivamente, no se trataba de una visita oficial. Quedó meditabundo, como si la incógnita continuase flotándole en la mente.

A la noche siguiente, los tres fueron al Metropolitan Opera House, vestidos de etiqueta. Se representaba Lohengrin, por cantantes de categoría internacional. La espléndida sala aparecía atestada de público selecto, del mejor público neoyorquino.

En uno de los entreactos, Tolbert y Lehman salieron por el pasillo de butacas hacia la salida al vestíbulo. Distraídamente, Walter pasaba la mirada sobre el rostro de los espectadores que permanecían sentados. De súbito, como si hubiesen dado un aldabonazo en su subconsciente, se detuvo y su vista se detuvo en dos mujeres...

¡Bárbara Nelson y su hija Patricia estaban allí...!

De la paralización casi absoluta, el corazón del joven pasó a latir precipitadamente, como si pretendiera salirse del pecho. Una oleada de fuego pareció subirle desde las plantas de los pies.

«¡Patricia! ¡Patricia! ¡Patricia!». Su cerebro repetía el nombre amado, mientras su retina se impregnaba de la adorable visión.

—¿Qué te sucede, Walter? —le preguntó el boss, que había dado unos pasos atrás al notar la extraña actitud del joven.

—Esa mujer... —dijo Walter, roncamente, hablando más bien para sí.

Siguiendo la dirección fija de su mirada, Tolbert localizó a las dos mujeres.

—¿Te refieres a la del pelo color caoba y a la muchacha que la acompaña?

—Sí —musitó Walter. Y de súbito, temiendo que ellas lo descubriesen, echó a andar, agarrando al *boss* por un brazo, para escudarse en él—. ¡Vamos fuera!

Una vez en el vestíbulo, Michael Tolbert mostró mucho interés en conocer la historia, los motivos que podían originar tal trastorno en el hombre que, en otra ocasión, se había jugado la vida con una serenidad admirable.

Walter, que estaba realmente conmovido, emocionado hasta las raíces más profundas de su ser, narró sucintamente la historia de su amor, de su gran amor, sin pensar que ese relato, sentimental y romántico, sólo podría arrancar una sonrisa despreciativa del encanallado forajido.

Contó su vida, y aclaró por qué él tenía tanto afán en ganar mucho dinero. Sí; era por aquella joven de piel nacarada y de mirar melancólico.

—Posiblemente no lo comprendas; Michael, porque tú eres como eres. Pero cuando se ama con todo el corazón, con la vida entera, las personas perdemos hasta el raciocinio.

—Ya lo veo, ya lo veo —comentó, humorístico, el jefe, aunque de manera cordial—. Si sigues con esa cara, terminarás llamando la atención de toda esta gente. De modo, ¿qué ésa es la muchacha de que me hablaste en Nueva Orleans? ¿De verdad tiene tanto dinero? Si lo tiene realmente, merece la pena. ¡Bueno! Volvamos a nuestro sitio; ha empezado hace rato el otro acto.

—Yo me quedo aquí. No quiero que me vea ahora.

A solas en el vestíbulo, Walter Lehman paseaba nervioso, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Proyectaba la manera de presentarse a Patricia. Había de elegir la frase justa, la palabra exacta. Después de tantos años de separación, dudaba si ella seguiría acordándose de él. Las mujeres suelen cambiar de idea muy a menudo, si no de ideal; más ¿continuaría él representando su ideal? ¿No tendría otro novio? ¿Habría resistido la poderosa influencia de su madre?

Cuando terminó la función, Walter ya había recogido su abrigo del guardarropas. El nervosismo no le dejaba abrocharse bien siquiera, y la emoción lo acobardó de tal forma, que permaneció

inmóvil, como pasmado, al salir las dos mujeres entre el público. Ellas no lo descubrieron.

Walter las siguió hasta la calle, donde un lujoso coche, con chófer, las estaba aguardando. Tuvo la suerte de hallar un «taxi» libre.

Siguiéndolas, averiguó que Patricia habitaba en el Clyde Hotel. El conserje se lo confirmó.

Ya de regreso al restaurante, aguantó estoicamente las amables bromas de Tolbert y de Betsy, que estaba enterada de lo sucedido. Walter les contó el buen resultado de la persecución. Iría a visitar a Patricia, aprovechando alguna ocasión en que su madre hubiera salido del hotel.

Al día siguiente, desde las diez de la mañana, estuvo telefoneando al Clyde Hotel. Colgaba el auricular al contestarle el conserje que la señora Nelson sí se hallaba en sus habitaciones. A media tarde tuvo la suerte de oír:

—La señora Nelson ha salido.

—¿Sabe si su hija la acompañaba?

—No; iba sola, caballero. ¿Le pongo con su hija?

—¡Espere! No; gracias. Iré yo mismo —contestó, balbuciente, el joven.

A los quince minutos subía en el ascensor del hotel y se apeaba en el tercer piso. Buscó la serie 35. Al pulsar el timbre de la puerta creyó sentir una descarga eléctrica, de nervioso que estaba. Dióse un vistazo por última vez a la ropa; se había puesto su mejor traje. Trataba de causar buena impresión en Patricia; que descubriera, a la primera ojeada, que él había logrado triunfar en la vida.

Oyó unos pasos de mujer al otro lado de la puerta. Walter tragó saliva y se alisó el pelo. Los dedos de su mano izquierda humedecían el ala del sombrero. Experimentaba creciente ahogo, como pueda sentirlo el estudiante que se acerca al tribunal de examen.

Sonó metálicamente un pestillo al ser desechado, y la puerta se abrió. No era Patricia, sino una doncella.

—¿Está la señora Nelson? Soy un sobrino suyo...

—Salió hace tiempo. Está la señorita...

El joven la interrumpió, aturullado:

—Sí, por favor; anúncieme a la señorita Patricia. Dígale... dígale

que desea saludarla un... antiguo amigo... ¡Bueno!... Sí; díglele eso: un antiguo amigo. Voy a darle una sorpresa, ¿sabe?

—Entre, señor.

Pasó Walter a un pequeño salón de recibir, confortablemente amueblado, cuyos detalles de ornamentación revelaban la mano de una mujer; no ofrecía la característica frialdad de las habitaciones de hotel. La doncella penetró en una estancia contigua.

—¡Walter!... ¿Eres tú, Walter?

Patricia estaba en el umbral de la puerta, sorprendida, creyendo que sus ojos la engañaban. Vestía un traje de chaqueta de color *beige*. Su boca, entreabierta, expresaba el dichoso estupor que la embargaba. Su pecho se agitaba a impulso de la emoción.

Ambos jóvenes permanecían quietos, como enraizados al piso. Ella reconocía a Walter en aquel individuo alto, delgado, de mentón cuadrado y de facciones enjutas. Él se extasiaba en la contemplación de su antigua y deliciosa Patricia, metamorfoseada en mujer de espléndida figura, de rasgos tan puros que recordaban a una *madonna*, de ojos negros y brillantes, grandes balcones a los que se asomaba un alma transida de felicidad.

—¡Patricia!... —pronunció él, dando un paso adelante y alargando tímidamente los brazos.

Corrió ella a estrechar las manos que se le tendían. Ambos jóvenes continuaron contemplándose, tratando de analizar las transformaciones que el paso del tiempo había impreso en sus rostros; cada uno quedó satisfecho del otro.

—¡Al fin has venido, Walter! —exclamó ella, gozosa—. ¡Cuántos años de espera! A menudo pensaba que tu promesa de volver no podría realizarse. He vivido intranquila, siempre temiendo por tu suerte; he sufrido como el preso que cuenta uno a uno los muchos días que le faltan para obtener la libertad. Sin amigas siquiera, encerrada en casa, estudiando o aburriéndome, he sentido la angustia de cada llamada al timbre de la puerta: podías ser tú; la emoción del correo: podía ser una carta tuya. Y siempre la desilusión, la desesperanza. Pedía a Dios que me diera fuerzas para resistir mi voluntario cautiverio. Mamá me recriminaba, me tachaba de mojigata, porque me resistía a divertirme. Solamente he salido a la iglesia, de compras o a algún concierto o exposición de pinturas. Constantemente pensando en ti, ignorando si estabas vivo o muerto,

temiendo que tu lucha fuese demasiado dura. ¡Cuéntame, Walter! ¡Estoy impaciente por oírte! Mamá volverá pronto y has de marcharte antes.

—¿Sigue igual: odiándome?

—Yo procuraba hablar poco de ti, nada, por no excitarla. Mamá retuvo muchas de tus cartas del colegio. Después, en estos últimos años, como no dabas ninguna señal de vida, llegó a creer que no existías. Te ha olvidado realmente. ¡Siéntate aquí, a mi lado! ¡Cuéntame!

Walter narró su vida, su continuo batallar por labrarse un porvenir. Sin embargo, tuvo la reserva de callar su actuación con Tolbert y los suyos en la carretera de Nueva Orleans a Mobile.

—Y ahora —finalizó— soy el administrador de un restaurante de aquí. Gano un buen sueldo, tengo participación en los beneficios y espero hacer dinero en poco tiempo.

—No seguiste estudiando, ¡claro! —comentó ella, con cierto pesar.

—No pude. La lucha por la existencia me robaba todas las horas. No creas que he renunciado a tener una carrera. En cuanto me sitúe, estudiaré como sea; me agradaría ser abogado.

—Las matemáticas eran tu fuerte.

—Entonces, sí. Ya he olvidado casi todo aquello. Además, me costaría muchos años hacerme ingeniero. Ya no soy un niño, Patricia. La abogacía me agrada; es más fácil y se puede estudiar con mayor libertad —y cambiando de tono, Walter prosiguió—: ¿Continúas queriéndome, Patricia?

—Sí —musitó ella, mirándole a los ojos con pleno arrobamiento.

—Ya sabemos lo que es el amor verdadero. Te quiero con todo mi corazón, Patricia. Si me esperases tres o cuatro años más, yo me haría digno de ti, de tu amor. Sólo temo a tu madre. ¿Accedería ella a...?

—No lo sé, Walter, no lo sé —manifestó la joven, preocupada. No quisiera darle un disgusto. Es muy buena. Yo soy lo único que tiene en el mundo y en mi deposita su cariño. Mamá tiene miedo a que yo me case. Lo consideraría como un robo. Sin embargo, confío en que reconocerá que la vida es así: los hijos volamos del nido para crear otro nuevo y para que nuestros hijos hagan lo mismo con nosotros. ¡Es ley de vida!

—¿Qué es ley de vida, hija? —preguntó, de súbito, la voz de Bárbara Nelson.

Walter volvió la cabeza, sorprendido. Acababa de entrar la viuda de su tío Robert; debía tener llave, porque no había sonado el timbre de la puerta de entrada. Bárbara seguía conservando su hermosura, algo ajada por el transcurso de los años, pero disimulada por el maquillaje y los cosméticos. Vestía también un traje de chaqueta, negro, y unos magníficos zorros plateados cubrían sus hombros.

—¡Walter Lehman! —exclamó la mujer, asombrada, como si estuviera viendo un espectro.

El nombrado se puso en pie, separando sus manos de las de Patricia. Intentó conservar la serenidad y fingir cordialidad, con tal de no provocar la ira de su futura suegra.

—Sí; soy Walter Lehman, señora. ¿Cómo está usted? Vivo ahora en Nueva York, y, al enterarme de que estaban ustedes afluí, no vacilé en venir a saludarlas. ¡Hace ya tantos años que no nos veíamos! Yo nunca olvidaré lo mucho que usted hizo por mí.

Al oír esta última frase, Bárbara, que aún no se había repuesto de su sorpresa, se irguió, con un gesto de irritación. La frase de Walter, pronunciada con la mejor intención, era ambigua; podía referirse también a las muchas humillaciones que ella le infligió. Hubo un silencio, una pausa larga. Cada uno de los tres buscaba la manera de romper de alguna manera la tensión que nacía de los recuerdos.

Muy lentamente, con excesiva parsimonia, quizá recordando sus actitudes de actriz, para causar el mayor efecto en el escenario, Bárbara se desembarazó de las pieles y se despojó del sombrero. Luego se acercó despacio a los jóvenes, sin dejar de mirar fijamente al visitante.

—Señor Lehman —empezó a decir Bárbara Nelson, en tono frío, como si estuviera conteniéndose, por no vociferar airadamente—: es cierto que han pasado muchos años desde que usted salió de mi casa, pero asimismo es cierto que nunca pude aceptarle, y ahora tampoco. Considero natural que usted haya olvidado lo que entonces sucedió, aun cuando debía remorderle la conciencia, pero yo no lo olvido. Por culpa de usted murió mi hijo Bob. Después, tuve la seguridad de que usted, sin dinero y sin apoyo, habría caído

en la delincuencia, camino que a usted no le será muy extraño, porque lo recorrió su padre —la arpía hizo una pausa, saboreando malignamente el doloroso efecto que producían sus palabras en el joven. Y cortó la protesta de su hija, diciendo a continuación—: ¡Calla tú, Patricia, o habrá consecuencias peores! Es tan grande la desilusión que me ha causado verle vivo, que, todavía me parece un fantasma. Por su ropa deduzco que tiene usted algún dinero; lo interesante sería averiguar cómo lo ha obtenido. Pero, en fin, convénzase, para siempre, de que entre usted y nosotras hay un muro que no puede salvar de ninguna forma. Le agradeceré que se marche y no vuelva a buscarnos jamás. Su visita nos deshonra. ¡Buenas tardes!

Y Bárbara Nelson volvió, despreciativa, la espalda a Walter y penetró en una de las habitaciones contiguas.

El joven, pálido como un muerto, no podía articular palabra. No hubiese aguardado una acogida calurosa por parte de Bárbara; pero sí, al menos, un comportamiento normal, un poco reservado, soslayando los recuerdos desagradables. Se convencía de que aquella mujer carecía de buenos sentimientos: Bárbara era egoísta, despiadada e incapaz de admitir la verdad, si la verdad no le convenía.

—No estés así, Walter —le rogó Patricia, temblorosa—. Ha sido su primera reacción; ya verás cómo dentro de algunos días cambiará. La convenceré de su error, limaré asperezas y conseguiré que razone. Ella sabe de sobra que no fuiste culpable de aquello. Yo creía que hasta lo había olvidado. ¡Me parece increíble! Es amable con todo el mundo; es buena con los demás.

—Nunca lo fue conmigo, Patricia. Todavía recuerdo su manera de mirarme cuando entré en tu casa. Entonces no me conocía, y ya me odiaba. Continúo siendo el intruso de antaño. He perdido totalmente la esperanza de...

—¡No digas eso! ¿Qué será de nosotros si perdemos esa fe? Nuestra existencia sería un infierno. Somos jóvenes, podemos aguardar. ¿Qué clase de amor sería el nuestro si los obstáculos nos venciesen? Trabaja, estudia, y en tres o cuatro años la situación habrá cambiado. Dios ha querido ayudarte. Dios nos ayudará a los dos, dándonos la felicidad.

—¡Patricia! —se oyó gritar en la habitación contigua a Bárbara.

La joven acarició las manos de Walter. Con súplica en los ojos, le dijo:

—¡Anda, márchate! ¡Dejemos que se calme! ¡Lláname por teléfono a media tarde; generalmente estoy sola! Nos veremos en cualquier sitio. Apúntame en un papel el teléfono de ese restaurante dónde estás. ¡Adiós, Walter! ¡Quiéreme! ¡Quiéreme mucho, como yo a ti! ¡Y confía en Dios!

Apesadumbrado, abandonó Walter el Clyde Hotel. Su optimismo al entrar habíase trocado en atormentador pesimismo. Sus ilusiones habían caído a tierra con las alas cortadas.

Y como una desgracia no viene sola, aquella noche el joven escuchó la segunda noticia fatal.

En el despacho del restaurante Plaisir, y delante de Betsy Linn, Michael Tolbert notificó al joven, con aparente disgusto:

—Walter: he de darte una mala noticia. Admito que te condujiste debidamente, la otra noche, cuando el alboroto en la sala. Otro comportamiento me hubiese defraudado. Sin embargo, ya tienes bastante experiencia y no ignoras que hay compromisos que nos obligan muchas veces a torcer nuestros propósitos. Hablando claramente, te diré que el sargento Valley me ha exigido tu despido. No tengo por qué explicarte ciertas cosas; imagínatelas. El caso concreto es que no me resta otro recurso que obedecer a Valley, con harto sentimiento por mi parte.

El joven respiró hondamente, a la vez que se acariciaba la barbilla. Dos golpes de tal magnitud en un día eran lo bastante como para aplastar al hombre más fuerte de espíritu. No sólo perdía una gran ilusión, sino que también le arrebatában los medios para plasmarla. Vio que Betsy mostraba pesar en su atractivo rostro; ella había llegado a apreciarle sinceramente.

—Te interesa el sargento Valley más que yo, ¿no es eso, Tolbert? —preguntó Walter.

—El sargento Valley me tiene cogido —declaró el boss—. Lamento de veras que ocurriese ese estúpido incidente. Valley no te perdona que le golpeases en público y luego lo desafiases. No pienses que esto es cosa mía. Lo siento, Lehman; tenlo por cierto. Tanto es así, que estoy dispuesto a ofrecerte otros trabajos para que ganes dinero. Lo importante es que desaparezcas de este distrito. Nueva York es muy grande.

—¿Qué otros trabajos?

—Son algo sucios... Ya... ya sé que te desagradan; pero ¿qué vas a hacer? Yo no tengo otra cosa en Nueva York. Eres templado, tienes masa gris en la cabeza y podrías prestarme buenos servicios; a cambio, yo te recompensaría bien. Ganarías más dinero que aquí.

—No, gracias. Repito ahora lo mismo que te dije entonces, Tolbert. Deseo andar por el camino del Bien, por muchas espinas que haya. No discutamos de nuevo lo que es la Moral. Cada uno es como es, y es malo tomar otras rutas. Buscaré un empleo; no faltarán.

A la mañana siguiente, Walter abandonaba el restaurante. Tolbert no acudió a despedirlo; era demasiado temprano, pero sí fue Betsy. La joven no disimulaba su pesar por la partida de Lehman.

—Eres un buen chico, Walter, y te admiro. En estos ambientes no se puede tener un concepto tan rígido de la dignidad. Conseguirías el perdón del sargento Valley si fueses a pedírselo de rodillas.

—No lo haré —aseguró, enérgico, él—. Las cosas hay que pedir las en pie cuando el otro es una persona decente, y exigirlas cuando se da con un sinvergüenza. A Valley lo salva su uniforme. Lo que sí te ruego, Betsy, es que te despidas, en mi nombre, del agente Grooms. Es un gran muchacho, y lo estimo en mucho. ¡Adiós, Betsy! ¡Te agradezco tu amabilidad!

—¡Adiós, Walter! Y ten presente que cuentas con una buena amiga. Si acaso pudiera ayudarte en algo, no te importe llamarme. Lo haré con verdadero placer.

Walter se alojó en una modesta pensión de Harlem y comenzó a buscar trabajo. Al principio no le pareció tan apurada su situación: tenía ahorrados unos dólares. Se entrevistó, a los dos días, con Patricia. Ella se había presentado en el restaurante, y Tolbert le contó que Lehman ya no trabajaba allí. Su decepción era evidente.

—No es para desesperarse, Patricia —argumentó él—. Hay otros muchos empleos y no tardaré en encontrar uno que me convenga.

Se equivocó. No era tan sencillo hallar un empleo, por modesto que fuese. Había muchos parados; los sindicatos imponían cada vez más mejoras para sus afiliados y las empresas se resistían a admitir personal nuevo. Walter no tenía una especialidad, y en las oficinas sobraba gente.

Se le terminaron los ahorros. Para pagar la pensión, tuvo que malvender varios de sus mejores trajes y de sus efectos. Empezaba a perder la confianza en sí mismo. Cuando se veía con Patricia, hacia lo posible por engañarla, pero no lo consiguió. Ella le prometió que hablaría con los abogados de su madre, para que le proporcionasen algún empleo. Lo rehusó Walter bruscamente; lo debía rechazar, porque su dignidad le impedía aceptarlo. ¿Qué clase de hombre sería él si aceptaba una colocación conseguida por ella? Su programa de trabajo para obtener la felicidad ansiada se derrumbaría, y por siempre le remordería la conciencia.

Y un día vendió el mejor traje que le quedaba. Pagó la pensión y se marchó, sin dejar ninguna dirección. En adelante, Patricia no sufriría viéndolo hundido. Tampoco quería que Patricia se enterase de que estaba empleado en oficios manuales. De nuevo caminó por las calles de una gran ciudad, con una maleta, sin rumbo fijo. El traje que llevaba estaba muy usado; ya no podría presentarse en ninguna oficina.

Tomó una habitación, para dormir, en una pensión de ínfima clase. Visitó garaje tras garaje, ofreciéndose como conductor. Sólo le prometieron un puesto de chófer, de camión de mudanzas, pero en calidad de suplente, cuando hubiese exceso de trabajo. Y para ello tuvo que afiliarse, gastar sus últimos centavos y perder tiempo.

Pasaba las noches enteras desvelado, sin fumar, porque carecía de tabaco; meditando, sufriendo la adversidad de su destino. Pensaba en Patricia; a cada día que pasaba perdía un grado de su fe.

Trabajaba muy de tarde en tarde, y el dinero ganado apenas le servía para pagar la habitación. Llegó a sentir hambre. Los bajos de sus pantalones estaban desflecados; las grietas cuarteaban sus únicos zapatos. Algunas veces, desesperado, se maldecía por su negativa a trabajar con Tolbert. Le bastaría con presentarse a él y decirle que estaba de acuerdo en hacer lo que fuese con tal de recibir dinero. La gran ciudad asfixiaba al joven y amenazaba con devorarlo, como a tantos otros desheredados de la Fortuna.

Se rebelaba contra tal claudicación y apeló a la búsqueda de oficios de más baja categoría, pero tampoco obtuvo colocación. Los patronos lo miraban de arriba abajo, y aunque veían a un individuo estropeado, se negaban a admitirlo; notaban en su forma de hablar y en su mirada que era un hombre de otra condición. Y ellos no

querían gente así; rehusaban el puesto a un amargado, que, quizá, fuese un malhechor fugitivo.

Por fin, un día tuvo la suerte de encontrar un empleo: como mozo lavaplatos de un restaurante popular. Desde las once de la mañana hasta las doce de la noche estaba lavando platos, vasos y cubiertos sin cesar. Con las manos sumergidas en un agua jabonosa y sucia por los restos de comida. Era poco sueldo el que le daban, más podría ir viviendo.

Una noche, al entrar en su habitación, derrengado y desesperado, recibió una sorpresa: Frank Grooms, el agente especial del

F. B. I.,

se hallaba sentado al borde del camastro. Walter estuvo tentado de retroceder y salir huyendo, de vergüenza.

—Adelante, Lehman; considérese como en su casa —le dijo el joven de cuerpo macizo y cara de sabueso, sonriente—. Asombrado, ¿verdad?

—¡Buenas noches, señor Grooms! Sí, y que lo diga. ¿Cómo iba a imaginármelo? Nadie sabía que yo habitaba aquí.

—Para el

F. B. I.,

no hay nada imposible, amigo mío. ¡Vamos, siéntese! No vengo a detenerlo.

Walter tomó asiento en una silla paticoja, frente al del

F. B. I.

Éste le ofreció un cigarrillo.

—Su patrona no me permitió entrar hasta que me di a conocer. Seguro que ahora estará intranquila, esperando oír tiros de un instante a otro. Ya me dijo dónde trabajaba usted —manifestó Grooms, cordial, sin dar importancia a sus palabras, como pretendiendo infundir confianza a su interlocutor.

Walter había enrojecido visiblemente; le avergonzaba que un antiguo amigo le viese en aquel ambiente y en tan deplorable situación. Se disculpó malamente:

—Sí; las cosas no me van bien del todo, señor Grooms. Desde que me despidió Tolbert, la suerte me ha vuelto la espalda. Confío en que cambie pronto la racha.

—Estuve por el restaurante, y Betsy me contó lo sucedido. Ya

me lo temía. El sargento Valley es un mal bicho, y Tolbert tampoco es de fiar. Betsy me dio la dirección de su anterior alojamiento, y allí me enteré de sus dificultades para salir adelante. Supuse que estaría usted en un sitio como éste, y mandé que la Policía investigase su paradero. Les costó trabajo. Y aquí me tiene, Lehman, a demostrarle que soy amigo de mis amigos, y a usted lo conceptúo como amigo mío.

—Gracias, señor Grooms —dijo el joven, conmovido.

—Llámeme Grooms, a secas, o Frank, me es igual. Betsy estaba muy interesada por usted, por su paradero. Ella podría haberle ayudado, y así me lo encargó, para en el caso de que lo descubriese. Es una buena mujer, aunque aparente lo contrario. Y ahora, vamos al grano. ¡Cuénteme lo que ha hecho en estos meses!

Obedeció Walter, y conforme hablaba iba expresándose con mayor soltura, desvelando su lucha y sus amarguras. Y a una invitación del agente especial, le contó su vida entera. Sólo omitió cómo había conocido a Michael Tolbert, y el del

F. B. I.

no tuvo que notar el salto en la narración, porque no pidió una explicación.

—Ya queda claro el motivo de que yo le considerase a primera vista buena persona, a pesar de que estaba usted aliado a Tolbert —comentó Grooms—. Me choca que usted pensase hacerse rico en su compañía; eso indica que no lo conoce a fondo. Tolbert, con toda su apariencia de gran señor, es un bribón inteligente, que está dispuesto a hacerse millonario engañando a la Humanidad entera, si fuere necesario. Es un tipo astuto, y de cuidado. Posee el don de hacerse simpático, cuando quiere, porque sabe mentir mejor que nadie. Es un hombre al que nunca se ha conseguido echar mano, pese a que está fuera de la ley, no hay duda. Sus libros del restaurante están en regla, ¿no?

—Por completo —afirmó Walter, sincero—. Los he llevado durante este tiempo y no se comete allí ninguna irregularidad; puede estar seguro.

—Entonces, ¿de dónde le viene tanto dinero?

—Lo ignoro —mintió Lehman, decidido a no traicionar a Tolbert, por un falso concepto de lealtad—. Es reservado en sus asuntos y conmigo no tenía gran confianza. No, no ponga ese gesto,

Grooms. Le parecerá extraño, pero, aunque había depositado en mí su confianza, en lo que al restaurante se refería, jamás intimó conmigo; nunca se franqueó. Estimo que ni con Betsy lo hace.

—Betsy Linn es capítulo aparte —comentó, gravemente, el del F. B. I.

—. Cuanto más la observo, más opino que esa mujer guarda un secreto, la clave de las verdaderas actividades de Tolbert. No existe la menor intimidad entre ellos, es cierto, aun cuando las apariencias engañen al principio. Noto entre los dos una tirantez invisible, pero real. Algo interesante de descubrir.

—¿Por eso la galantea usted?

—No —negó, categórico, Grooms—. Betsy me gusta y espero conseguir su amor algún día, seriamente. No está contaminada por el ambiente en que actúa. Es una corazonada. ¡Bien, amigo Lehman! Vamos a lo nuestro; es ya muy tarde y estoy deseando acostarme. Hay que poner fin a su situación; por este camino irá usted de mal en peor.

—Voy comiendo todos los días.

—No es suficiente en una persona de su condición. Mañana por la mañana, hacia las once, acérquese al cuartel del

F. B. I.,

en la calle Center. Allí buscaremos una solución; hablaré a mis amistades.

—No quiero ningún favor; las malas papeletas he de resolvérmelas yo solo.

—No sea insensato. Nadie puede valerse por sí mismo. Las personas nos apoyamos mutuamente; todos necesitamos de todos. Hoy por ti y mañana por mí. Me gustaría proporcionarle un buen empleo, que le permitiera ahorrar y estudiar, como usted lo desea. Es posible; ya lo veremos. Usted y esa chica de que me ha hablado merecen ser dichosos. Si la madre es el obstáculo principal, y está presentable, como usted dice, la solución sería buscarle novio, y a otra cosa.

Sonrió Walter, contra su voluntad, al imaginarse proporcionando un novio a Bárbara Nelson. Posiblemente sería una solución. Cuando la absorbente mujer emplease el tiempo en apabullar a su tercer marido, dejaría de sojuzgar a Patricia.

Al día siguiente visitó a Frank Grooms en su despacho de la

Central del Federal Bureau of Investigation. Mientras hacía antesala, se maravillaba de la actividad desplegada en aquellos departamentos. Sentía envidia de los hombres que laboraban en pro de la justicia, sacrificándose gozosos por el Bien, muriendo en defensa de la Patria, según decía la relación de agentes caídos en actos de servicio. Pensó que sería hermoso morir por tan altos ideales, volando por encima de las miserias humanas, sabiéndose centinelas de la tierra en que nacieron.

Grooms, orgulloso de pertenecer a tan glorioso Cuerpo, le enseñó las distintas dependencias y le explicó la finalidad de algunos de los aparatos que funcionaban en los laboratorios.

—Y esto no es nada comparado con lo que tenemos montado en Washington, Lehman. La tarea es complicada. Hay especialistas de todas las ramas del saber. El grupo más interesante es el que se dedica a luchar contra los espías; pero es difícil entrar allí. Yo me contento con examinar libros de contabilidad; también tiene lo suyo, aunque hay menos emoción, se corren menos aventuras.

Por último, Grooms lo pasó al despacho en cuya puerta se leía: Inspector Jefe.

Estaba sentado tras la mesa del despacho un hombre relativamente joven, que alzó la cabeza al oír abrirse la puerta. Cordialmente preguntó:

—¿Es el nuevo agente?

Walter no pudo reprimirse y contestó, bromeando:

—¡Qué más quisiera yo!

Frank, que se disponía a deshacer el error de su superior, se calló y miró a Walter, como si lo viera por vez primera. Luego se dirigió al inspector:

—No, señor. Es el amigo de quien le hablé esta mañana. Se llama Walter Lehman.

El inspector se levantó del sillón, a estrechar la mano del visitante.

—Muy bien, señor Lehman. Frank ya me ha explicado parte de su historia. No piense que es el único que ha pasado calamidades en este mundo; lo que a usted le diferencia es que ha podido resistir la atracción de otros derroteros más sugestivos. Tiene su mérito. Siga siendo fuerte, no pierda nunca la fe. Cuantas veces caiga, levántese; no permita que el lodo lo envuelva. Con satisfacción le ayudaré; ya

le he encontrado trabajo en una fábrica de accesorios para automóviles. Es de una persona que nos debe un gran favor; en cierta ocasión se le prestó un buen servicio. Trabajaré usted en las oficinas, y si trabaja de firme y produce, le irá subiendo de categoría y de sueldo. Aquí tiene una tarjeta mía. Acompáñelo usted, Frank; que vea el señor Harrison que no es recomendación de cumplido. Y usted no olvide que el buen comportamiento siempre obtiene su recompensa. ¡Adiós, señor Lehman!

Salió Walter algo aturdido del despacho del inspector jefe del F. B. I., en Nueva York. Todo había sucedido en un instante, rápido, como en los cuentos de hadas. Supo entonces qué clase de personas eran los del

F. B. I.

Por ignorancia, él había considerado a los «policías» como funcionarios del Estado obcecados en repartir castigos a diestro y siniestro, importándole un comino lo demás. Habíalos tachado erróneamente de sabuesos ensañados en los «infelices» que cometían la equivocación de caer en sus manos después de haber delinquido. Creía que no cesaban de investigar y atormentar al acusado, hasta hacerle confesarse culpable sin serlo, con tal de demostrar que nunca fallaban. Y el favor que a él le hacían le revelaba lo contrario. Eran humanos, conocían a las personas y se molestaban en solucionar problemas ajenos. El caso del sargento Valley... Valley era distinto y, además, no pertenecía al

F. B. I.

Ya en un «taxi», camino de la fábrica del citado Harrison, cuando Walter expresaba su gratitud a Grooms, éste le dijo, seriamente:

—La equivocación del inspector, al entrar en su despacho, me ha dado una idea, atrevida, en principio, pero no descabellada. Usted tiene estudios, quiere subir, es honrado y tiene agallas, como demostró en el restaurante, aquella noche. ¿Por qué no intenta ingresar en el

F. B. I.?

Resultaba cómico el gesto de estupor de Walter, semejante al de una persona a quién comunican que está esperándole la herencia de un pariente muy rico al que ni siquiera conocía.

—No bromeo, Grooms. ¿Cómo imagina que...?

—No bromeo, amigo mío. ¡Vamos a ver! Usted proyectaba estudiar en sus horas libres para hacerse abogado, a pesar de que le han tirado más los números. Haga esto: estudie contabilidad; yo le ayudaré, porque de balances estoy enterado; consiga el título de perito contable y eche la instancia para ingreso en la Academia del F. B. I.

¿Qué es lo peor que puede ocurrirle? Que lo suspendieran en el examen de ingreso. Usted continuaría en la oficina, conocería más de cuentas y lo ascenderían. Tendría beneficios, por un lado o por otro.

Y de esta manera, tan sorprendente, Walter Lehman decidió opositar para agente especial del F. B. I.



¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . B . I .

SOY AGENTE ESPECIAL DEL F. B. I.



O era de responsabilidad el puesto que le dieron en las oficinas de las fábricas Harrison, ni complicado. Salía por las tardes poco fatigado, y se ponía a estudiar en el cuarto de la nueva pensión. Las tardes de los sábados y los domingos enteros permanecía encerrado, estudiando. Frank Grooms le visitaba con mucha frecuencia y le explicaba o aclaraba sus dudas.

Su retorno a un relativo bienestar le dio nuevas energías y se atrevió a llamar por teléfono al Clyde Hotel, preguntando por

Patricia. Ni la madre ni la hija se hospedaban ya allí; según el conserje, habían abandonado Nueva York, para dirigirse a Miami. Una vez más, Walter perdía la pista de su amada. Le importaba, pero no hasta el punto de preocuparle, porque ahora, con la ilusión de convertirse en agente especial del *Federal Bureau of Investigation*, sus probabilidades de situarse y llegar a ser alguien en la vida, le mantenía vivo el fuego de la fe. Además, estaba seguro, hubiese apostado la cabeza a que Patricia sólo le pertenecería a él.

Al cabo de varios meses, apoyándose en sus anteriores y amplios conocimientos, conseguidos en el internado, a más de su posterior esfuerzo, robándole horas al sueño para estudiar, obtuvo el título de perito en contabilidad.

Aquel día lo celebraron él, Grooms y Betsy Linn, que, enterada por el agente del triunfo de su antiguo amigo, había insistido en acompañarlos. Lo pasaron felices, bebiendo, charlando y bailando en la más bella de las camaraderías. Walter preguntó a Betsy:

—¿Qué hay de Tolbert? ¿Cómo le van las cosas?

—Creo que bien. Está ausente.

—¿Adónde ha ido? —interrogó Grooms, en tono natural.

—Pues no lo sé, chico. Tan pronto desaparece como aparece —repuso Betsy.

—No pretenderá que me crea eso. Tendrá que estar al tanto de la marcha del restaurante, ¿no?

—Y lo está, pero no le escribo a ningún sitio, ni recibo cartas tuyas. Cuando menos lo espero, me pone una conferencia telefónica, desde los sitios más lejanos que se pueda imaginar. Desde que se fue, esta vez, no me ha llamado.

Posiblemente porque no pareciese que intentaba abusar de la amistad para conocer datos profesionales. Frank Grooms no siguió preguntando. Ella le hizo un mohín gracioso, burlándose, adivinando lo que al agente le sucedía.

—¿Cuándo va a decirme que sí? —le preguntó Grooms, aprovechando un momento en que Walter preparaba unos *sándwiches*.

—Cuando salga de las manos de un maestro en cirugía estética, convertido en un Apolo de primera.

—No me atormente más o la detendré y encarcelaré en mi casa

hasta que acceda a casarse conmigo, Betsy —bromeó él.

—Inténtelo y entonces me casaré con usted, y sabrá lo que es bueno; no tardaría en arrepentirse. Le haría comprarme a docenas los abrigos de pieles.

Y llegó el día del examen para ingreso en la Academia del
F. B. I.

Frank Grooms, de acuerdo con los datos que le había proporcionado Walter, respecto a su lugar de nacimiento, familia y sitios donde había vivido, se tomó la molestia de hacerle el expediente necesario para opositar. Los jefes del

F. B. I.,

no encontraron nada reprochable en su conducta. Su fuga del internado, cuando se disponían a llevarlo al Asilo para Huérfanos, lo catalogaron de «pecado de juventud».

Sufrió Walter los diversos y duros exámenes a que eran sometidos los opositores y recibió la alegría de ser aprobado. Poco después ingresaba en la Academia de Quántico, como aspirante.

Unos meses más tarde recibía el nombramiento, la placa y el «carnet» de agente especial del

F. B. I.

Gracias a la petición formulada por el inspector jefe del

S. A. C.

's, de Nueva York, a ruegos de Frank Grooms, y por su carácter de especialista en contabilidad mercantil, Walter fue destinado a la plantilla de Nueva York. En adelante, él y Grooms formarían un binomio ejemplar de camaradería, de actividad y de triunfos en su difícil labor.

Investido ya de su cargo, Walter se tropezó con un dilema: conocía las actuaciones ilegales de Tolbert. Si lo detenía, el

F. B. I.,

descubriría su participación en el atraco de la carretera Noventa, en Nueva Orleans. Si se callaba, la conciencia le remordería y se tacharía a sí mismo de farsante y traidor al

F. B. I.

Confesó la verdad a su amigo Frank, y le pidió consejo. Éste, sin atreverse a dar un consejo de tal envergadura, le animó a que revelase al inspector jefe todo lo sucedido.

—Si es como usted cuenta, Lehman, no recaerá culpabilidad

alguna en usted. Ha hecho bien en decírnoslo. A este Michael Tolbert lo tenemos clasificado entre los sospechosos, en una lista de personas con negocios en Nueva York, cuyos gastos no están de acuerdo con sus ingresos. Una de las misiones de Grooms era justamente averiguar el secreto. Usted acaba de revelárnoslo. Entre los dos se dedicarán de lleno a la tarea de poner detrás de unos barrotes a Tolbert. Investiguen, desplácense a Nueva Orleans, si es necesario, y pidan ayuda a aquella División nuestra; busquen pruebas, pero no se den a ver ni lo detengan hasta que no sea bien conocida toda la red. Creo que Tolbert está relacionado con otros grupos de su mismo estilo. Tienen plenos poderes para llevar este caso adelante. Mucho cuidado. No se enfrentarán a un *gángster* sangriento, sino a un hombre astuto, que se desvanecerá en el aire en cuanto sospeche que se le siguen los pasos.

Así habló el inspector jefe de la División.

Antes de salir de Nueva York, Grooms y Walter fueron a despedirse de Betsy Linn. La joven los recibió alborozadamente. Sabía ya que Lehman era agente del

F. B. I.,

por habérselo comunicado Frank.

—¿Se puede saber adónde van los dos mosqueteros modernos? —les preguntó, sonriente.

—A recuperar el collar de la reina —repuso Frank, haciendo al mismo tiempo una reverencia versallesca—. Pero antes desearíamos saber de vos, alteza, ciertos datos de gran importancia.

—¿Cuáles?

El semblante de Frank Grooms se puso serio. Con voz grave, manifestó:

—Betsy: desde hace tiempo aguardo a que usted tenga un momento de franqueza conmigo. Antes de que nos diga nada, recuerde que somos amigos, de corazón. Es más, usted conoce la sinceridad de mis sentimientos hacia usted. Yo la quiero, Betsy. Mi amor no necesitaría averiguar nada relativo a su vida anterior; mi profesión, sí. Estoy seguro de que usted oculta algo, los verdaderos motivos que la obligan a mantener la amistad con un hombre que no se la merece. Tolbert en sí, como posible delincuente, no nos interesa, en absoluto. Lo que nos intriga es el comportamiento de usted. ¿Podemos ayudarla a resolver su problema? Cuente con

Walter y conmigo; lo resolveríamos amistosamente, con reserva absoluta, sin tener que dar cuenta oficial de ello, por feo que sea.

No le agradaba a Lehman la forma con que su compañero exponía la situación. En su nervosismo, tergiversaba las razones y hasta descubría, en parte, la intención verdadera de la entrevista: conocer detalles de las aventuras de Tolbert. Los informes adquiridos arrojaban escasa luz sobre el pasado del *boss* y de Betsy. Ambos habían nacido en Brooklyn. Éste era el único dato común; por lo demás, él pertenecía a una familia modesta y había pasado privaciones hasta situarse. Ella era de familia rica. Habiendo venido a menos su fortuna hacía unos diez años, tenía el título de licenciada en Filosofía, y dando clases en varias academias se había ganado la vida desde entonces, hasta entrar en el restaurante Plaisir.

La joven parecía decidida a mantenerse callada. Miraba a los dos hombres con gesto de preocupación; el cigarrillo se le quemaba inútilmente entre los dedos.

—Convénzase, Betsy, de que sólo deseamos hacerle un favor, en agradecimiento a lo amable que ha sido con nosotros, especialmente conmigo —inició Walter—. Por miedo a lo que sea, no pretenda engañarnos. Franquéese, cuéntenos la verdad. Está usted delatándose ahora mismo, con ese temblor que la conmueve. ¿Hasta cuándo piensa usted continuar en este lugar, contra su gusto y su voluntad? ¿Qué fuerza la retiene aquí? ¿Qué lazos la ligan a un hombre como Tolbert? Deposite en nosotros su confianza, y no será defraudada; le damos nuestra palabra de honor. ¿No ve usted sufrir a Frank? Yo sé que él le agrada, y ningún hombre podría hacerla más dichosa. Empiece a hablar y comprobará que luego le resultará más fácil seguir revelándonos su historia.

Al fin habló Betsy, y sus palabras no se referían a ella:

—Se lo agradezco a los dos; pero opino, Lehman, que está usted en una situación más enojosa aún que la mía. Y sepa que no lo hago por cambiar de posiciones, sino por amistad. Tengo para usted una mala noticia.

Por el tono de la joven, quedó impresionado Walter. No; ella no bromeaba ni parecía fingir una comedia con el propósito de salvar la situación y derivar la gravedad hacia otro punto.

—Sea lo que sea, ¿qué es ello? —preguntó Walter, tratando de

adivinar anticipadamente lo que pudiera ser la mala noticia anunciada.

—Michael Tolbert va a casarse con la hija de Bárbara Nelson.

—¡No! —exclamó Lehman, poniéndose en pie, como impulsado por un resorte, con los ojos desorbitados por el asombro.

—Aunque le parezca extraño o imposible créalo —ratificó la joven, sin la menor entonación de inquina o rencor; al contrario, con acento de tristeza, y, por tanto, más convincente—. Al menos, eso es lo que me acaba de comunicar Michael por teléfono, desde Miami. Estaba contento, demasiado contento; será cierto, por desgracia.

—¡Bah! ¡Idioteces!... —Walter no siguió gritando.

Una voz interior le repetía que no lo pusiera en duda, que era posible, conociendo a Bárbara Nelson y a Michael Tolbert. Pero ¿Patricia?...

Desfallecido, se dejó caer en el asiento. Pálido, descompuestas las facciones, el nuevo agente del

F. B. I.,

acusaba fielmente el golpe recibido. Su mente era un caos de pensamientos retorcidos y roedores; tenía la sensación de que una familia de ratas le devoraba el cerebro.

Betsy y Grooms lo miraban en silencio, sin atreverse a decirle nada, por temor a agravar su pesadumbre. No había consuelo para un hombre como Walter, enamorado hasta la medula, desde la infancia, de una mujer que ahora lo traicionaba desconsideradamente.

Al fin logró razonar Walter. Intentaba descubrir la posibilidad de que tal noticia fuera cierta. Quería diseccionar los datos, las razones y las consecuencias.

Sí; Tolbert estaba enterado de su amor por Patricia; sabía también que ella era rica; se lo había dicho él mismo en el vestíbulo del Metropolitan. Recordó sus frases de rufián, aconsejándole que se casara, para tener el dinero y la mujer. Tolbert la conocía: la vio en la ópera y luego, cuando ella se presentó en el restaurante. Tolbert era capaz de semejante felonía.

Sin embargo, resultaba inexplicable que una mujer como Bárbara Nelson, guardián celoso de su hija, mujer experimentada en simulaciones y en tratar con gente de todas clases, no hubiese

descubierto la calaña de Tolbert. ¡Patricia!... ¿Cómo Patricia no se rebelaba contra la nefasta voluntad de su madre?... ¿Por qué no cumplía su promesa de amor?...

—¡Es ilógico! ¡No es posible! —murmuró, roncamente, a la vez que se pasaba la mano por los párpados. E incorporándose, con los puños crispados, gritó, rabioso—: ¡Es imposible! Ha pretendido usted herirme en el corazón, Betsy y no puedo perdonárselo. ¿Cómo se atrevió a verter tanto veneno? ¿Por qué? ¿Qué daño le hice? Justamente nosotros pretendíamos, yo el primero, ayudarla, protegerla, salvarla de la posición inestable y peligrosa en que se encuentra.

—¡Cálmate, Walter! —le aconsejaba Grooms, temiendo que a su compañero le diese un ataque irrefrenable de locura y causase algún mal físico a la joven.

Fue Betsy quien lo contuvo, con sus palabras, dichas en tono quedo, poniendo en ellas completa sinceridad:

—Me he limitado a repetir lo que me comunicó Michael. No ha existido deseo de revancha o mala intención por mi parte, sino deseo de advertírselo, por si aún le fuera posible arreglarlo, Lehman. A ella no la conozco. El día que vino no estaba yo aquí; habló con Michael únicamente. Pero a Tolbert sí lo conozco, a fondo, y sé la maldad que encierra su corazón.

La joven hizo una pausa. Permanecía inmóvil como una estatua. Sólo se movían sus labios, muy despacio. La mirada la tenía fija en un punto desconocido del rincón opuesto adonde ellos se hallaban. Continuó hablando:

—Nadie mejor que yo conoce a Michael Tolbert. Nadie ha sufrido más que yo por culpa suya. Nadie lo odia más que yo.

—¿Desde cuándo lo conoce? ¿Qué le hizo, Betsy? —preguntó Grooms, aprovechando el momento de franqueza de ella, e insistiendo al observar que su compañero se calmaba paulatinamente cuando oía las acusaciones contra el hombre que parecía haberle robado la novia.

En aquel momento, el timbre del teléfono la interrumpió con su sonido estridente.

—¡Diga...!

—Sí; soy yo. Escucho —dijo ella, con voz serena, mientras echaba una ojeada significativa a los dos hombres. Y a

continuación, tapando con la mano el «micro», les anunció en tono leve, apenas perceptible—: Es él. Me llama desde Miami —y calló, volviendo a centrar su atención en cuanto se le comunicaba a través del hilo telefónico.

Momentos más tarde, la joven colgaba el aparato. Volviendo a su asiento, notificó:

—Ha acelerado sus planes. Me llamaba para decirme que regresaba a toda prisa a Nueva York, pues la fecha de la boda se había adelantado. Me ha encargado que le reúna todo el dinero que pueda.

—Entonces, ya no nos interesa salir, Walter. ¿Qué piensas?

—¿Qué quieres que piense? —interrogó, a su vez, el aludido, ásperamente—. En cuanto le ponga la mano encima a ese Tolbert, lo voy a...

—No le liarás nada, Walter. Ten presente que perteneces al F. B. I.;

tus asuntos particulares quedan postergados en beneficio de nuestra misión oficial. ¿Cómo respiraba ése, Betsy?

—Por desgracia, estaba demasiado contento. Se lo noto fácilmente en la voz. Son ya muchos años de tratarlo.

—¿Desde cuándo? ¿Cómo lo conoció?

La joven tardó en ordenar sus recuerdos, y luego contó:

—Su familia y la mía vivían en el mismo barrio. Me hice novia, hará unos diez años, de un chico llamado Henry Tolbert; un buen muchacho. Era trabajador, tenía un excelente empleo y, aunque su familia era más modesta que la mía, no había obstáculos para nuestra felicidad. Henry le agradaba a mis padres. Un día, Henry me presentó a su hermano mayor, a Michael. Estuvo muy amable conmigo, como él sabe estarlo cuando quiere o le conviene. Michael, según me decía, riendo, mi novio, era la «oveja negra» de la familia. No trabajaba, aparecía muy poco por su casa, vestía bien y siempre llevaba unos dólares en el bolsillo para gastárselos con cualquiera. Entre los hermanos el lazo fraternal era excesivamente fuerte. Henry adoraba a Michael, lo consideraba un superhombre, y esta subordinación, en grado exagerado, lo convertía en esclavo. Por su parte, Michael también quería a su hermano menor; no se cansaba de hacerle regalos y de darle consejos. Nuestro noviazgo no le pareció mal a Michael, después de conocerme. Con su suficiencia

característica, como si ya me tomase bajo su protección, me aconsejó, casi fue una orden, que hiciera hasta lo imposible por no darle un disgusto a Henry. Así es Michael: cuánto está a su alcance ha de dominarlo.

Betsy Linn hizo una pausa para sacar un pequeño pañuelo. Continuó:

—Poco después me enteré, por un conocido, que Michael Tolbert no andaba en buenas compañías. Tenía fama en el barrio de ser un «vivo». Le pregunté a Henry sobre ello, y me replicó que su hermano sabía lo que se hacía. Le profesaba tal cariño que me sentí celosa. Un día, mi novio afirmó que sería capaz de dar su vida por Michael. Recuerdo que me indigné; no encontraba justificación para un cariño fraternal tan exaltado. Veía que, en el futuro, el hermano de mi marido sería el verdadero dueño de mi hogar. Amenacé con romper nuestras relaciones. Naturalmente, para arreglar la situación tuvo que intervenir Michael; y lo consiguió. Nadie como él argumentando y prometiendo. Yo misma caí en sus redes, bajo su influencia, porque se comprometió a proporcionar dinero a Henry para montar la casa; nos animó a celebrar la boda cuanto antes. Mi enfado se disipó; me convencí de mi equivocación. Michael era el primero en desear que se casase su hermano conmigo. Pero un día, Henry me dijo que su hermano le había dado un encargo un poco extraño. Tendría que acudir, a medianoche, a recoger un paquete en una casa de las afueras. Conociendo algo de las misteriosas actividades de Michael, le aconsejé que no fuese, se lo pedí, le rogué y le amenacé, porque tenía la corazonada de que iba a suceder algo malo. Los dos se parecían mucho físicamente. Según mi novio, debía él recoger el paquete porque su hermano estaría de viaje; se haría pasar por Michael. No valieron de nada mis súplicas. Al día siguiente me enteré de las consecuencias: mi novio había aparecido muerto en medio de una calle de las afueras. No presentaba herida alguna. Creían que había muerto de un colapso o de una cosa así.

—¿Ninguna herida? —preguntó Grooms—. ¿Acaso estaba enfermo?

—No. Henry murió envenenado. El médico forense lo descubrió al hacer la autopsia. Busqué a Michael y le acusé de ser el responsable, si no el culpable. Él estaba como loco, lamentando de

verdad lo ocurrido. Parece ser que tuvo miedo de acudir a recoger el paquete: dinero conseguido por chantaje. Egoísta, ideó enviar a Henry, por su gran semejanza. Michael había seguido a Henry, para ayudarle, si oía ruido de pelea dentro de la casa. No la hubo. Se conoce que, después de darle el dinero, los extorsionados lo invitaron a tomar una bebida en la que habían disuelto un veneno muy activo. Salió Henry de la casa, enseguida se sintió malo y cayó muerto en medio de la calle. Los otros lo seguían, con objeto de arrebatarse el dinero entregado. Vieron aparecer a un individuo armado, Michael, y huyeron. Michael, al convencerse de que su hermano ya no tenía salvación, se apoderó del dinero y huyó también, para evitar complicaciones con la Policía. Así perdí yo a mi novio; por una mala jugada de su propio hermano.

—¿Ha averiguado quiénes fueron los asesinos? —inquirió Grooms.

—El asesino fue Michael, pues él envió a Henry a la muerte. Los otros, los que lo envenenaron, cayeron a manos de Michael, según me ha contado después; yo no lo creo. Más tarde, mi familia empobreció. Tuve que estudiar, me hice licenciada sin gustarme, pero nunca olvidaba que mi deber era conseguir que la Justicia castigase a Michael. Por eso, al encontrarme con él, al cabo de los años, y verle encumbrado y satisfecho de su buena suerte, le pedí trabajo. Y Michael, afirmando cínico que lo hacía por el recuerdo sagrado de su hermano, me dio esta colocación, mientras no tuviera relaciones con otro hombre. Desde que estoy aquí, me he dedicado a apuntar en un libro cuánto hace Tolbert, sus amistades, sus entradas y salidas, en mi afán por ir reuniendo datos. No he conseguido mucho, hasta ahora; es perro viejo y nunca se franquea con nadie, pero tengo la esperanza de que algún día tendrá un instante de desfallecimiento, de debilidad, y entonces le arrancaré una confesión de su carrera de crímenes. Ésa es mi historia; ya saben por qué estoy aquí.

Quedó aclarada para los agentes especiales del

F. B. I.,

la incógnita que les preocupaba; las relaciones entre Michael Tolbert y Betsy Linn.

—¿Está dispuesta a trabajar conjuntamente con nosotros? —interrogó Grooms.

—Sí. La última jugada de Michael, robándole la novia a un hombre que le había salvado la vida anteriormente, lo retrata de cuerpo entero. Me indigné al oírsele. Tolbert no repara en nada con tal de conseguir sus propósitos. Supo que eran madre e hija solamente, sin un hombre que las protegiera, con mucho dinero, y fraguó el plan de hacerse más rico todavía sin exposición alguna. Esto es muy propio de él. No le gusta dar la cara ni jugarse la vida; es un miserable cobarde. Sospecho que sus principales ingresos provienen de ejercer el chantaje a personas adineradas que han cometido una falta de cualquier tipo. El chantaje lo practicaba desde muy joven; no lo robaba a pecho descubierto, porque podían defenderse y salir él perdiendo. Si hay que emplear la violencia, se vale de los demás, de los miserables que le sirven por unos dólares o porque también están cogidos en algo feo.

—¿Cuándo vendrá? —preguntó Walter, que, conforme escuchaba la historia de Betsy, iba recuperándose moralmente. Pensaba que en cuanto revelase a Bárbara Nelson quién era Tolbert, ella, por muy obstinada que fuese, cambiaría de opinión y no entregaría a su hija a un desalmado.

—Mañana por la mañana; tomará un avión.

—Iremos al aeropuerto —propuso Walter a Frank—. No se nos escapará. Ellas regresarán con él.

—¿Estás loco, hombre? ¿No recuerdas lo que nos aconsejó el inspector? Hay que tener todos los hilos cogidos y, en realidad, aún carecemos de pruebas concretas e importantes.

—Yo no puedo consentir que se lleve a efecto esa boda...

—En el

F. B. I.,

pasan a segundo término nuestros problemas sentimentales y particulares, Walter. En esta ocasión es posible que se solucione una cosa al mismo tiempo que la otra, pero lo fundamental es reunir acusaciones fundadas contra Michael Tolbert y cuantos se relacionan con él —y Grooms se dirigió entonces a Betsy, solicitándole—. ¿Querrá avisarme por teléfono en cuanto Tolbert aparezca por aquí?

—Sí —afirmó la joven, cuyos ojos aparecían cristalizados por las lágrimas, víctima de los dolorosos recuerdos que había desgranado. Pese a su larga y brillante cabellera, cayéndole sobre los hombros, y

al maquillaje, era muy distinta de la *vamp* que Walter conoció el primer día de su llegada a Nueva York.

Y al día siguiente, Frank Grooms recibió su llamada telefónica.

—Ha estado Michael aquí, unos minutos, los necesarios para recoger el dinero que le tenía preparado —anunció Betsy.

—¿Adónde ha ido? ¿Dónde se hospeda?

—No lo sé, no me lo ha dicho. Estaba muy contento. Piensa casarse dentro de unos días, en cuanto su futura suegra arregle los trámites. Nunca lo he visto tan sonriente y tan amable. Imagino que proyecta su mayor y más infame jugada.

—¡Está bien, Betsy! Téngame al corriente en cuanto vuelva por ahí, y procure sacarle dónde se aloja, Si Lehman la llama, dígame que Tolbert no ha aparecido todavía. Me da miedo ese muchacho. Está como loco y va a hacer una tontería de las grandes. Hay que engañarlo hasta el último instante o sacrificará al

F. B. I.,

por tomarse la revancha particular. ¿Sabe si han venido ellas?

—Sí; resulta que están aquí desde hace días. Vinieron antes que él; cuando me llamó desde Miami, ellas llevaban aquí algún tiempo.

—¿Dónde están?

—Tampoco lo sé. Michael es desesperante. He intentado sonsacarlo y se ha limitado a sonreír y a pedirme que lo felicite.

—¡Valiente zorro!... Avísame en cuanto haya alguna novedad, Betsy; recalque en la centralilla que es urgente y muy importante. Ellos me localizarán esté donde esté.

Mientras tanto, Walter Lehman se desesperaba al no saber nada respecto a Patricia y a Tolbert. No se daba cuenta de que su compañero Grooms, con la mejor de las intenciones, lo engañaba, de acuerdo con el inspector jefe de la División. Entre ambos habían dispuesto una misión para Walter, otro asunto de poca importancia, pero que le hacía emplear todas las horas en investigaciones minuciosas de los libros de contabilidad de una empresa sospechosa de ocultar ingresos al Tesoro.

A los pocos días, Frank Grooms recibía una nueva llamada de Betsy. Ella le comunicó, toda nerviosa, que acababa de enterarse que Tolbert iba a casarse aquella misma mañana, de un instante a otro. Se lo acababa de comunicar él mismo, por teléfono, invitándola a la ceremonia. El truhan había realizado los

preparativos con las máximas precauciones, sin que ninguno de los empleados del restaurante se enterase. Temía dar publicidad a su casamiento.

Dijo también Betsy que, mientras hablaba con el *boss*, en un arrebató de ira por el daño que él iba a cometer, le reveló que Walter Lehman se había hecho agente especial del

F. B. I.;

que se atuviera a las consecuencias. Parecía ser que Tolbert acusó el golpe, delatándolo la alteración consiguiente de su voz.

Excitado, nervioso, Grooms tomó nota de la dirección de la iglesia en que estaba desarrollándose la ceremonia.

Después de colgar el aparato, perdió unos momentos en buscar una salida al atolladero. Si no avisaba a Walter, éste se volvería loco después y hasta le retiraría su amistad, y con razón. Si se lo comunicaba, en la iglesia originaría tal alboroto que el nombre del F. B. I.,

saldría malparado. Si consultaba el problema con su superior, sin duda alguna éste determinaría que no se dijese nada a Lehman, en bien del

F. B. I.

Por fin, viendo que las manecillas del reloj corrían con su inconsciencia de máquina, se decidió por ayudar al amigo. Al enterarse Walter de lo que sucedía, su grito pareció quebrar el auricular en mil pedazos.

Quedaron en que Grooms lo recogería en un «taxi» para ir juntos a la iglesia, cuya dirección no quiso revelar éste último, por temor a dejar solo a Walter.

Durante el trayecto, Grooms se esforzaba inútilmente en calmar la excitación de su compañero.

—Voy a matarlo como a un perro sarnoso... ¡Ella!... ¡Ella...!

Y al detenerse el coche junto a la acera, Walter saltó a tierra y subió veloz los escalones de piedra. No pensaba en nada que no fuera violencia.

Cuando entró en el templo, el sagrado ambiente le calmó un poco el estado febril que le consumía. No vio señales de que estuviera celebrándose una boda en los altares de la nave mayor. Avanzó hasta el crucero y en el brazo derecho de la nave transversal descubrió un grupo de gente.

Al ver a Patricia, a su amada Patricia, junto al canalla de Tolbert, experimentó una angustia indecible. ¡No podía ser!... ¡No lo consentiría! Detendría al criminal antes de que se consumase el matrimonio. Sacó las esposas y...

Después, fue como una horrible pesadilla. Se desmayó Patricia, optó él por socorrerla en vez de perseguir a Tolbert, sufrió el empujón y los insultos de Bárbara Nelson, que debía estar enterada por Tolbert de que él era policía, y oyó el mayor de los insultos, el que más le dolía: «Asesino como tu padre...».

Una nube sangrienta oscureció su vista. Tuvo la impresión de que caminaba por un desfiladero, entre rocas que lo miraban hostilmente. Después creyó oír que su amigo Frank le advertía que Tolbert había conseguido escapar. ¿Qué le importaba ya Tolbert?... ¿Qué le importaba nada?... Si había presenciado cómo Patricia, su Patricia, estaba dispuesta a casarse con otro...

Quería estar a solas, beber, emborracharse, anegar su cerebro en las tinieblas para no pensar, para no recordar.

VI

DESESPERACIÓN



ASADOS dos días, Walter Lehman se recobró y volvió a ser el hombre decidido de antaño. Había vuelto a la Central del F. B. I.

Tuvo que aguantar resignado la filípica del inspector jefe.

Por Grooms se enteró de que Tolbert no había sido apresado. Vigiladas todas las salidas de la ciudad, se suponía que aún se encontraba escondido en la casa de alguno de sus compinches. Bárbara Nelson y su hija, después del disgusto recibido en la iglesia,

no salían del hotel donde ahora se alojaban, el Excelsior Hotel.

Como a él le era totalmente imposible vigilar los movimientos de las dos mujeres, Walter había encargado a una agencia particular de detectives que vigilasen, día y noche, el hotel, y le avisasen en cuanto vieran que una de las dos salía sola a la calle.

El joven necesitaba imperiosamente tener una entrevista con Patricia. No se sometía a las apariencias; exigiría explicaciones por su comportamiento, por su traición de amor.

Como transcurría el tiempo y los informes de la agencia de detectives no le daba la noticia esperada. Walter se decidió a buscar a Patricia en su hotel, aunque su madre presenciara la entrevista.

Madre e hija lo recibieron en un pequeño salón. Ambas estaban sentadas en el mismo diván. Se le quedaron mirando y ninguna contestó a su saludo. Walter sintió que se le hacía como un nudo en la garganta ante tan fría acogida por parte de Patricia. No vio en los ojos de ella el menor destello de alegría por su llegada.

De pie, en medio de la estancia, Lehman no hallaba la manera de expresarse. La presencia de la madre, que lo miraba desafiadora, le restaba valor. Se resistía a tener que hablar de sus sentimientos más íntimos delante de Bárbara, la mujer que lo odiaba tan ferozmente.

Por fin, mientras doblaba nervioso el ala de su sombrero, empezó a decir:

—He venido a hablar contigo, Patricia. Ha de ser a solas.

—Mi hija no tiene nada que tratar contigo —replicó, ásperamente, Bárbara.

Hizo caso omiso de la contestación de la madre, por miedo a un arrebató de cólera que lo echaría todo a perder, e insistió, dirigiéndose a Patricia:

—Es incomprensible para mí cuánto ha sucedido: tu conducta, tu falta a la palabra empeñada, el engaño de que me has hecho víctima durante tanto tiempo. ¿Por qué no me dijiste que ya no me querías?

Patricia permanecía inmóvil, con la mirada perdida en un punto indeterminado de la habitación. Con la monotonía de un hipnotizado, como si sus labios hablasen por cuenta propia, la joven repuso, muy lentamente:

—No tengo que darte explicación alguna respecto a mi

conducta. Es cierto, te prometí amor para toda la vida —aquí hubo un ligero desfallecimiento en su voz, enseguida corregido—; pero ¿acaso no podemos cambiar de pensamiento y de sentimientos?

—Nosotros, no —manifestó, categórico, el agente del
F. B. I.

—. Nosotros, no. Éramos distintos a los demás enamorados. Durante años y años, desde nuestra infancia, nos quisimos. Importaron poco las contrariedades y la oposición de los demás y las diferencias de todas clases que amenazaban con distanciarnos y romper nuestros sueños.

—Tú lo acabas de decir, Walter: sueños, nada más que sueños infantiles.

—¡Patricia! —exclamó Lehman—. Tú no puedes hablar así. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no me miras siquiera? Quiero leer en tus ojos la verdad. ¿A tanto llega la influencia de tu madre? No hay duda de que una madre es lo más sagrado que existe en la tierra, pero ella te ha tenido secuestrada durante toda tu vida, te ha manejado a su antojo con un egoísmo desmedido...

Ahora le interrumpió Patricia, secamente:

—Te vales de tu autoridad para ofendernos de esta forma, Walter. Aprovechas que somos mujeres. Nunca lo hubiese esperado de ti. Por encima de todo, de la decepción que te acarree mi propósito de casarme con otro hombre, debías respetarme y respetar a mi madre, porque es mi madre.

Sí comprendía Walter aquel razonamiento. En efecto, si su madre hubiera vivido, por muy insensata que fuese, él habría luchado porque la respetasen. Permaneció callado, sin saber qué decir.

Bárbara Nelson, que otras veces había demostrado una ira incontenible, unos arrebatos rayanos en el histerismo, entonces, y pese a escuchar graves acusaciones en contra suya, no intervenía en la conversación de los jóvenes. Tenía cogida una mano de su hija, como si pretendiera infundirle por contacto el ánimo de rebeldía contra el hombre que reclamaba una promesa de amor. Bárbara, se le notaba bajo el maquillaje, estaba densamente pálida. En sus pupilas lucía una expresión indefinible, lo mismo podría ser terror que indiferencia o burla. También ella parecía ausente de lo que estaba hablándose en el salón.

El agente especial del
F. B. I.,
preguntó:

—¿Por qué te niegas a estar conmigo a solas, Patricia? Estoy seguro de que los dos volveríamos a encontrarnos en el mismo punto donde quedó estacionado tu amor.

—Es inútil, Walter; no insistas más. Márchate, por favor —pidió ella, cambiando su anterior tono frío por otro de súplica; la estatua parecía cobrar vida al implorar.

—¿Qué clase de amor sería el mío si yo renunciase a mi amor? ¿No comprendes que vivo un infierno, Patricia? ¿No piensas que desde hace tiempo no vivo? Tú no ignoras lo que he sufrido y lo que he hecho por llegar a ser digno de ti. ¿Tan pronto olvidas mis sacrificios?

—No los olvido, Walter; pero las circunstancias nos hacen variar de pensamiento. Han sucedido muchas cosas. El tiempo ha transcurrido sin que tú aparecieses siquiera.

—¿Fue culpa mía, acaso? Si tú sufrías por no saber de mí, ¿cuánto no sufriría yo? Conocía la influencia absorbente de tu madre, tu posición elevada era un obstáculo en mi ambición, eras muy joven cuando nos comprometimos, y yo temía que, al tratar a otros hombres ya situados, me despreciases. Mi peor enemigo he sido yo mismo, torturándome noche y día, sintiendo cómo cada minuto que pasaba era un valioso tiempo perdido. Cuando hay tanto por hacer, cuando se ha de construir un edificio de la nada, el tiempo vale más que el oro. Por todo eso, no me reproches que carecieras de noticias mías. Han sido meses de miseria, hasta me daba vergüenza presentarme a ti, hecho un andrajoso. Mi afán consistía en presentarme ante ti, definitivamente situado, como vencedor en la lucha contra mi destino. ¿Qué sabes tú lo que yo he sufrido?

Por vez primera en la entrevista, Patricia miró cara a cara a Walter. Sus grandes ojos negros reflejaban dolor espiritual, dolor de impotencia contra algo superior a ella misma. Sus siguientes palabras lo corroboraron:

—No sigas, Walter; no quiero oírte. ¡Vete, por favor! Ten piedad de mí. No ahondes más en la herida. Resígnate como yo me resigno. Es imposible que volvamos a ser lo de antes. Por aquel amor que me

tenías, te lo ruego, Walter, resígnate, no me hagas sufrir más.

Entonces, al ver la infinita amargura de Patricia, más débil y desvalida que nunca, Lehman se apiadó de ella. Su rencor por lo que consideraba una traición de amor, se trocó en piedad. Ella le suplicaba que se alejase, y él obedecería. Tal vez, más adelante, las circunstancias variasen. Él no aumentaría el dolor de la mujer amada.

Salió de la habitación, sin pronunciar una sola palabra, contemplando por vez postrera la imagen de *madonna* transida de pena.

VII

PASIÓN INMORTAL



L principio de la semana siguiente, Betsy Linn comunicó una importante noticia a Frank Grooms:

—Tolbert me envió esta tarde una nota, a primera hora, pidiéndome que le llevase cuántos documentos tenía en la caja fuerte del restaurante. El mensajero debía acompañarme en todo momento. Por eso me fue imposible avisar a usted. Lo hice, y me condujeron al Greenville Hotel, habitación treinta y tres. Tolbert estaba allí con otros individuos, desconocidos para mí. No lo he visto jamás tan excitado. Tiene pánico o prisa por ejecutar algo. Fuma constantemente y trata con insultos a los otros. Ha perdido

los nervios. Cogió los papeles y comenzó a revisarlos, rajando la mayor parte. El resto se los guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué clase de documentos eran? ¿Los conocía usted?

—Algunos, sí; carecían de importancia. Otros iban en sobres lacrados por él, pero tampoco creo que fueran de mucha importancia. El restaurante nunca lo consideró él como guarida.

—¿Algo más, Betsy?

—Sí; lo más grave. Ocurrió que llamaron por teléfono, en la habitación contigua. Uno de aquellos individuos avisó a Tolbert. Como hablaba a gritos, oí cuánto decía. Sus palabras fueron, más o menos: «Sí; a las dos... No; nuestra influencia estará más en la hija que en la madre... No discutan... Las llevaréis al chalet de Coney. Dejad las lanchas bien escondidas. Cuidad de que el vecindario no se alarme. Yo iré hacia las siete. Y nada de violencias en el hotel. Entregad la carta mía y nada más. El resto será fácil».

—Haga memoria, Betsy, por Dios. Recuerde si dijo algún detalle más respecto a la situación de ese chalet —insistió Grooms.

—Pues... sí; dijo algo de unos perros... ¡Eso es!... Que tuvieran cuidado con que los perros no ladrasen...

—Más, Betsy.

—No, no oí más. Estoy segura.

—Entonces, le aconsejo que abandone el restaurante y vaya usted enseguida a su casa a recoger lo que más necesita para pasar fuera unos días. Busque usted alojamiento en otro sitio, en casa de una amiga. Me temo que Tolbert intente relacionarse con usted, a última hora, si los acontecimientos no se desarrollan a su gusto.

Un cuarto de hora después, se celebraba una reunión de agentes especiales del

F. B. I.,

en el despacho del inspector jefe del

S. A. C.

's, de Nueva York. Walter y Grooms se encontraban entre ellos, como figuras principales de la operación que se preparaba.

Nada más cortar la comunicación con Betsy, Frank Grooms había llamado por teléfono al hotel donde se hospedaban Bárbara Nelson y su hija. Le contestaron que la señora Nelson y su hija habían salido, hacía rato, en compañía de un hombre. A continuación envió dos agentes al Greenville Hotel, con el encargo

de comprobar si Michael Tolbert estaba aún allí; por si había utilizado un nombre supuesto, les encargó que examinaran los departamentos de los huéspedes cuyas señas personales coincidieran con las de Tolbert. Llamaron al rato, los agentes, notificando que el fugitivo había abandonado el hotel, unos minutos antes.

A esto se debía la reunión extraordinaria en el despacho del inspector jefe. Éste, enterado de los datos facilitados por Betsy, tomó el mando de la operación y dispuso el plan. Conjuntamente con fuerzas de la Policía Metropolitana, se daría una batida completa a los *cottages* de Coney Island, en cuanto anocheciese. Anticipadamente había enviado a unos cuantos agentes con objeto de que, sin llamar la atención, diesen una ojeada por aquel lugar y localizaran los chalets que estuvieran guardados por perros.

Walter Lehman se consumía de impaciencia. El temor a que sucediese algún mal a Patricia le incitaba a apresurar la operación. Tolbert había secuestrado a la madre y a la hija, posiblemente porque no se prestaban voluntarias a sus propósitos. Esto era señal de que Patricia, al fin, había conseguido convencer a su madre de lo erróneo de su actitud. Lo vital era rescatarlas; después, él se encargaría de arrestar a Tolbert y de darle su merecido.

Se hizo de noche. En Coney Island irrumpieron varias decenas de agentes de la Ley, hombres del

F. B. I.,

y de la Metropolitana, todos ellos vestidos de paisano, para no llamar la atención. Bloquearon las salidas de la isla. Iban armados y disponían de linternas de mano.

Uno de los agentes enviados anticipadamente a reconocer el lugar, se presentó al inspector jefe, y le notificó que había tenido la suerte de descubrir un chalet rodeado por una valla de madera, no muy alta, tras la que habían ladrado unos perros. A los pocos momentos se presentó otro, revelan los datos semejantes.

Las fuerzas se dividieron en dos grupos y se separaron, con distintas direcciones. En el primero iba Walter Lehman, y en el otro, juntamente con el inspector, Frank Grooms.

Llegó el grupo de Walter a un paraje donde las únicas edificaciones eran varios *cottages*, estando uno de ellos adosado a una de las fachadas de un gran edificio, coronado por una alta

chimenea. Éste fue el señalado por el guía.

—Ahí ladraron los perros.

Silbó a continuación, suavemente, y de entre la oscuridad surgió otro agente, que se había quedado de vigilancia mientras su compañero regresaba a dar la noticia.

—No he visto nada sospechoso. Tanto la casa como la fábrica parecen desiertas. Únicamente, los perros han ladrado, sin motivo aparente.

Todos sabían que Walter Lehman estaba interesado personalmente en la solución del caso, y por ello, aunque no le correspondía, le cedieron el mando.

El joven dispuso que los detectives de la Metropolitana se encargaran de apostarse en los alrededores de la casa y la fábrica, con el fin de que cortasen el camino a cualquiera que intentase huir al darse la alarma... Dos del

F. B. I.,

recibieron la orden de trepar a unos postes telefónicos y de establecer una derivación de los hilos, con objeto de escuchar cuánto comunicasen los forajidos con personas del exterior.

El resto de los hombres formaría dos grupos, y cada uno estaría dispuesto a penetrar por la entrada principal en la casa y en la fábrica, respectivamente, apenas escuchasen una detonación. Por último, Walter saltaría por encima de la valla que rodeaba la casa y trataría de eliminar a los perros, con los trozos de carne cruda inyectada con una dosis masiva de morfina, que llevaban al efecto, como consecuencia del dato aportado por Betsy.

Distribuidos los agentes en sus correspondientes sitios. Walter se dispuso a emprender el asalto. Debía emplear todos los ardides, cuanto más sigilosos, mejor, para introducirse en la casa y dejar la entrada expedita a sus compañeros, sin que la vida de las secuestradas corriese peligro.

Era la primera operación sería que realizaba desde que salió de la Academia de Quántico. Sentía la natural emoción de la aventura, acrecentada por el interés personal suyo en salvar a Patricia.

Cerciorado de que su revólver y la linterna funcionaban perfectamente, se aproximó a la valla, agachado y de puntillas, con varios trozos de carne en las manos. Nada más tocar la madera, se escucharon los roncós gruñidos de unos perros que olfateaban al

intruso. Los llamó Walter con un silbido. Acudieron veloces los perros, ladrando. Apenas el joven los sintió, se irguió, asomando la cabeza por encima de la valla, y les echó el cebo.

Eran tres mastines enormes, capaces de saltarse la cerca sin esfuerzo alguno. El olor de la carne sangrienta les impresionó el olfato y los reunió frente a Walter. Devoraron la carne en un santiamén y todavía riñeron entre ellos.

Un silbido largo, y repetido tres veces, mantuvo inmóvil al agente especial. El silbido provenía de la casa. Alguno de sus moradores se había asomado al exterior, extrañado por los ladridos y la pelea de los mastines.

Se oyó alejarse a los animales, golpeando sus patas el suelo.

—¿Qué pasa, malditos? —preguntó alguien; con voz ronca—. Os dedicáis a destrozarnos en vez de guardar la casa, ¿eh? Voy a arrearos una tanda de palos que os sentará los lomos.

Walter escuchó el ruido de una madera golpeando contra otra. Quien fuese, había vuelto a cerrar una puerta o una ventana, engañado por la aparente normalidad de los perros.

Transcurrieron unos minutos. Ya no se oía ladrar a los mastines. Hubo uno que aulló lastimeramente. Luego, silencio. Lehman dedujo que la gran cantidad de morfina inyectada había hecho su efecto.

Con el revólver cogido por el cañón, salvó de un salto la baja valla de madera y se encontró, agazapado, en un pequeño huerto. Dio unos pasos al frente. Un bulto negro se despegó del suelo. Rechinaron unos dientes. Luego, el bulto volvió a caer. Los mastines dejaban de ser un obstáculo para el asalto.

Avanzó el agente especial hacia la casa, empuñando ahora el arma por la culata, con la mano derecha, mientras en la izquierda llevaba la linterna de pila. No se distinguía luz en la fachada principal. Dio una vuelta alrededor de la edificación. No había luz en ninguna de las ventanas. Le extrañó tal quietud. De no haber oído hablar a un hombre, hubiera jurado que allí no habitaba nadie o que sus moradores estaban acostados y dormidos.

No descuidó por esto las precauciones. Con el mayor de los cuidados, anduvo hasta la fachada posterior de la casa. Fue apretando las maderas de las ventanas, buscando una entrada. Si los forajidos no sospechaban nada, era de pensar que no habrían

tomado medidas especiales de vigilancia.

Con un estremecimiento de júbilo y excitación, a la vez, descubrió que una de las vidrieras estaba sin cerrar por dentro y cedía a la presión de su mano. Poco a poco, sin hacer el menor ruido, se encaramó al alféizar. Con la linterna enfocó, durante un segundo, las paredes de la habitación. Allí no había nadie. De nuevo en la oscuridad, pasó al interior.

Y en el justo momento en que las suelas de sus zapatos tocaban el suelo, un objeto contundente se le desplomó encima del cráneo, derribándolo por tierra y haciéndole perder el conocimiento.

Walter Lehman abrió los ojos, al cabo de no sabía cuánto tiempo de permanecer en la inconsciencia. Paulatinamente fue descubriendo el lugar donde se hallaba y las personas que lo rodeaban.

Estaba tendido en el suelo de una habitación ocupada por varios motores grandes, que parecían monstruos dormidos. Tres hombres lo contemplaban desdeñosos, amparados en la protección de sendas armas de fuego. Uno de ellos era Michael Tolbert; a los otros dos no los conocía.

—¡Levántate, perro! —Le mandó el *boss*, al mismo tiempo que uno de sus secuaces largaba un puntapié al prisionero.

Medio aturdido, se puso en pie el joven. Entonces se percató de...

Patricia se hallaba atada a la silla en que se sentaba. Un pañuelo le cubría la boca. En sus ojos se leía una desesperación indescriptible. Pronto encontró Walter la explicación a aquella mirada, al ver un cuerpo de mujer tirado en el suelo. Un reguero de sangre manchaba el cemento. Reconoció a Bárbara Nelson. Y su inmovilidad acusaba la presencia de la muerte.

Walter sintió un escalofrío recorriéndole la columna vertebral. Le parecía increíble. Bárbara Nelson había sido asesinada; aquel mango de puñal sobresaliendo... Apartó la vista del cadáver.

—¿Qué has hecho, Tolbert? —preguntó, horrorizado, al *boss*.

—No quedaba otro remedio, aunque no lo hice yo —replicó, sonriendo diabólicamente, el aludido—. De todas maneras, ella ya me había dado lo que yo quería.

—No haberla matado, bajo ningún concepto, Tolbert. Te creía canalla, pero no asesino de mujeres.

—Pensé que me lo agradecerías —manifestó el *boss*, burlándose—. ¿No te estaba haciendo la vida imposible esta mujer? Pues ya no te la hará más. La lástima es que no vas a sacar provecho alguno. ¿Cómo se te ocurrió presentarte aquí? ¿Cómo te enteraste? Sigues siendo más inocente que un niño recién nacido. ¿Creías que el vigilante no iba a darse cuenta de que les pasaba algo raro a los perros? Te preparó la trampa de la ventana abierta y caíste en el cepo igual que un tonto.

—¿Por qué has hecho todo esto: el secuestro y el asesinato, Tolbert? ¿Te das cuenta de que ya no tienes salvación posible?

—¿Por qué no he de tenerla? Está preparada la huida. ¿Has venido solo o acompañado de esos nuevos amigos tuyos, los del F. B. I.?

—He venido solo. No necesito de nadie para enfrentarme a ti. Tú bien lo sabes. Si todavía sigo así es para que me cuentes los motivos de todo esto.

—Conque has venido solo, ¿eh? A otro no le creería, pero a ti sí. Te pasas de valiente; exageras la nota, amigo mío. ¿Quién te reveló que estábamos aquí? ¡Ah, sí! No hace falta que me lo digas. Betsy, ¿verdad? También se ha pasado al enemigo. Ya me encargaré de ajustarle cuentas. No escapará mejor que Bárbara Nelson.

Tolbert enrojeció de cólera, al pensar que la novia de su difunto hermano, a la que él había protegido, le había traicionado.

—¿Por qué mataste a Bárbara Nelson? —preguntó de nuevo el agente especial.

—Si tanto te interesa antes de morir, te lo contaré todo. Aprenderás a conocerme, por poco tiempo, pero podrás admirarme un rato. Cuando ésta —señalando despreciativo a Patricia— se presentó en el restaurante a preguntar por ti, se me ocurrió birlarte la novia y su dinero. Es una pavitonta; aburrida de puro ingenua y remilgada. Me presenté a Bárbara Nelson, con el pretexto de hablar mal de ti, y conseguí metérmela en el bolsillo, como lo consigo cuando me interesa. La muy idiota se creyó en un principio que iba por ella, con pretensiones amorosas. La saqué de su error, pero no perdí puntos, gracias a mi arte. Por una de esas inspiraciones felices, que tanto me han ayudado en mí «carrera», se me ocurrió investigar el pasado de Bárbara Nelson. ¿A que no adivinas lo que había hecho, cuando era joven y trabajaba en el teatro?

Malamente podía adivinarlo Walter. Ignoraba el pasado de la mujer de su tío Robert. No contestó. Con una sonrisa de orgullo, Tolbert explicó:

—En aquellos tiempos era una muchacha loca y ambiciosa. Necesitaba mucho dinero para llevar un lujo que no le correspondía. Robó unos cientos de dólares a su empresario, y él, ignoro el motivo, en vez de denunciarla a la Policía, la obligó a firmar un documento, por el que ella reconocía haber robado esa cantidad. Poco después, Bárbara se casaba con un tal James no sé cuántos, un ricachón, y el empresario empezó a cobrar una cuota mensual. El muy bribón se había propuesto tener una renta vitalicia, y lo consiguió. Bárbara se horrorizaba sólo de pensar que, una vez encumbrada, se diese a los cuatro vientos la noticia de que era una ladrona, y, además, las consecuencias con la Justicia. Murió el tal James, y ella cazó a Robert Nelson, y la situación siguió igual, como cuando de nuevo se quedó viuda. Quería preservar del escándalo su nombre y el de su hija. Localizado por mí el empresario, me cedió el documento en cuestión, a cambio de unos cuantos palos y el consejo de que anduviera listo y cerrase el «pico» si no quería ocupar un ataúd antes de tiempo. La posesión del tal papel me dio un poder irresistible. Exigí a Bárbara Nelson que me concediera a su hija como esposa, para heredar su fortuna. Esta mojigata estúpida, que no sabía nada de la historia en cuestión, se resistía, se rebelaba contra su madre, porque ella te quiere a ti. No sé cómo la convenció su madre de que accediese a casarse conmigo. Allá ellas. Las seguí a Miami, y ultimamos la boda. Estuve a punto de triunfar, y tú me lo echaste todo a rodar. Desde aquel momento te condené a muerte. Si no hubiese sido por miedo a que los sabuesos del

F. B. I.,

me persiguieran por todo el mundo, a estas horas estarías enterrado.

—Debiste huir entonces, Tolbert. Lo de antes no era nada comparado con lo de ahora. Tu sentencia está firmada. Pierde la ilusión de escapar con bien.

—Eso ya lo veremos. Tengo en mi poder lo que pretendí con mi segundo plan. Bárbara Nelson no quiso darme un cheque firmado en blanco, a pesar de que la amenacé con denunciarla a los

tribunales. Tuve que secuestrarlas. Valiéndome de amenazas a su hija, la obligué a firmar. Luego... uno de estos cretinos cometió la equivocación de matarla cuando pretendía huir, en vez de detenerla a estacazos. Esto es todo, Lehman. Es una pena que no puedas contárselo a tus jefes, ¿verdad?

—Pena fue que muriera tu hermano en lugar tuyo, Tolbert — comentó, gravemente, Walter.

Al oír lo referente a su hermano, el *boss* pareció enloquecer de ira. Tal como Betsy había dicho, Tolbert debía sentir un enorme cariño por el difunto Henry. Su furia rayaba en lo demoníaco. La acusación de que era culpable de la muerte de su hermano lo trastornó.

Perdiendo su habitual compostura, se lanzó sobre Lehman, con el propósito de machacarle la cabeza con el cañón de su pistola. El agente especial se agachó, recibiendo el golpe en la espalda. Pero al mismo tiempo alzó las manos y consiguió asir la muñeca del *boss*. Se la retorció y a la vez lo levantó mediante un impulso del cuerpo. El volteo fue completo y Tolbert fue a parar contra uno de sus hombres, cayendo ambos al suelo.

Sin pérdida de tiempo, convertido en un titán, Lehman se arrojó a las piernas del forajido que continuaba en pie, como atontado, desbordado por la vertiginosidad de los acontecimientos. Rodaron los dos por el piso, forcejeando, tratando uno de conservar el arma y el otro de hacerse con ella. Descargando un directo a la faz del forajido, Walter consiguió conmocionarlo y aprovechó la ocasión para arrebatarle el arma.

Se volvía a hacer frente a los otros, que ya se le echaban encima, cuando un proyectil se le incrustó en el hombro izquierdo, derribándolo de nuevo. Esto le salvó de un balazo dirigido a su cabeza por parte del *boss*.

Medio tumbado, el agente del

F. B. I.,

comenzó a apretar sin descanso el gatillo de la automática que empuñaba. Su certera puntería, adquirida en los entrenamientos obligatorios en la Academia de Quántico, le permitió herir de muerte a los dos compinches de Tolbert y alcanzar en el pecho a éste último. Los estampidos y el humo hacían un infierno de aquella habitación.

Quedaron frente a frente, aunque tambaleándose, Walter y Tolbert. Los otros dos yacían, entre estertores agónicos. El percutor del arma del agente especial golpeó en vacío. Tolbert se dio cuenta de lo que sucedía a su rival y lanzó una carcajada capaz de espantar al hombre más templado. Era ya un loco saboreando su venganza. Herido gravemente, sintiendo que la muerte comenzaba a apoderarse de él, quería llevarse consigo al joven que había osado derribarlo de su trono de maldad.

—No te escaparás, Lehman. Todavía me quedan fuerzas para matarte y para huir. Mírala por última vez. ¿No la querías tanto? Sufre; maldícete por haberla perdido.

Patricia, milagrosamente ilesa del tiroteo, se había puesto en pie, con la silla adosada al cuerpo por las ligaduras. La infortunada joven no podía hablar; la mordaza se lo impedía, pero con los ojos expresaba toda su angustia. Y en un gesto valeroso, desesperado, por salvar de la muerte al hombre que amaba, se dejó caer como un fardo encima del *boss*, que estaba a su lado.

Tolbert perdió el equilibrio, cogido por sorpresa, y en su desconcierto apretó el gatillo. El proyectil se hundió en el cuerpo de la joven.

Al verla caer, Walter perdió el raciocinio, y sólo pensó en hacer justicia al criminal. Sin importarle el arma enemiga, corrió hacia él. Un bit estuvo a punto de detenerlo en su camino. Sacando fuerzas de flaqueza, continuó avanzando y llegó a alcanzar a Tolbert. Con el brazo sano le sacudió un codazo en el pecho, que lo despidió contra la pared, y seguidamente se agarró a su mano armada.

Los dos contendientes estaban debilitados por las heridas, pero ambos resistían al impulso de energías extraordinarias, sacadas del odio que se profesaban. Por fin, Walter consiguió torcerle el brazo. El cañón de la pistola quedó apuntando al corazón del criminal. El mismo, sin darse cuenta, disparó. Lentamente resbaló, rozando la pared, y se desplomó inerte, con una mueca repugnante en su faz.

Walter sabía que la vida se le iba por momentos. Oyó el asalto de la casa por sus compañeros; llegaban demasiado tarde, desgraciadamente.

Con mucha dificultad, a punto de doblarse al mareo que lo dominaba, se arrodilló junto a Patricia. Temblorosos sus dedos, desató la mordaza. La joven aún respiraba. Entreabrió los párpados

y una sonrisa de felicidad iluminó su semblante de *madonna*.

—¡Walter! ¡Amor mío!... ¡Vives tú...!

Un velo espeso comenzaba a enturbiar la visión del agente del
F. B. I.

Notaba ya la proximidad de la muerte, el trágico aleteo, y se abrazó a su amada, en el postrero abrazo de una pasión inmortal.

—¡No, cariño mío!... ¡Los dos juntos!... ¡Al Más Allá!... ¡Siempre juntos...!

Sus bocas se unieron, y sus corazones dejaron de latir al mismo tiempo.

FIN

HA APARECIDO

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL *de los* EXITOS!

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una noveña incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

♦ ♦

HOMBRES MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

5 Pesetas.

NOTAS

[1] Léase la 7.^a edición de la magnífica obra de ALF MANZ, titulada ¡CULPABLE! (N. del E.). < <

[2] Conózcase la obra de esta colección, escrita por ALF MANZ, y titulada TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO. (N. del E.).

< <